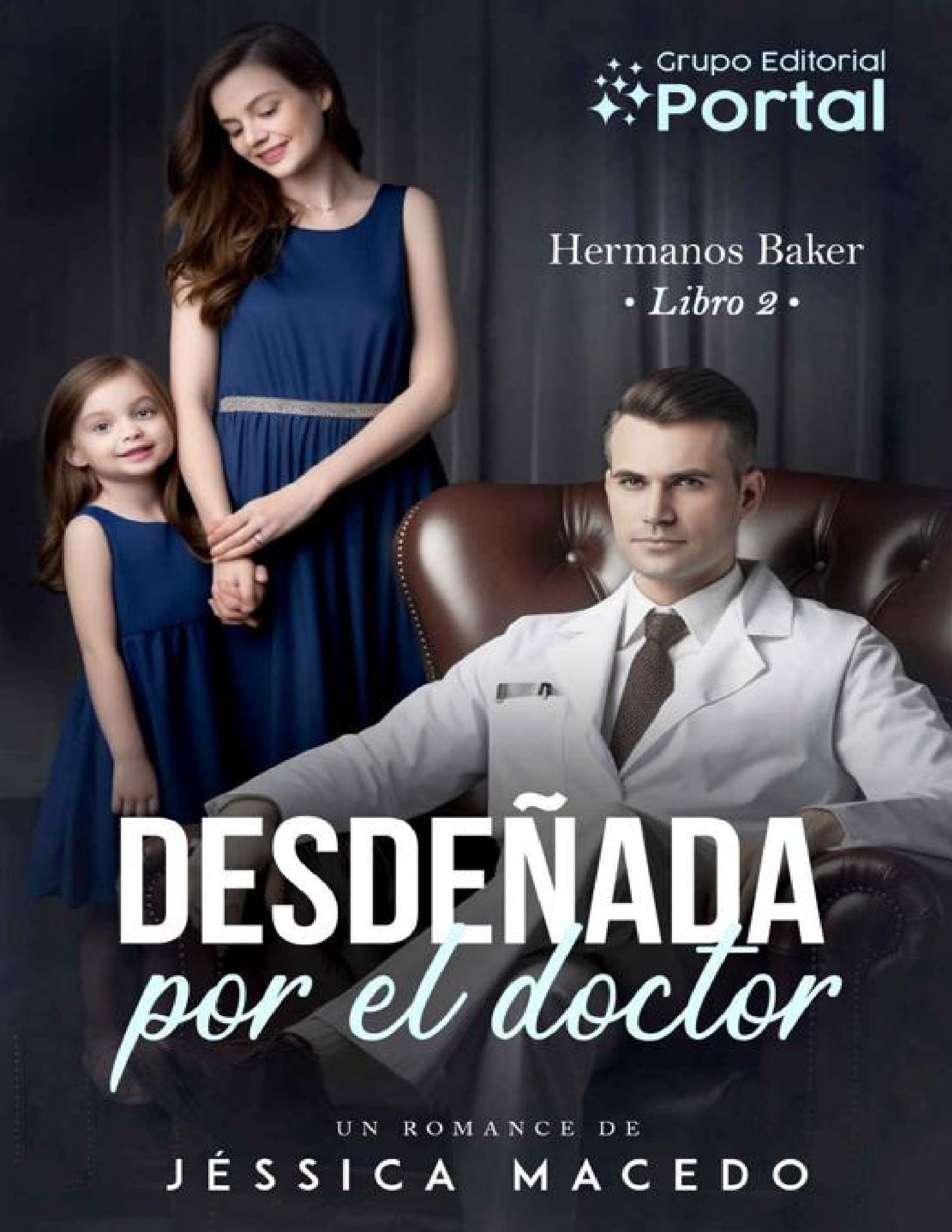

Grupo Editorial
Portal
Hermanos Baker
• Libro 2 •
DESDEÑADA
por el doctor
UN ROMANCE DE
JÉSSICA MACEDO

UNA NOVELA DE

JÉSSICA MACEDO

Hermanos Baker

• Libro 2 •

DESDEÑADA *por el doctor*

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

DIFERENCIA DE EDAD, MÉDICO Y RESIDENTE, EMBARAZO ACCIDENTAL, BEBÉ RECHAZADO

Philip Baker es el arrogante neurocirujano más famoso de Nueva York. Para alimentar aún más su complejo de superioridad, es hermano del gobernador del estado y el médico más adulado del hospital.

Roberta López sabía que, si quería convertirse en una gran neurocirujana, debía aprender del mejor. Por eso, se convirtió en alumna de Philip. Desde que ingresó al hospital, la habían advertido que no se involucrara más de lo necesario con él, porque podría romperle el corazón como lo había hecho con muchas otras mujeres. Pero fue una ingenua.

Philip Baker era demasiado increíble y seductor...

Enredarse con él parecía un cuento de hadas, hasta que quedó embarazada. Philip no quería ser padre, y Roberta tuvo que tomar la terrible decisión de abandonar el programa de residencia para criar a su hija sola.

Philip había olvidado a la residente y todo lo que pasó entre ellos, hasta que, años después, un accidente lo obligó a ser atendido por el mismo personal al que tanto menospreciaba. Entonces, escuchó a una enfermera decir que la niña tenía suerte de no haber sido criada por él.

¿Niña?

El altanero médico tenía un largo camino de redención por delante para ser digno de formar parte de la vida de su hija.



Roberta
LOPEZ

Prólogo

No fue por falta de advertencias.

La ingenuidad fue toda mía.

Caí en el juego del lobo feroz y me devoró el corazón.

Inspiré hondo, tragándome todo el resentimiento que aún cargaba.

Cuando me gradué de medicina, me dijeron que la residencia sería la etapa más difícil, pero nadie me advirtió sobre el peligro que representaba cierto médico mayor. Estaba a ciegas y terminé recibiendo el disparo.

Ser aceptada en el programa de residencia de uno de los hospitales más prestigiosos de Nueva York parecía un sueño, especialmente para alguien como yo, que tenía el objetivo de convertirme en neurocirujana. Mis padres habían invertido todo para que yo llegara hasta ahí, y haría lo imposible por no decepcionarlos… ni a mí misma.

Eso fue hace cinco años...

Fue antes de que Philip Baker se cruzara en mi camino.

Se suponía que debía ser mi mentor, pero nuestra relación fue mucho más allá de la de alumna y profesor, de médico experimentado y joven aprendiz. No me di cuenta de mi error hasta que fue demasiado tarde.

Otras médicas y enfermeras me advirtieron sobre él, me dijeron que tuviera cuidado con el mujeriego del hospital. *"Parece increíble, pero no vale ni el suelo que pisa"*, sus voces todavía resuenan en mi cabeza después de todos estos años.

Todo empezó con encuentros inocentes en la sala de descanso durante interminables turnos de treinta horas. Tenía mucho que enseñarme, y yo estaba ansiosa por aprender. Quizás fue la mentira que me conté a mí misma porque así era más fácil justificarlo.

Esos ojos azules, el cabello entrecano y esa aura de experiencia me miraban más de lo

debido. Y cuando me di cuenta, ya estaba en su cama. No solo en su cama, también en las camillas del hospital, en los armarios de suministros, en una relación adictiva que duró meses y que parecía el mayor cuento de hadas de mi vida.

Tenía tanto que aprender de ese hombre que pasaba con él todo el tiempo posible, no solo en el hospital.

Mi error fue enamorarme, creer que todo saldría bien, pero no fue así...

Mis planes, mis sueños y mis metas se derrumbaron el día que descubrí que estaba embarazada.

Recuerdo exactamente cómo sucedió y sé que nunca lo olvidaré.

—Philip, ¿tienes un minuto? —Me detuve en el pasillo del hospital cuando él pasaba y logré que me mirara.

—Tengo una cirugía en media hora.

—No tomará mucho tiempo.

—¿No? —Bajó la mirada, analizándome, y luego recorrió mi cuerpo hasta la cintura.

Asentí con la cabeza y di unos pasos hacia el cuarto de suministros médicos que estaba cerca. Él entró y se apoyó contra una estantería de metal llena de cajas con jeringas desechables.

—Ven aquí. —Alzó las manos hacia mi cintura, pero antes de que pudiera atraerme hacia él, me aparté.

—No te llamé por eso.

—Entonces, ¿qué quieres? —Su expresión cambió por completo, mostrando un aire mucho menos receptivo.

—Necesitamos hablar.

—No tengo tiempo para hablar.

—Dijiste que la cirugía es en media hora.

—Sí, pero necesito revisar unos estudios antes. —Dio un paso hacia la puerta, pero lo

detuve sujetándole la muñeca.

—Espera, por favor. Es importante.

—Está bien. —Me miró de nuevo—. Dilo ya.

—Yo… —tragué saliva—. Estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Philip se quedó boquiabierto, procesando la información durante unos segundos.

—Sé que no planeamos esto, pero…

Ni siquiera me dejó terminar la frase antes de ofrecer una solución.

—Podemos ir a una de las salas del quirófano y lo resolvemos antes de mi próxima cirugía.

—¿Resolver?

—Solo necesito que seas discreta para que nadie en el hospital se entere.

Me quedé completamente inmóvil ante sus palabras y, por un instante, pensé que no hablaba en serio, pero mi ilusión no duró mucho.

—Vamos. —Philip fue quien me tomó de la muñeca esta vez.

—Debes estar bromeando. —Me solté con un tirón.

—Solo si tú lo estás.

—No, no lo estoy.

—Entonces, ¿qué esperas? Tienes razón, no lo planeamos y, definitivamente, no quiero un hijo.

Esa frase se quedó grabada en mi mente y echó raíces como un recuerdo doloroso cuando salí corriendo, sin poder reaccionar.

Una parte de mí, ingenua y aún enamorada, esperó que me llamara o enviara un mensaje diciendo que había reaccionado mal, que yo había malinterpretado sus palabras… pero eso nunca pasó.

Simplemente me ignoró en los días que siguieron a aquella conversación, como si fuera completamente invisible, igual que hacía con el resto del personal del hospital con el que no interactuaba.

Una semana después, estaba tan devastada que no podía concentrarme en mi trabajo, mucho menos soportar compartir el mismo espacio con él. Así que tomé una decisión que cambiaría mi vida por completo, junto con los planes que había trazado para mi carrera.

Renuncié y dejé el hospital, abandonando el programa de residencia con la esperanza de que mi camino nunca más volviera a cruzarse con el de Philip.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 1

—¡Mamá! —Apenas abrí la puerta de mi apartamento, mi hija corrió hacia mí y dejé caer la mochila para agacharme y alzarla en brazos.

—¡Amber!

—Mamá. —Me abrazó del cuello y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Mi princesa. —Acaricié su cabello, peinado en rizos y sujeto con un pequeño lazo.

Tenerla había sido aterrador al principio, pero nada me hacía más feliz que llegar a casa después de un día en la clínica y ser recibida por esos ojitos brillantes y esa energía infantil tan contagiosa.

Aunque pasaba el día rodeada de niños en la clínica donde trabajaba, nada se comparaba con la presencia de mi hija.

Había cambiado mi carrera por completo cuando decidí alejarme de Philip y del hospital donde él trabajaba. Dejé la neurocirugía para dedicarme a algo más tranquilo, sin guardias agotadoras ni cirugías de emergencia. Terminé convirtiéndome en pediatra, atendiendo solo con citas programadas y regresando a casa todos los días a una hora establecida para estar con mi hija.

El sueldo era menor, la carrera menos glamorosa, pero yo era feliz.

—Ya cenó y se bañó, pero se negó a dormir hasta que usted llegara —dijo Mary, la niñera que cuidaba de mi hija desde su nacimiento para que yo pudiera trabajar en la clínica.

—Gracias. —Sonreí—. Hoy me retrasé porque atendí a un niño con principio de neumonía.

—¿Pero está bien?

—Lo derivaron a urgencias, está en la UCI pediátrica.

—Pobre, ojalá se recupere pronto.

—Yo también lo espero.

Sufría un poco cada vez que atendía a un niño en estado grave, quizá porque siempre imaginaba que podría ser mi hija. Aun así, la muerte no era algo frecuente en mi día a día, como lo habría sido si siguiera en cirugía.

—¿Puedo irme ahora? —Mary se acercó a su bolso.

—Claro, hasta mañana.

—Hasta luego. —Me saludó con la mano antes de salir por la puerta, dejándome sola con Amber.

—¿Vamos a dormir, bichito?

—No, mamá.

—Nada de eso, ya es hora. —La llevé en brazos hacia su habitación.

—No quiero.

—¿Qué hablamos sobre esto?

—Que tengo que dormir.

—Exacto, hay reglas y horarios que debemos cumplir.

Resopló, pero no dijo nada más mientras la acomodaba en la cama y le subía la cobija hasta los hombros.

—Buenas noches, mi amor. —Me incliné para besar su frente.

Tal vez en algún momento amé a su padre, pero nada se comparaba con lo que sentía por mi hija: un amor inmenso e incondicional, que me hizo darme cuenta de lo mucho que era capaz de hacer por ella.

Amber era, y siempre sería, mi vida. Jamás me arrepentí de haber dejado mis planes de carrera por ella. Cada vez que la miraba, sabía que lo haría todo de nuevo sin dudarlo.

—¡Mamá! —me llamó, cuando me alejé de la cama.

—¿Qué pasa?

—Léele a mí.

—¿Ahora?

—Por favor.

Una sonrisa se formó en mi rostro. Estaba cansada, pero quería aprovechar ese momento con ella.

Tomé un libro de su estante y me senté al borde de la cama.

—Había una vez un reino enorme y lejano, donde una princesa… —comencé a leer, mientras Amber apoyaba su cabecita en mí, escuchando con atención.

Poco a poco, sus ojitos se fueron cerrando hasta que se quedó dormida. La acomodé mejor y apagué la luz.

—Buenas noches.

Fui a mi habitación y me di una ducha. Luego caminé hasta la cocina y abrí la nevera, pero no había nada listo. Estaba hambrienta, agotada y sin ganas de cocinar, así que pedí algo por una app de delivery y me senté en el sofá para estirar la espalda.

Aún tenía el celular en la mano cuando me llegó un mensaje de Violet.

Violet:

¡Hola, amiga!

¿Cómo estás?

Roberta:

Cansada.

Violet:

Uf, ni me digas. Hoy fue un caos, no puedo creer que mi turno por fin terminó.

Nadie ve lo infernal que es la rutina de las enfermeras.

Roberta:

Pero lo amas.

Violet:

Sí, es parte del oficio.

Roberta:

Sí.

Violet:

¿Y cómo está nuestra princesa?

Roberta:

Acaba de dormirse.

Violet:

Hoy lo vi.

Roberta:

No empieces. Sabes que no quiero saber nada. Para mí, Philip Baker está muerto.

Violet:

Amber merecía mucho más. Además de neurocirujano, el desgraciado es hermano del gobernador. Si fuera yo, le metería una demanda para asegurar los derechos de ella.

Roberta:

Por suerte, no eres yo.

Violet:

Sigue siendo un imbécil. Mejor que Amber crezca sin su influencia.

Roberta:

¿Quieres que te bloquee?

Violet:

¡Perdón! Cambiemos de tema.

Roberta:

Ni siquiera deberíamos haberlo mencionado.

Violet:

Tienes razón.

Roberta:

Ya pasaron cinco años y lo dejé atrás.

Violet:

Lo sé, amiga, pero yo no puedo.

Roberta:

No tiene nada que ver contigo.

Violet:

Lo sé, perdón.

Roberta:

¿Y Galer? ¿Ya te pidió matrimonio?

Violet:

Ok, no era necesario atacar mi punto débil.

Roberta:

Jaja, no era mi intención.

Violet:

Entendí. Mejor dejemos de hablar de hombres.

Roberta:

Sí, mejor.

Violet:

¿Cuándo puedo ir a ver a mi princesa?

Roberta:

Depende más de tus turnos que de mi rutina en la clínica.

Violet:

Creo que el domingo estaré libre.

Roberta:

Podemos hacer un almuerzo.

Violet:

Me parece bien. Ahora me voy a duchar y a caer en la cama porque me siento un zombi.

Roberta:

Descansa. Solo espero que llegue mi cena para hacer lo mismo.

Dejé de escribir cuando sonó el intercomunicador. Era el repartidor con mi pedido.

Reí al recordar a Violet. Ella era mi único vínculo con el viejo hospital y, por lo tanto, con Philip. Nos conocimos en mi primer día de residencia, cuando le asignaron la atención de un paciente que yo estaba tratando.

Mi primer día, mi primera muerte...

Fue ella quien me encontró en el pasillo, destrozada por haber fallado en la reanimación de aquel paciente. Me dio una barra de chocolate y me dijo que había días malos, pero también días buenos, en los que salvaría vidas y todo valdría la pena.

Era una gran enfermera y llevaba dos años en el hospital cuando nos conocimos. Aquella fue nuestra primera conversación, pero pronto nos volvimos inseparables. Se convirtió en mi mejor amiga y la primera en advertirme que no me involucrara con Philip.

El neurocirujano era el terror de las residentes, y debí haberlo tomado en cuenta. Pero aun con todo, no me arrepentía. Soportaría el rechazo, el abandono y sus palabras crueles con tal de tener a mi hija.

Me gustaba mi trabajo como pediatra, atender en la clínica sin la presión de la urgencia, pero sobre todo, amaba llegar a casa después del trabajo y ver a mi pequeña corriendo hacia mí con los brazos abiertos, diciéndome que me había extrañado.

No era fácil. Criarla sola tenía sus desafíos, pero mis padres me ayudaban y Mary era una gran niñera.

Philip Baker fue una lección que jamás olvidaría.



Philip BAKER

Capítulo 2

—¡Felicidades, doctor! La cirugía fue un éxito —dijo el residente que me asistía en el procedimiento, como si adularme le fuera a dar puntos a su favor.

Cada año entraban y salían muchos como ese chico. Algunos tenían la persistencia para quedarse, pero la mayoría era demasiado débil y terminaba renunciando antes de completar el primer año de residencia en cirugía.

Venían por el glamour y el salario, pero no todos tenían el estómago para enfrentar los desafíos de la profesión.

Salí de la sala de cirugía y me lavé las manos hasta los codos antes de quitarme la cofia y los guantes.

Fueron casi diez horas extenuantes en una cirugía delicada para extirpar un tumor que afectaba el lóbulo frontal de una adolescente de dieciséis años. Su única esperanza de vida era que yo lograra remover todo el tumor con precisión, pero, para su suerte, no solo me consideraba uno de los mejores de Nueva York, sino que mis estadísticas lo demostraban con un margen de éxito impresionante.

Muchos venían de otros estados para hacer su residencia en el hospital donde trabajaba y aprender de mí. Hasta el momento, ninguno había logrado superarme.

Incluso un dios como yo tenía momentos de agotamiento, y ese, sin duda, era uno de ellos.

—Doctor...

Levanté la mano, cortando la charla del residente.

—Guarda tus preguntas para otro momento.

—Está bien...

Tomé el ascensor y fui a mi consultorio. Un espacio destinado solo para mí, donde podía

estar a solas, revisar exámenes o simplemente descansar sin que otros médicos o empleados del hospital me molestaran.

Había llegado a un punto en el que la directiva hacía lo que fuera para complacerme, porque yo era su empleado más valioso.

Me dejé caer en el sofá y solté un suspiro.

Mi turno todavía duraría diez horas más, pero no sabía si surgiría alguna cirugía de emergencia, y ya no tenía nada planeado.

Cerré los ojos, pero antes de que mi cuerpo siquiera pensara en relajarse, escuché unos golpes en la puerta, seguidos por la entrada de Holly.

Era una anestesista con la que tenía sexo desde hacía algunos meses, pero no era, ni sería, mi único ni mi último lío en el hospital.

—Me enteré de que estás libre. —Caminó hacia adentro como una gata sinuosa y se detuvo frente a mí.

—Eso no significa que quiera compañía. —Ni siquiera me moví en el sofá al hablar.

—Pensé que podría hacer tu noche más entretenida.

—Pensaste mal.

La sonrisa se desvaneció de su rostro ante mi respuesta.

—¡Vaya! ¿Seguro? —Pasó las manos por los botones de su bata, intentando captar mi atención.

—Sí. Lárgate.

Estaba agotado y no tenía ganas de dar explicaciones a nadie.

El principal problema con mis aventuras, dentro y fuera del hospital, era cuando empezaban a pensar que eran algo más que eso, solo una aventura. No tenía, ni nunca tuve, la intención de tener algo serio con ninguna. Me gustaba demasiado mi vida tal como era. Eso no iba a cambiar nunca.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 3

—No olvides comer fruta, es importante. Me voy a enojar mucho si la lonchera vuelve llena otra vez. —Miré a mi hija con seriedad mientras cortaba una manzana en trozos pequeños y los ponía en un recipiente plástico dentro de su lonchera.

—Ah, mamá...

—Nada de “ah, mamá”. —Entrecerré los ojos y ella se encogió.

Todas las mañanas, antes de ir a la clínica a atender a mis pacientes, preparaba a Amber y la llevaba a la escuela infantil que quedaba cerca de mi apartamento.

Al principio fue difícil, pero un año después, ya estaba acostumbrada y no veía la hora de salir de casa para encontrarse con sus amigos y su maestra.

—¿Te vas a comer toda la merienda?

—¡Sí!

—Muy bien. Entonces, vámonos. —Tomé su abrigo que estaba colgado en la entrada y la ayudé a ponérselo antes de salir del apartamento. Apenas comenzaba el otoño, pero los días ya estaban fríos.

Bajamos en el elevador hasta el estacionamiento, donde tenía mi auto. La acomodé en su silla infantil y, después de abrocharle el cinturón, me puse al volante y salí del edificio.

—Mamá...

—¿Sí, cariño?

—¿Cuándo vamos a ver a la abuela?

—Tendremos que esperar hasta el próximo feriado o hasta que mamá tenga unos días libres en el trabajo. Pero ahora tengo que cuidar de otros niños también.

—Está bien...

Mis padres vivían en Kansas, a muchos kilómetros de Nueva York. No siempre tenía la oportunidad de visitarlos. Para ellos era aún más complicado viajar porque tenían un pequeño mercado del que dependían y que debía abrir todos los días. De ahí sacaron el dinero para pagar mi universidad, y siempre les estaría agradecida por eso. Los ayudaba siempre que podía.

Estacioné frente a la escuela y bajé del auto. Afortunadamente, la puerta tenía el seguro de niños, porque Amber ya intentaba abrirla.

—¿Qué te dijo mamá sobre esto?

—Solo quería salir...

—No puedes bajar corriendo.

—Está bien...

—La próxima vez, habrá castigo.

—No castigo, no...

—Ven aquí. —Le coloqué la lonchera en la espalda y caminamos juntas hasta la entrada de la escuela—. Mary vendrá por ti más tarde. Que tengas un buen día. Mamá te quiere mucho. —Me incliné para besarle la frente.

—Yo también te quiero.

—¡Hola, Amber! —saludó la maestra, al recibirla en la puerta.

Le hice un gesto de despedida, ella me devolvió el saludo y me quedé allí, viendo cómo desaparecía entre los demás niños.



Philip BAKER

Capítulo 4

—Mamá, ya te dije que no.

—Pero, Philip...

—No empieces con eso. Sabes que estoy ocupado. Además, tuve que dejar el auto en el taller esta mañana y ahora me estoy moviendo en taxi.

—Tú y Nolan nunca pueden participar en nada —murmuró al otro lado de la línea. Seguramente ya había hablado con mi hermano mayor y él le había dado la misma respuesta.

—¿Alguna vez pensaste que el problema no somos nosotros?

—Deberían pasar más tiempo con nosotros.

—Nolan tiene sus compromisos y yo también.

—La familia...

—Buenas tardes, mamá. —Colgué antes de que siguiera.

No quería empezar mi día de trabajo escuchando el mismo discurso de siempre sobre la importancia de asistir a los almuerzos familiares de los domingos. Al final, Keyla, mi hermana, era la única que se tomaba en serio esas reuniones y arrastraba con ella a Mía, la hija menor de Nolan. O al menos solía hacerlo, porque Mía había sido aceptada en Stanford y en unos meses se mudaría a California.

De cualquier forma, a veces mi madre lo intentaba, pero nunca fuimos tan unidos como a ella le gustaría, y yo prefería que las cosas siguieran así.

Tenía problemas más urgentes en qué pensar, como el hecho de no tener auto. El maldito taxi se había detenido al otro lado de la calle y el conductor me hacía señas para que cruzara. Guardé el celular en el bolsillo y caminé hacia el asfalto.

Tal vez estaba demasiado distraído, demasiado irritado o simplemente perdido en mis pensamientos, porque solo escuché el sonido de la bocina cuando la furgoneta de reparto ya

estaba encima de mí.

Todo se volvió oscuro demasiado rápido, y perdí el conocimiento.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 5

—Programen el próximo control para dentro de un mes, pero está en perfectas condiciones. —Asentí hacia los padres que habían traído a su hija de dos meses.

Apenas toqué el picaporte de la puerta de mi consultorio, un escalofrío extraño recorrió todo mi cuerpo. Una sensación desagradable se instaló en mi pecho y me dejó un amargo sabor en la boca. Podría haber sido solo un pequeño choque provocado por el metal, pero el malestar no desapareció ni siquiera cuando volví a sentarme en mi silla.

—Doctora, ¿puede pasar el próximo paciente? —preguntó la recepcionista de la clínica cuando notó que no decía nada.

—Pídele que espere unos minutos, por favor. Ya lo llamaré.

—De acuerdo.

—Gracias.

En cuanto la recepcionista salió, tomé mi celular y llamé a la escuela de mi hija. Tal vez era la sensación más absurda del mundo, pero necesitaba librarme de esa inquietud.

—¿Señora López? —atendió la secretaria del otro lado de la línea.

—¿Todo está bien con mi hija?

—¿Por qué?

—Solo necesito que me lo diga, por favor.

—Un momento.

—Por supuesto.

Esperé en la línea unos instantes hasta que la secretaria regresó.

—Su hija está en el aula haciendo una actividad de pintura con la profesora y los demás niños. ¿Necesita algo más, señora?

—No, solo eso. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Colgué y le envié un mensaje a mi mamá.

Roberta:

¿Dónde están?

Mamá:

En la tienda.

Roberta:

¿Papá también?

Mamá:

Sí. ¿Pasó algo?

Roberta:

Solo tuve una sensación extraña.

Mamá:

Estamos bien, querida. ¿Y Amber?

Roberta:

También está bien.

Mamá:

Entonces, no tienes de qué preocuparte.

Roberta:

Fue una tontería de mi parte.

Mamá:

Nunca está de más preocuparnos.

Roberta:

Tienes razón. Volveré al trabajo. Te quiero, mamá.

Mamá:

Yo también te quiero, querida.

Cuando me aseguré de que nada les había pasado a las personas que más amaba, me puse de pie y llamé a mi siguiente paciente. Me recibió con una sonrisa cálida, un niño de ocho años.

—¡Hola, John!

—Hola, doctora.

—¿Qué te pasó?

—Me caí de la bicicleta.

—¿Y cómo fue eso?

Le señalé la silla frente a mi escritorio para que su madre tomara asiento, luego ayudé al niño a subir a la camilla para examinarlo.



Philip BAKER

Capítulo 6

—¿Doctor Philip? ¿Me escucha?

Una voz resonó a lo lejos, como si viniera desde otra cuadra, mientras el sonido intermitente de los monitores médicos zumbaba en mis oídos.

Cerré los ojos con fuerza cuando una luz intensa se proyectó sobre ellos y me encogí, sintiendo un punzante dolor de cabeza.

¿Qué está pasando? Solo lo pensé, pero no pude pronunciar palabra.

Algo estaba muy mal, pero estaba demasiado confundido para entender qué era.

Las luces, el sonido de los aparatos...

Parecía que estaba en la sala de emergencias del hospital, pero todo era tan confuso y perturbador que tuve la sensación de estar soñando. Perdí la conciencia una o dos veces, tal vez más, pero no podía estar seguro.

Estaba acostumbrado a ese ambiente, pero nunca como paciente.

No sé cuánto tiempo pasó en esa bruma de imágenes borrosas, como alucinaciones extrañas, sonidos familiares y voces que no lograba distinguir con claridad, hasta que finalmente mis ojos se abrieron.

Reconocí las paredes de una de las suites VIP del hospital donde trabajaba, incluso el jarrón de flores ridículo sobre el mueble, justo debajo de la enorme pantalla plana. Intenté moverme, tal vez salir de allí, pero era como si no tuviera control sobre mi propio cuerpo.

—¡Philip!

Escuché la voz de mi madre.

Tuve que parpadear varias veces para enfocar su imagen.

—¿Qué haces aquí?

—Vinimos en cuanto nos llamaron del hospital.

Reconocí la voz de mi sobrina, pero estaba demasiado inmóvil como para girar la cabeza y buscarla en la habitación.

—¿Qué está pasando?

—¿No lo recuerdas, tío?

—No...

—Parece que te atropelló una camioneta de reparto.

—Siento como si hubiera sido algo mucho peor —murmuré, con evidente dificultad para respirar—. ¿Mis pulmones están bien?

—Dijeron que el izquierdo se perforó cuando una de tus costillas se rompió, pero seguro lo entenderás mejor cuando hables con tus colegas.

—Primero fue Nolan, ahora tú. No tengo fuerzas para seguir viendo a mis hijos en un hospital por accidentes de tránsito.

—Nolan estuvo en coma, mamá. Yo estoy bien.

—El accidente fue hace tres días, tío —intervino Mía.

—¡Mierda! —bufé, frustrado—. Llamen a quien esté a cargo.

—Las enfermeras dijeron...

—No quiero una enfermera.

—Veré qué puedo hacer —dijo Mía, antes de que escuchara la puerta abrirse y cerrarse de nuevo.

—Nos tuviste a todos preocupados. —Mi madre se inclinó sobre la cama y tomó mi mano con fuerza—. No veía la hora de que despertaras.

No podía creer que estaba ahí por un accidente tan estúpido. Si hubiera estado en mi auto, nada de esto habría pasado.

No pasó mucho tiempo antes de que Mía regresara.

—Dijeron que el doctor Carter está en cirugía, pero vendrá en cuanto pueda.

—No puedo creer que Carter haya sido el que me operó. Ese carnicero...

—Philip… —me interrumpió mi madre antes de que siguiera quejándome.

—Si al menos hubiera podido elegir…

—Él te salvó la vida.

—Espero que no haya hecho ninguna estupidez.

—Y luego me quejo de que mi papá es insoportable… —murmuró Mía, haciendo reír a mi madre.

—¿Qué dijiste?

—Que mi papá está en un compromiso en Washington D. C. Vendrá a verte en cuanto regrese, y la tía Keyla pasa por aquí todas las tardes. No debe tardar en llegar.

—Está bien.

—Todos estamos esperando que te recuperes pronto.

Amaba mi trabajo en el hospital, pero ser paciente era algo que ni siquiera quería considerar, y estaba seguro de que los días de recuperación serían un verdadero infierno, pero no podía imaginarme hasta qué punto.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 7

Saqué una servilleta de papel y limpié la comisura de los labios de mi hija cuando el helado empezó a derretirse y gotear por el borde de su boca.

Siempre que veníamos al Central Park a pasear, me pedía un helado de los food trucks que se estacionaban en los alrededores del parque. Incluso cuando hacía frío, era difícil disuadirla.

—Cuidado, no vayas a ensuciarte la ropa.

—Está bien.

—No querrás que las hormiguitas vengan tras de ti, ¿o sí?

—No.

—Deja de asustarla con esas cosas, pobrecita —comentó Violet a nuestro lado, mientras caminábamos hacia el lago, donde Amber podría ver a los patitos en el agua.

A mi hija siempre le divertía observar a los animales y a la gente paseando con sus perros. Hacía unos seis meses que me pedía que adoptáramos uno, pero asumir la responsabilidad de cuidar una mascota no era algo sencillo. Cuando fuera un poco más grande y pudiera alimentarlo y sacarlo a pasear, le dejaría elegir uno.

La ayudé a sentarse en el banco y limpié otro poco del helado que goteaba por su manito.

—No vas a creer quién tuvo un accidente —comentó Violet, deteniéndose a mi lado.

—¿Quién?

—Philip.

Fruncí los labios.

—Lo siento.

Violet intentaba evitarlo, pero de vez en cuando, aunque lo odiara, me traía noticias de él,

manteniéndome más informada de lo que quería. Solo que esta vez sentí curiosidad, quizá por el mal presentimiento que había experimentado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos cinco días.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

—Sigue con vida y parece que se recuperará bien.

—Qué bueno por él.

—Sí.

—¿De quién hablan? —Amber levantó la cabecita y nos miró, tratando de entender de qué hablábamos.

—De nadie, cariño.

—Ah, bueno.

—Basta de hablar de él, Violet.

—Sé que para ti ya está muerto.

—Exacto.

—¡Oh, tía! ¡Un patito! —Amber señaló con entusiasmo.

—Qué lindo.

—Sí, es hermoso. —Violet rió con ternura al verla y luego volvió a mirarme—. ¿No vas a adoptar una mascota para ella?

—Solo cuando tenga edad para cuidarla.

—Eres cruel.

Fruncí los labios y Violet se rió.

—Cuando tengas tus propios hijos, ya verás.

—Me acordaré de esto.

Me encogí de hombros y me acomodé en el banco junto a mi hija.

—¿Quieres? —Me ofreció su helado.

—No puedo comer.

—Gracias.

—¡Ay, qué tierna! Philip es un verdadero imbécil.

Amber aún era muy pequeña, pero a veces me preguntaba por qué no tenía un papá como los otros niños de la escuela. Yo le decía que había decidido tenerla sola. Tal vez, cuando fuera mayor, le contaría lo que realmente pasó de una manera más comprensible… aunque, en el fondo, desearía que nunca tuviera que lidiar con el hecho de que su padre dijo que "*lo solucionaría*" antes de su siguiente cirugía.



Philip BAKER

Capítulo 8

—¿Cuánto tiempo crees que vas a quedarte aquí? —Nolan, mi hermano mayor, se acercó a la cama, observándome en ese estado deplorable.

—Con suerte, una semana.

—¿Y sin suerte?

—Un mes o un poco más.

—¡Qué mierda!

—Nolan, ¡así no se habla con tu hermano! Pobrecito.

¿Pobrecito?

Odio escuchar esa palabra. No era el tipo de hombre que se escondía detrás de la lástima de nadie, menos aún de mi cuñada, que parecía una adolescente.

—Voy a salir de esta —le aseguré, para que la expresión de pena en su rostro desapareciera y me dejara de molestar.

—Claro que sí. ¿Te duele mucho?

Entrecerré los ojos y negué con un movimiento de cabeza.

Nolan notó mi incomodidad y puso su mano sobre el hombro de su esposa, obligándola a volver su atención hacia él.

—Cariño, ¿puedes esperar afuera?

Nilzi asintió con la cabeza, resignada.

—Recupérate, Philip. Queremos que regreses a casa pronto —dijo ella.

Esperé a que saliera del cuarto para poder girarme hacia mi hermano.

—Es tan dulce que me da diabetes.

Nolan se rió.

—Es perfecta para eventos políticos.

—Estoy seguro de que sí, pero yo no necesito eso.

—Sé más amable con mi esposa —dijo, con rostro serio, como si se hubiera molestado conmigo—. Deberías haber tenido más cuidado al cruzar la calle. Tienes cuarenta años, no cuatro.

—Me lo dice el tipo que estuvo en coma —murmuré.

—¿Quién está en una cama de hospital ahora? —replicó, dejándome sin palabras.

—Está bien.

Por ahora había ganado.

—Supongo que pediste ver tus exámenes. ¿Cómo estás realmente?

—Algunos huesos rotos y una conmoción que me causó hinchazón cerebral, pero ya está retrocediendo, aunque fue lo que me dejó inconsciente por tres días.

—¿Crees que vas a necesitar fisioterapia o algo más intenso?

—No.

—¡Qué bueno! Quiero ver tu culo gordo fuera de aquí.

—Gordo será el tuyo —respondí, con tono brusco y mi hermano se rió.

Nos miramos por un rato hasta que Nolan volvió a hablar.

—Es bueno saber que te vas a recuperar.

—Gracias.

—Avísame cuando salgas de aquí.

—Estoy seguro de que nuestra madre lo hará.

—Tu mano no se va a caer por agarrar el teléfono.

—Seguro que no.

—Lo sé. Tengo una cita en Nueva Jersey en una hora y tengo que ir, pero me alegra verte despierto.

—Nos veremos cuando salga de aquí.

—Cuento con eso. —Mi hermano se despidió de mí y salió de la habitación, dejándome solo otra vez.

No podía negar que estaba exhausto y la medicación para el dolor me dejaba dormido casi todo el tiempo, así que me quedé dormido casi de inmediato. Apenas podía esperar para salir de allí y volver a ser médico, no paciente.

No sé cuánto tiempo pasó, pero desperté con la sensación de que alguien estaba en mi habitación. Parecía ser la enfermera con alguien encargado de limpiar el cuarto. Mis ojos aún estaban pesados y no los abrí completamente, pero pude escuchar la conversación.

—Es triste ver a un médico que salvó tantas vidas en este estado... —murmuró una, probablemente sin darse cuenta de que las escuchaba.

—¿Triste? —comentó la otra—. Yo creo que se lo merece. Hierba mala nunca muere.

—Qué horror esa frase, Violet.

—Este hombre es el terror para cualquiera que esté debajo de él. Las enfermeras que tenemos que lidiar con este idiota somos las que sufrimos. Hasta parece que es Dios en el cielo y Philip Baker en la tierra.

La otra rió.

—Menos mal que no crió a su hija, y ella es un amor.

—¿Hija? ¿Cómo que hija?

—Nada, déjalo. —La enfermera intentó evitar la conversación.

—No sabía que tenía una hija, ni que tenía novia...

—Olvídalo. Tengo que ver al siguiente paciente.

—¡Violet!

—Buen trabajo, Sarah.

¿Hija?

La otra mujer no fue la única que se quedó con esa palabra en la mente. Yo no tenía ninguna hija. Probablemente esa historia era solo otro intento de difamarme.

Que nunca había sido querido, especialmente entre el personal de enfermería, era un hecho, pero nunca me importó. Si ellos no tenían la oportunidad ni la capacidad de convertirse en médicos de mi nivel, el problema no era mío.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 9

—¿Dónde está? —Amber movió la cabecita de un lado a otro buscando algo mientras estábamos sentadas en el piso de su cuarto, jugando con piezas grandes para armar, con mi ayuda. Ella estaba construyendo un castillo, al menos eso fue lo que me dijo, porque por ahora solo tenía varias piezas una encima de otra.

—¿Dónde qué, mi amor?

—La rosa.

—¿La rosa?

—¡Sí!

—Está aquí. —Tomé la pieza del balde y se la entregué.

—Gracias. —Se inclinó hacia adelante y colocó la pieza encima de las otras.

—¿Estás segura de que es un castillo, hijita?

—¡Sí!... De Cinderela.

—Va a quedar muy bonito. —Entré en su juego.

—¡Iuju!

Sonreí a mi hija, que derrapó todo el recipiente de piezas al suelo para intentar encontrar otra y al final tomó una verde.

Estaba distraída con ella hasta que mi celular empezó a vibrar con mensajes de una paciente.

Madre de Helena:

¡Doctora, por favor, necesito ayuda!

Roberta:

¿Qué pasó?

Madre de Helena:

Helena tiene treinta y nueve y medio de temperatura, ya le di el medicamento y no baja. No sé qué más hacer.

Roberta:

¿Está llorando?

Madre de Helena:

Mucho. Está inquieta. No para de moverse en mis brazos.

Estoy empezando a pensar que puede ser cólico.

Roberta:

Los cólicos no causan fiebre.

Madre de Helena:

¿Cree que sea algo grave, doctora?

Roberta:

¿Puede enviarme un video de ella?

Madre de Helena:

Sí.

Pasaron unos minutos, pero finalmente me mandó un video de la pequeña, toda cubierta con un pesado abrigo de lana, de esos que se usan para el clima nevado.

Estábamos en otoño y la temperatura estaba bajando poco a poco, pero aún así, llevaba demasiada ropa.

Roberta:

¿Está prendido el calefactor?

Madre de Helena:

Sí.

Roberta:

¿A qué temperatura está la casa?

Madre de Helena:

Unos veinticinco grados.

Roberta:

Tu bebé tiene calor, por eso está inquieta y con fiebre. Quítale toda la ropa innecesaria y hazla sentir más cómoda.

Madre de Helena:

Pero hace frío.

Roberta:

No dentro de tu casa.

Madre de Helena:

¿Y si tiene frío?

Roberta:

Quítale los abrigos y espera a ver cómo reacciona.

Madre de Helena:

Está bien.

La mujer dejó de enviarme mensajes por un momento y yo esperé. Mientras tanto, Amber tiró de mi mano, la que sostenía el celular.

—¿Puedo ver al bebé, mamá?

Abrí el video y dejé que mi hija lo viera.

—Pobrecita, está llorando. ¿Está enferma?

—Estoy esperando para asegurarme.

—¡Ah! ¿Yo lloraba?

—Sí, llorabas. —Me reí por su pregunta.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¡Guau!

—Cuando tú eras pequeñita, de la edad de este bebé, la única manera que tenías de comunicarte era llorando. No podías decir que tenías calor, frío, dolor o hambre.

—Ahhh. ¿No puede hablar un bebé?

—¿Los bebecitos de tu escuela hablan?

—No.

—Entonces...

—Ok. —Se inclinó de nuevo, entreteniéndose con los juguetes.

Amber estaba casi terminando su prototipo de castillo cuando recibí otro mensaje.

Madre de Helena:

Finalmente se calmó y se durmió.

Roberta:

¿Le quitaste el exceso de ropa?

Madre de Helena:

Sí.

Roberta:

¡Qué bueno!

Madre de Helena:

Gracias, doctora.

Roberta:

A tu disposición.

—¡Ya he terminado! —anunció Amber, señalando su pila de piezas.

—¿Ese es tu castillo de la Cinderela?

—Sí.

—¡Qué bonito!

—¡Gracias!

No pude resistirme a su carita linda y la abracé, llenándola de besos y un abrazo muy fuerte.

—¡Ay, mamá!

—Te amo, mi princesa.

—¡No respiro, mamá!

La solté riendo. A veces era difícil no abrazarla demasiado.

Sin dudas, Amber era lo mejor de mi vida y no me arrepentía ni por un segundo de haberla tenido.

—Palomitas, mamá.

—¿Quieres palomitas?

—¡Quiero!

—Entonces, vamos a hacerlas. —Me levanté y le tendí la mano.

—¡Vamos!

Mi pequeña fue saltando conmigo hasta la cocina, donde tomé la máquina de hacer palomitas del armario y ella midió el grano, antes de que encendiera el aparato y viera junto a ella cómo las palomitas estallaban y llenaban el balde.



Philip BAKER

Capítulo 10

Semanas después...

Finalmente, después del angustioso tiempo de recuperación tras el accidente, había vuelto a la posición que más me agradaba en ese hospital: neurocirugía.

Llegué al hospital por la mañana, acomodando mi bata al pasar por la recepción.

—Qué bueno que ya se recuperó, doctor Baker —dijo un médico que no reconocí y a quien no me molesté en responder mientras caminaba hacia el ascensor para ir al área de cirugía.

Estaba ansioso por regresar a mi rutina, esa que nunca debí haber dejado. Nolan podía haberlo dicho en broma, pero tenía razón: debía haber prestado más atención a la calle, pero eso no volvería a pasar.

Empecé el día con una cirugía emocionante para extraer una bala alojada en la nuca de un paciente. Solo el hecho de que siguiera vivo ya era un milagro, y gracias a mí, seguiría teniendo muchos años por delante.

Cuando salí de la sala de operaciones, caminé por el pasillo hacia el ascensor. El presidente del hospital quería hablar conmigo, probablemente una interacción más tras mi regreso: las mismas preguntas de siempre para saber si estaba bien y listo para trabajar.

El hospital estaba lleno de personal y pacientes pasando de un lado a otro, pero me detuve al escuchar un nombre.

—Violet, ¿sabes si el paciente de la 1578 recibió el alta? La habitación está vacía.

—Falleció anoche —respondió una mujer, que caminaba con uniforme de enfermera, a otra.

—Vaya, qué pena. Pensé que iba a mejorar.

—Todos teníamos esa esperanza. Su condición realmente estaba mejorando.

—No entiendo cómo varios pacientes parecen mejorar antes de morir.

—Algunas leyes de la vida, solo Dios las explica.

—Así es. —Se encogió de hombros—. Voy al cuarto 1534, necesito revisar la temperatura y darle la medicina a la paciente.

—Está bien. Yo me voy a casa, mi turno finalmente terminó.

—Que descanses.

—Gracias.

Las dos siguieron caminos opuestos y yo crucé el paso de una de ellas.

—Violet, ¿verdad?

Ella abrió los ojos, retrocediendo sorprendida al darse cuenta de que yo le hablaba. Normalmente no perdía el tiempo con el personal de enfermería, pero escuchar su nombre me hizo recordar lo que había escuchado en el cuarto, mientras ella pensaba que yo estaba dormido, al principio de mi recuperación.

—¿Doctor Baker?

—Necesito hablar contigo.

—Mi turno ya terminó, me voy a casa, pero apuesto que alguien más en el turno de enfermería podría ayudarlo.

—Este asunto es contigo.

—Entonces podemos dejarlo para cuando nuestros horarios coincidan de nuevo. —Intentó esquivarme, pero tomé su muñeca impidiéndole alejarse.

—Espera. ¡No es sobre trabajo!

—No me imagino qué otro tema podría ser conmigo, si no es sobre algún paciente que tengamos en común.

—¿Olvidaste que has estado difamándome por todo el hospital?

—¿Difamando? —Alzó una ceja, sorprendida.

—¡Eso mismo!

—Sé que te crees muy importante, doctor, pero hay mucho más trabajo en este hospital como para estar perdiendo tiempo hablando de ti.

—¡Mentira! Te escuché perfectamente.

—¿Escuchaste qué?

—Esparciendo rumores sobre que tengo una hija.

—¿Rumores?

—Sí. Te escuché claramente hablando con otra empleada cuando estaban en mi cuarto, hace unas semanas. Exijo que dejes de divulgar que tengo una hija.

—No es un rumor, ni una mentira. ¿Acaso el accidente te dejó con amnesia? O tal vez te has acostumbrado tanto a ser un idiota que lo olvidaste. Pero tranquilo, fue solo un descuido, no lo diré más.

—Estás empezando a volverte loca.

—A veces hasta desearía estarlo, doctor, pero no es el caso.

—Esa es la cosa más absurda que alguien podría decir.

—¿Estás seguro?

—No tengo hijos, si tuviera, ¿no crees que lo sabría?

—Querías que se lo quitara.

—¿Quién? —Gruñí, ya irritado con esa conversación.

—¡Olvídalo! —La enfermera retrocedió—. Ya he dicho demasiado.

—¡Vuelve aquí! —La tomé nuevamente—. No te vas a ir sin explicarme qué estás diciendo.

—No necesito explicarte lo que ya deberías saber. ¡Suéltame!

Los demás empleados que pasaban por allí nos miraban, intentando entender qué estaba pasando, pero, dado mi historial de involucrarme con el personal femenino, seguramente pensaban que eso era lo que ocurría.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—Quédate con esa idea entonces.

—Escucha, enfermera...

—Mejor escucha tú, doctor. El mundo no gira a tu alrededor. Qué bueno que Amber no tiene tu mala influencia.

—¿Quién diablos es Amber?

—¿Todo bien por aquí? —Un portero del hospital se acercó. No tenía idea de quién era ni su nombre, solo lo había cruzado algunas veces. Además, su uniforme marrón dejaba claro su puesto.

—Sí —respondió la enfermera—. Gracias, Miguel, pero ya me voy a casa.

—¡Espera! —Intenté detenerla, pero el tipo grande se interpuso.

—¿Quiere ayuda con algo, doctor?

—No. —Fruncí el ceño y me vi obligado a retroceder.

Durante el resto de mi turno, ningún paciente necesitó de mis cuidados, así que me quedé en mi oficina, quieto. El único problema fue que eso me dejó pensando.

¿Era solo una loca esa enfermera, tratando de difamarme, o había algo de cierto en lo que decía? Sería difícil saberlo.

Intenté contar cuántas mujeres había tenido en los últimos meses y años desde que me uní al equipo de especialistas del hospital. Conté varias, pero siempre que lo intentaba, me daba cuenta de que olvidaba a alguna.

La mayoría eran médicas o enfermeras, creía que una trabajaba en la farmacia, pero eso era todo.

A ninguna le había prometido nada. Eran solo casos, si pensaban lo contrario, tontas serían ellas.

Usaba preservativo... la mayoría de las veces, al menos. Era ridículo admitirlo, sobre todo

siendo médico. Sin embargo, entre un turno y otro, con mi erección mezclada con el cansancio, parecía imposible garantizar una profilaxis adecuada.

¿Alguna de ellas podría haber quedado embarazada?

¿Alguna?

¿Todas?

Esas preguntas hicieron que mi cabeza palpitara.

Quería pensar que la enfermera estaba mintiendo, pero si existía una posibilidad real, ni siquiera sabía por dónde empezar.

¿Otra enfermera?

¿Con cuál fue la última vez que me involucré? O podría haber sido antes de ella.

¿Amber? ¿Era el nombre de la madre o de la hija?

Maldita enfermera, que me hizo perder el sueño esa noche.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 11

—¡Tía Vi! —Amber vino corriendo hasta la puerta cuando la abrí para recibir a mi amiga.

Violet entró cargando una caja de pizza y la puso sobre la mesa de la sala antes de agacharse para levantar a mi hija en brazos.

—Hola, mi princesita linda.

—¡Hola tía!

—Traje pizza, ¿te gusta?

—¡Me encanta!

—Qué bueno.

Me acerqué a mi amiga y la abracé cuando ella dejó a mi hija en el suelo, lo que me permitió fijarme mejor en sus ojos hundidos.

—¿Qué ojeras son esas?

—Fue un turno difícil.

—Definitivamente, no lo extraño. —Sonreí de manera forzada.

—Me imagino.

—¡Tía! ¡Tía! —Amber comenzó a tirar de la camisa de Violet.

—¿Qué pasa, pequeña?

—¿Puedo comer?

—Acabas de comer un plátano, hija. —Crucé los brazos y la miré con reproche.

—Ay, déjala comer.

Las dos me miraron, y no tuve más remedio que asentir.

Amber fue sola hasta la cocina y volvió con su plato de plástico de las princesas. Le quité un trozo de pepperoni y se lo di, mientras ella se acomodaba en la silla para comer.

—Luego dirás que no mimas a mi hija.

—Para eso servimos las tías. Yo la malcrío y tú la corriges.

—Ni siquiera eres su tía de verdad.

—Soy lo más cerca que tiene de una. —Se encogió de hombros.

—Es verdad.

—¿Cómo están tus padres en Kansas? —Cambió completamente de tema. Tuve la sensación de que trataba de evadir algo.

—Bien. Hablo con ellos siempre que puedo.

—¡Qué bien!

—¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con tu novio?

—¿Qué? ¡No!

—¿Finalmente te pidió matrimonio?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no me dices qué pasó?

—Philip me paró hoy en el pasillo.

Fruncí los labios.

—¿No ha muerto todavía?

—Ya se recuperó y volvió al trabajo.

—Bien por los pacientes. Al menos es buen cirujano.

—El idiota se cree el mejor.

—Qué bien por él. —Desvié la mirada sin darle importancia al tema, observando a mi

hija comer su porción y mancharse toda.

—No vas a creer lo que quería saber.

—Prefiero no pensarlo.

—El idiota ni siquiera sabe que tú tienes a Amber.

—Mejor así... Espera, ¿qué le dijiste? —Me incliné hacia ella, apretando los dientes y mostrando mi furia.

—No le dije nada.

—¿Violet?

—Te lo juro, Roberta.

—Entonces, ¿por qué demonios fue a hablar contigo?

—Tal vez escuchó cuando hablaba con otra persona sobre lo bien que le ha hecho a la niña crecer sin él.

—¡Violet!

Quería estrangularla con mis propias manos, pero no sería apropiado matar a alguien frente a mi hija.

—Si él...

—Tranquila, ni siquiera sabe que eres tú. —Intentó zafarse de mi furia.

—No parece que sea así.

—Te lo prometo.

Bufé hacia ella, y mi amiga se encogió.

—Vamos a comer pizza con Amber. —Se apartó para evitar que le clavara las uñas en el cuello.

Me invadió una mezcla de sensaciones que me dejaron, al menos, incómoda. Estaba acostumbrada a escuchar sobre ese maldito neurocirujano, porque mi amiga simplemente no

podía mantener la boca cerrada, aunque le rogara que no dijera nada.

Me repetía a mí misma que Philip estaba muerto, y de alguna manera eso hacía que las cosas parecieran más simples, pero no era tonta y sabía que si iba al hospital durante uno de sus turnos, probablemente lo encontraría. Aun así, me aseguraba a mí misma que no me importaba, que para mí él podía vivir, morir o lo que fuera, no me afectaba. Sin embargo, pensar que él sabía de la existencia de Amber y que existía la remota posibilidad de que cambiara de opinión sobre ella, eso me aterraba profundamente.

Estaba acostumbrada a ser solo yo y mi hija. No ganaba las sumas millonarias en cirugía como Philip, pero las consultas en la clínica y el seguimiento de algunos niños me daban un ingreso cómodo para cuidar de mi hija y de mí, además de enviar algo a mis padres, aunque siempre se quejaban. Si era médica, era gracias al esfuerzo de ellos, y me sentía en la obligación de ayudarlos.

No sabía qué le habría dicho Violet a él, pero el neurocirujano egocéntrico podía ser impredecible, y eso me aterraba.

—No va a pasar nada —aseguró Violet, mientras observaba mi expresión.

—Espero que no.

—Como si después de todo lo que hizo viniera aquí a la puerta queriendo conocer a Amber.

La miré fijamente hasta que Violet me tomó la mano y me arrastró hasta la mesa.

—¡Vamos a comer pizza!



Philip BAKER

Capítulo 12

Imprimí otra foto del historial de empleados del hospital y la puse en un marco que tenía en la sala.

Después de revisar nuevamente a todas las trabajadoras que habían pasado por el hospital en los últimos siete años, desde que comencé a trabajar allí, me di cuenta de que eran miles de personas. Sin contar a los hombres ni a las trabajadoras mayores de cincuenta años, quedaban centenas, y de esas seleccioné unas treinta de las que estaba seguro de haber tenido relaciones al menos una vez.

Coloqué todas las fotos con sus respectivos nombres y me quedé observándolas por algunos instantes.

—¿Qué es esto? —Exclamó una voz aguda detrás de mí.

Me giré rápidamente al escuchar el grito y me encontré con mi hermana.

—¿Cómo entraste aquí, Keyla?

—Estuve tocando la puerta y no respondiste. Me preocupé y terminé entrando.

—¿Cómo? —Gruñí, cruzando los brazos, molesto.

—Yo fui la agente inmobiliaria de este apartamento, fui la que te lo mostró, ¿recuerdas? Aún tengo la llave.

—Necesito acordarme de cambiar la cerradura.

—¿Y eso qué es? —Cambió de tema señalando las fotos—. ¿Te convertiste en asesino en serie?

—¿Qué? ¡No!

—Entonces, ¿qué es esto?

—No es asunto tuyo.

—Ah, Philip... —Apretó los dientes—. Todavía me pregunto quién es peor, ¿tú o Nolan?

—No deberías preocuparte.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que estar de acuerdo con mamá, a veces ustedes nos ponen a prueba.

—Apuesto a que tienes otras cosas que hacer, apartamentos que mostrar. Así que puedes irte. Ya viste que estoy bien, no tienes que preocuparte.

—¿Me estás echando?

—Si quieres que te lo diga con esas palabras, sí.

—¡Habla en serio, Philip! Hasta parece que no quieres que nadie se preocupe por ti.

—No fue lo que dije.

—Pero es lo que pensaste.

—Keyla, ¿no ves que estoy ocupado? ¿Por qué no vuelves en otro momento? Puedo asegurarte que me siento genial. Palabra de médico.

—Solo tus palabras no me sirven. Generalmente, quien trabaja con este tipo de cosas es quien más las descuida.

—Keyla...

—Está bien. —Descruzó los brazos, rindiéndose—. Me voy si me dices qué estás haciendo con las fotos de estas mujeres. Tú y Nolan siempre han sido difíciles, pero...

—Deja de sacar conclusiones apresuradas —la interrumpí antes de que dijera alguna estupidez.

—Entonces, dime qué está pasando, porque no le encuentro ningún sentido a que estés mirando a todas estas mujeres.

—No soy un acosador, ¿ok?

—Hmmm... ¿Entonces qué es esto? —Señaló las fotos—. ¿Quiénes son estas mujeres?

—Todas las trabajadoras del hospital con las que tuve relaciones.

—¿Qué? ¿¡Todas ellas!?

—Tú misma dijiste que querías saber quiénes eran.

—¿Y no te contagiaste de ninguna enfermedad? ¿No se te cayó el pene? —Keyla se rió, y yo fruncí el ceño, arrepentido de haber dicho algo a su respecto.

—Ahora puedes irte.

—No basta con haber tenido relaciones con todas ellas, ¿tienes que poner las fotos en un mural? ¡Eso es muy raro!

—No es lo que piensas... —Ni siquiera debería darme el trabajo de explicarlo, porque la situación se estaba complicando cada vez más—. Parece que una de ellas podría estar embarazada y quiero saber cuál.

—¿Parece?

—¡Keyla!

—¿No lo recuerdas?

—Como viste, son muchas. —Torcí los labios, molesto, mientras señalaba las fotos colgadas frente a nosotros.

—¿Por qué te preocupa eso ahora? ¿No crees que si alguna de ellas hubiera tenido un hijo tuyo ya te lo habría dicho?

—Tal vez lo dijo... —reflexioné, mordiendo mi labio inferior, pensativo.

—¿Y fuiste un idiota?

—Posiblemente.

—Entonces, ¿qué pasó para que cambiaras de opinión?

—Escuché a una de las enfermeras decir que menos mal que mi hija creció sin mi influencia.

—¿Y quién de ellas es esa enfermera? —Keyla señaló a las mujeres que había

seleccionado.

—Ninguna de ellas. No tuve relaciones con esa, al menos no que recuerde.

—¿Entonces por qué dijo eso?

—Estoy tratando de averiguarlo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Preguntarles a cada una de esas mujeres si alguna tuvo un hijo?

—Suena como una pésima idea —reflexioné, mientras analizaba la lista.

—Sí, parece... —Keyla asintió.

—Mejor olvídalo.

—¿Qué? ¡No! Si tienes un hijo tienes que averiguarlo.

—No soy del tipo que juega a ser papá, Keyla.

—Nolan lo hace.

—No somos exactamente iguales.

—¡Vete a la mierda!

Me sorprendí con la reacción de mi hermana y retrocedí un paso.

—¿Qué fue eso?

—No puedes escapar de esto, Philip. Si tienes un hijo o una hija, es tu responsabilidad.

—Pero...

—¡Pero nada!

—No tienes que meterte en esto. —Apreté los dientes, molesto—. Es asunto mío.

—¡Es asunto mío también! Si tengo un sobrino por ahí quiero saberlo. Además, si fueras tan bueno resolviendo las cosas no estarías ahí, haciendo un juego con fotos de mujeres con las que tuviste relaciones, como si no fuera nada importante.

—¡Está bien! —Retrocedí ante sus palabras—. Si tienes alguna idea brillante, puedes

decirla, te escucho.

—Comencemos por eliminar. Si la enfermera dijo que tu hija ya creció, eso significa que ya nació y probablemente sea un poco mayor. Vamos a eliminar a las trabajadoras con las que tuviste relaciones el último año.

Me sorprendió la idea de mi hermana, nunca había mostrado ser tan estratégica, pero si quería descubrir algo, su ayuda parecía bienvenida.

Saqué unas diez fotos del panel.

—¿Viste alguna de ellas embarazada?

—¿De verdad crees que me voy a acordar? No me hagas decir tonterías, Keyla.

—¡¿No me hagas decir tonterías?! Por favor, Philip. Hay una posibilidad de que tengas un hijo por ahí y parece que no te importa en lo más mínimo.

—Tal vez sea mejor así y solo estamos perdiendo el tiempo... ¡Ay! —Exclamé cuando mi hermana me dio un golpe en el hombro.

—¡Cállate, idiota!

—¡No puedes hablarme así! —Gruñí.

—Claro que puedo, soy tu hermana. Nadie más que yo sabe cuán idiota eres, porque he convivido contigo toda mi vida. Mis hermanos nunca han sido fáciles, pero al menos el Nolan está cuidando a sus hijos.

—Hasta donde tú sabes...

—No estamos discutiendo la vida de él, ¿verdad?

—Fuiste tú la que empezó con ese tema. —Me encogí de hombros.

—A veces dan ganas de estrangularlos, ¿sabías?

—Keyla, ¿por qué no te vas a casa? Ya es tarde.

—No me voy a ningún lado hasta que descubramos dónde está tu bebé.

—Ya te lo dije...

—¡Shh! —Levantó la mano para interrumpirme y eso me irritó aún más. Su suerte era que todavía la veía como mi hermana pequeña, si no, ya habría perdido toda la paciencia—. Vamos a seguir analizando las opciones. ¿Alguna vez alguna de ellas te dijo que estaba embarazada?

—¿No crees que lo hubiera recordado si fuera el caso?

—Con lo idiota que eres, probablemente te lo dijeron y ni te importó. Sería mucho más fácil si recordaras.

—Yo no... —Miré las fotos hasta que reconocí un rostro y me vinieron algunos recuerdos vagos.

Tomé la foto y la miré por un momento.

—¿Quién es esta? —Quiso saber Keyla.

—Era una residente de cirugía, tenía mucho potencial y quería seguir mis pasos para convertirse en neurocirujana.

—¿Era? ¿Qué pasó con ella? ¿La contrataron en otro hospital?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No se suponía que eras su mentor?

—¿Tienes idea de cuántos recién graduados llegan cada año queriendo ser mis pupilos? ¡Soy el mejor!

—¿Puedes dejar de lado tu ego y concentrarte? —Frunció el ceño, mirando con los ojos entrecerrados en una expresión de molestia—. ¿Te acostaste con ella? ¡Eso es antiético!

—¿Me vas a ayudar o vas a quedarte juzgándome? —Fue mi turno de ponerme serio.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo?

—Creo que fueron unos meses.

—Vamos, haz un esfuerzo. Si eres tan bueno como dices, ¿qué pudo haberla hecho desistir y dejar el hospital?

Me quedé mirando la foto mientras pensaba.

—Para un médico que se encarga del cerebro, el tuyo...

—¡Keyla!

—No suelo memorizar lo que no me importa. ¡Ay! —Fue interrumpido por otro golpe suyo—. Te juro que si me vuelves a dar otro golpe, te saco de mi departamento.

—¿Por qué se fue? Piensa.

Me quedé en silencio unos momentos más.

—Porque me dijo que estaba embarazada y le pedí que abortara. —Finalmente recordé, y eso hizo que mi hermana menor se pusiera roja de rabia.

—¡No solo mereces unos golpes, mereces una paliza! ¿Cómo pudiste?

—No tengo planes de ser padre, ¿de acuerdo? —Traté de defenderme.

—Pero cuando te acostaste con la mitad del hospital, no parecía que te importara mucho eso.

—Nunca les prometí nada. Además, deberían haber estado usando anticonceptivos. Si no lo hicieron, la culpa es de ellas.

—Es mejor que te calles. —Se masajeó las sienes, como si le doliera la cabeza—. Ya superaste todo lo que podía imaginar sobre ti.

—¿Crees que ella tuvo ese bebé? —Cambié de tema, porque ya estaba harto de que mi hermana juzgara mis decisiones como si fuera la peor persona del mundo.

—¿Si lo creo? ¡Estoy segura!

—Ni siquiera conoces a esa mujer, Keyla. Deja de exagerar.

—¿Exagerar? Para un médico tan brillante como tú, me sorprende tu incapacidad para pensar. Conecta los puntos, neurocirujano. Recuerda lo que dijo la enfermera, además, ¿qué otro motivo tendría para dejar su carrera?

—Ella no... —Yo mismo interrumpí mi frase.

Sí, ella había dejado la carrera, lo reconocí en mi mente. Era la mejor y más brillante de Nueva York, pero aunque había conseguido entrar en otro programa de residencia, no aprendió conmigo, además de tener que empezar de cero.

—Estoy de acuerdo contigo —dije, retrocediendo.

—Ahora tienes que encontrarla y arreglar las cosas.

—Apostaría a que ella está muy bien.

—¿Prefieres dejar que la enfermera tenga razón diciendo que no serías un buen padre?

—Tal vez tiene razón.

—De verdad no tienes remedio. —Suspiró—. A veces no puedo creer que sea tu hermana.

—¡No exageres!

—Mira todo lo que has hecho, lo que haces y lo que piensas, y dime si estoy exagerando. —La expresión en su rostro reflejaba cada vez más decepción—. Parece que la enfermera tiene razón —dijo con pesar, ajustando la bolsa que había dejado sobre mi sofá—. Buenas noches.

La vi salir de mi departamento como si hubiera aceptado la derrota.

—¡Eres un gran idiota, Philip! —La escuché resoplar antes de entrar al ascensor.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 13

—Mamá, quiero chocolate —dijo Amber, saltando detrás de mí en la cocina, mientras yo intentaba hacer una sopa para la cena.

Dejé la cuchara de madera dentro de la olla hirviendo y me giré hacia mi hija, inclinándome hacia ella.

—¿Qué te ha dicho mamá ya?

—Sin dulces —dijo, torciendo los labios y haciendo un pequeño drama.

—Solo los fines de semana después de la comida. Comer dulces todos los días no es bueno, hija.

—Solo hoy. —Hizo una carita de súplica, como si supiera que esa expresión me conmovía, pero no iba a convencerme tan fácilmente.

—Nada de solo hoy. No puedo hacer una excepción porque siempre estarías pidiendo.

—Mamá...

—Ve a sentarte al salón y espera la sopa. Hace calor aquí y podrías hacerte daño.

—¿Hacerme daño?

—Exacto. Ve al salón y pon la televisión con tus dibujitos animados.

—Está bien.

Al darse cuenta de que no iba a ceder, Amber obedeció y se sentó en el sofá del salón, abrazando una de sus peluches, viendo un episodio de su dibujo favorito.

Me concentré en terminar la sopa y luego retiré la olla del fuego, dejándola en el fondo del fregadero para evitar que Amber se quemara. Mi pequeña a veces hacía cosas que ni podía creer, había aprendido muy rápido que todo cuidado era poco.

Serví una cantidad en su plato de mariquitas y esperé a que se enfriara lo suficiente para

que pudiera comer sola.

Mientras esperaba para llevarle la comida, me sorprendió el celular sonando.

Era un número de Nueva York, pero no estaba guardado en mis contactos. Como solía compartir mi teléfono personal con mis pacientes principales para que pudieran llamarme o enviarme mensajes en caso de emergencia, pensé que podría ser algún padre desesperado. Incluso la pediatría en consultorio tiene sus momentos críticos, y yo creía que mi trabajo era ayudar a mis pacientes de la mejor manera. Era parte de dormir tranquila saber que había hecho todo lo que podía.

—Habla la Doctora López, ¿quién habla allí? —contesté la llamada.

—Entonces, ¿sigues siendo médica?

Me sobresalté y por poco me quemo con la sopa. Ni en un millón de años olvidaría esa voz, aunque juraba nunca más volver a escucharla.

—¿Quién habla? —Fingí no entender, esperando que solo fuera una impresión mía.

—Philip Baker.

—¿Qué quieres? —Cambié mi tono.

—Entonces, ¿me recuerdas?

Quería decir que no, pero ni siquiera si quisiera, las constantes actualizaciones de Violet y mis propias heridas no me dejaban olvidarlo.

—El neurocirujano del Hospital Lincoln.

—Sí.

—Imagino que te has equivocado de número, porque no puedo ayudarte. Ya no soy residente de cirugía.

—Entonces, ¿de dónde eres médica ahora?

—Mamá, ¿quién es? —Amber se acercó a mí y preguntó—. ¿Algún niño está enfermo?

Me congelé, esperando que no hubiera escuchado la voz de mi hija, aunque dudaba que

pudiera razonarlo sobre el hecho de que él era su padre, ni que le importara.

—¿Mamá? —Me tiró del dobladillo de la camisa del pijama.

—Espera en el salón, Amber.

—¡Tengo hambre!

—En un momento.

—Mamá...

—Ya voy, espera un poquito.

—¡Está bien! —Se alejó irritada.

—No sé por qué me llamaste, pero estoy ocupada —le dije en tono rudo, mientras él seguía al otro lado de la línea.

—No la has abortado, ¿verdad?

Tragué saliva ante su pregunta, pero traté de evadirla.

—No sé de qué hablas.

—¿Es una niña? ¿Cuántos años tiene?

No supe qué responder, así que aparté el teléfono de mi oído y presioné el botón rojo.

Me había pasado todos esos años convenciéndome de que Philip jamás se arrepentiría de las crueles palabras que me había dicho, y ni siquiera intentaría hablar conmigo, que no me había preparado para enfrentar la situación contraria.

Volvió a intentar llamar y me negué a contestar. Dejé mi celular en la cocina y fui al salón con el plato de mi hija en las manos, pero temblaba tanto que la sopa se movía hasta que la apoyé en la mesa del salón.

—¡Ven a comer, Amber!

Se levantó del sofá corriendo y se detuvo a mi lado.

—¿Está todo bien, mamá?

Moví la cabeza, haciendo que sí, pero era una pésima mentirosa.

—¡Perdón! —Me abrazó las piernas.

—¿Por qué, mi princesa?

—Porque no tengo paciencia.

—Está todo bien. Ven a cenar.

—Está sonando —dijo, señalando el teléfono que había dejado en la cocina.

—Déjalo, no es importante.

—Está bien. —Se acomodó en su silla alta junto a la mesa del salón y tomó la cuchara para comer la sopa, que ya estaba tibia—. Está rica.

—Qué bien, hijita. —Le acaricié la cabeza, tratando de esconder que seguía temblando.

—¿No vas a comer?

—En un rato.

—Está bien.

Estuve escuchando mi celular sonar durante casi media hora hasta que finalmente dejó de sonar, pero tenía la sensación de que mi paz sería perturbada.



Philip BAKER

Capítulo 14

Amber…

¿Ese es el nombre de mi hija?

Roberta no había respondido a mi pregunta sobre si no había abortado, pero la niña al otro lado de la línea podría ser suficiente para que sacara mis propias conclusiones.

Quería que fuera más clara, que me dijera la verdad, pero el hecho de que colgara el teléfono en mi cara y se negara a contestarlo nuevamente dejaba claro que no quería hablar conmigo.

Cinco años habían pasado y durante todo ese tiempo no la busqué ni me importó si había seguido adelante con el embarazo o no, pero el pensar que tenía una hija me dejó algo perturbado.

¡Ella es tu responsabilidad! La voz de Keyla resonaba en mi cabeza como si estuviera frente a mí, con esa expresión llena de juicio.

Eres un gran idiota.

Tal vez, solo tal vez, tendría que estar de acuerdo con mi hermana.

Parecía una información demasiado compleja para absorber de un momento a otro y mi mente estaba hecha un lío. Me involucraba con mujeres puramente por sexo, no deseaba nada más que eso. Nunca prometí nada, nunca esperé más de lo que el sexo podía ofrecer… El embarazo no encajaba en esa ecuación, pero de todas maneras ocurrió.

Sería más fácil dejarlo pasar como lo había hecho durante los últimos años, pero después de las últimas conversaciones, ya no era tan sencillo.

Finalmente, mi cabeza empezaba a latir. Me había hecho varias preguntas y para algunas no encontraba respuesta.

Podría arrepentirme de esto, pero terminé enviando un mensaje a mi hermana, porque ella

ya sabía del tema y necesitaba hablar con alguien, aunque estaba seguro de cuál sería su opinión.

Philip:

Creo que su nombre es Amber.

Keyla:

¿De quién hablas? ¿De la mujer que se quedó embarazada de ti?

¿Cambiaste de idea sobre esa residente tuya?

Philip:

¡No! Amber probablemente sea mi hija.

Keyla:

¿Cómo descubriste eso?

Philip:

Llamé a Roberta.

Keyla:

¿Y ella te lo dijo?

Philip:

No exactamente.

Keyla:

¿Cómo que no?

Philip:

No quiso hablar conmigo, pero había una niña al fondo de la llamada. Una niña que la llamó mamá.

Keyla:

¿Amber?

Philip:

¡Exactamente!

Keyla:

¿Sientes que ella es tuya?

Philip:

¿Qué? No es solo cuestión de sentirlo.

Keyla:

Corazón de hielo.

Philip:

No empieces, estoy tratando de ser racional aquí.

Keyla:

No se trata de ser racional, Phil.

Philip:

Olvídalo, esta conversación es una pérdida de tiempo. Esa niña ni siquiera debe ser mi hija. Porque si lo fuera, Roberta habría podido exigirme dinero después de su nacimiento.

Soy un cirujano que gana dos millones al año.

Keyla:

No todo se trata de dinero, ¿sabías?

Philip:

¿Qué más podría querer de mí?

Keyla:

Amor, pero no estás listo para esta conversación.

Philip:

Esto es ridículo, Keyla.

Keyla:

Cada vez estoy más segura de que la enfermera tiene razón. Esa niña está mucho mejor sin ti. Está bien, es mejor dejarla ir.

Philip:

¿De qué lado estás?

Keyla:

Del lado de la niña, sin duda.

Philip, no fuerces. Puedes ser mi hermano, pero no voy a hacer la vista gorda. Todo lo que has dicho solo me hace querer estrangularte.

Philip:

Estás exagerando.

Keyla:

¿De verdad lo crees?

Me quedé mirando el celular por un momento, tratando de reflexionar, y mi cabeza solo dolía más. Debería ser más fácil, pero era incapaz de admitir que mi hermana tenía razón, y eso solo lo empeoraba todo.

Sentado en el sofá de la sala, incliné la cabeza hacia adelante y solté una larga exhalación, casi dejando caer el celular antes de volver a responderle.

Philip:

Hipotéticamente, si tú tienes razón y la culpa es toda mía, ¿por qué Roberta no quiere hablar conmigo?

Keyla:

¡Hipotéticamente nada!

Philip:

¡Está bien, como quieras!

Keyla:

Si yo fuera esa mujer, nunca más querría ver tu cara. Y probablemente es así como ella se siente.

Hiciste mucho peor que simplemente dejarla sola en el momento en que más te necesitaba.

Philip:

No tengo ganas de quedarme escuchando tus críticas.

Keyla:

Entonces, ve a hablar con Nolan.

Philip:

Tienes razón.

Keyla:

¡Perfecto! Ustedes se merecen el uno al otro.

Mi hermana menor parecía tan molesta conmigo como lo estaba Roberta. La conversación con ella no me aclaró nada, solo me dejó más irritado.

Para ser honesto, no era el tipo de hombre que se abría con otras personas ni buscaba consejos. Estaba acostumbrado a estar en la cima, a ser el dueño de toda la razón y quien

buscaban cuando querían aprender, no al contrario.

Me quedé mirando el celular, sin saber qué hacer.

Mi turno comenzaba a la mañana siguiente. Debería irme a la cama y dormir, pero me resultaba difícil conciliar el sueño con todo esto dando vueltas en mi cabeza. Cuanto más pensaba en ello, peor se volvía todo.

Finalmente, terminé siguiendo el consejo de Keyla y llamé a Nolan. De los tres, él era el mayor y el único que tenía hijos, con dos mujeres diferentes, en edades y situaciones distintas. Teóricamente, tenía experiencia en el tema.

Tardó tanto que llegué a pensar que no iba a contestar.

—¿Philip? —dijo, con voz adormilada.

—¿Estás en algún compromiso político?

—Afortunadamente no. —Soltó una risita que me hizo no querer preguntar qué lo había hecho tardar tanto en contestar.

—¿Puedes hablar?

—Sí. Tengo un compromiso político mañana temprano, pero si no te vas a demorar mucho, podemos hablar unos minutos.

—Prometo ser rápido.

—Ok. ¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

—Más o menos, no sé.

—No entiendo, amigo. No es tu estilo enredarte así. ¿Tiene algo que ver con el accidente?

—No. Aunque me gustaría que fuera eso, pero no.

—Entonces explícame mejor.

—Parece que hace unos seis años embaracé a una residente y ella tuvo una hija mía.

—¿Y ahora la mujer apareció pidiendo una pensión? Sabes mejor que yo que existen

pruebas de ADN para librarse de gente como esa. No deberías estar preocupado.

—¡No es nada de eso!

—Te escucho.

—Ella no me buscó, ni quiere hablar conmigo, pero recordé que le había pedido que abortara hace cinco años, pero parece que tuvo al bebé. Ni me enteraría de esto si no hubiese escuchado a una enfermera mencionarlo cuando estuve internado en el hospital.

—Entonces, ¿crees que tienes un hijo, pero la madre no quiere hablar contigo?

—¡Eso!

—¿Recuerdas que le pediste que abortara?

—Un poco después renunció al hospital y nunca me importó.

—Vaya... —Nolan reflexionó un poco al otro lado de la línea—. ¿Y qué quieres hacer al respecto?

—Honestamente, no lo sé —confesé, sintiendo que mis hombros pesaban más que nunca.

—Porque si la mujer no quiere hablar contigo, no tienes por qué responsabilizarte de la niña.

—Como no lo hice en los últimos años.

—Exacto.

—¿Pero qué pasa si no es la decisión correcta?

—¿Quieres mi opinión?

Respiré hondo, tomándome unos segundos antes de responder.

—Sí.

—Mandar a Nilzi a abortar a nuestro hijo fue lo más estúpido que hice en la vida. Sin contar que lo mejor que Amelia me dejó fue Mía, aunque lidiar con adolescentes no sea nada fácil.

—Entonces no debiste haberte casado con otra —bromeé.

—Puedes reír, pero no soy yo quien está en una situación complicada.

—Ok, tienes razón.

—Si yo fuera tú, iría a buscar a la niña y arreglaría la situación, pero si decides seguir ignorando todo, esa es tu elección. Solo que mientras más tiempo pase, más difícil será entrar en su vida. Por ahora, ella todavía es pequeña y no se va a preocupar por rencores o resentimientos.

—No es una decisión de la que pueda echarme atrás.

No era una pregunta, sino una constatación, pero mi hermano respondió igual.

—Los hijos son para toda la vida.

—Entiendo.

—Buenas noches. Tengo que irme, hablamos después.

—Está bien.

Nolan colgó la llamada.

Probablemente, él tuvo una noche reconfortante y durmió bien, pero no podía decir lo mismo de mí. Pasé la noche dando vueltas en la cama, y tuve que levantarme cuando el despertador sonó.

Al parecer, el turno en el hospital iba a ser largo.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 15

Ese día le pedí a Mary que se quedara unas horas más con Amber para poder encontrarme con Violet en un café al que siempre íbamos, que quedaba a medio camino entre mi apartamento y el de ella.

Fui a recoger mi chocolate caliente al mostrador y, cuando regresé a la mesa, Violet entró por las puertas dobles de la cafetería y caminó hacia mí, arrastrando la silla frente a mí y acomodándose en ella.

—¡Hola, amiga!

No pude devolverle su sonrisa.

—Te voy a estrangular.

—¿Qué? —Retrocedió contra el respaldo, asustada por mis palabras.

—No pongas esa cara.

—¿Qué está pasando?

—¿Qué le dijiste? —le devolví la pregunta con otra—. Te dije que no se metiera, que Philip Baker estaba muerto para mí, pero no pudiste quedarte callada, ¿verdad?

—¡Cálmate, Roberta!

—¡Nada de calma! Por tu culpa él me llamó ayer.

—¿Qué?

—No pongas esa cara de asombro —Crucé los brazos, pero lo que realmente quería era lanzarle el chocolate caliente—. No te estoy mintiendo.

—No le dije nada de ti.

—Pero le hablaste de Amber.

—No directamente...

—¡Violet!

—Él vino a preguntarme qué le había dicho a Jane, la de la limpieza, sobre lo bien que la hija de él creció sin la influencia de su arrogancia. Philip quería saber de qué hablaba, pero te juro que no dije nada más.

—¿De verdad?

—Te lo juro, Roberta.

—¿Pensaste que él lo dejaría pasar?

—Después de todo este tiempo, pensé que sí.

—¡Pues no! No lo dejó pasar.

—¿Te llamó? ¿Qué te dijo?

—Me preguntó si realmente tuve a la niña. Lo peor es que Amber empezó a pedirme comida justo en ese momento.

—¿Qué le respondiste?

—Entré en pánico y colgué.

—Tal vez solo te estaba probando y lo dejará pasar.

—¿Dejarlo pasar? —Tomé mi teléfono y casi se lo froté en la cara, mostrándole las más de diez llamadas perdidas que no había atendido—. ¿Ves todas esas llamadas?

—Eh... —Violet tragó saliva—. ¿No crees que quizá es mejor así? Él es el padre de Amber.

—¿Mejor así? —grité, y los otros clientes en la cafetería se voltearon hacia mí, dejándome avergonzada por el escándalo. El problema era que estaba tan furiosa que me resultaba imposible controlarme—. ¿De verdad piensas que no conozco al mismo Philip que tú?

—Lo conozco, por eso te digo. Ese hombre no se preocupa por nadie más que por él mismo, y eso no ha cambiado por un accidente de tránsito. Dicen en el hospital que está peor.

—Entonces, ¿por qué me llamó, Violet?

—Solo quería probar.

—¿Probar? ¿En serio? Yo voy a probar cómo es golpearte a ti.

—Cálmate, amiga, sin violencia.

—Si algo pasa, te juro que...

—¿Qué podría pasar, Roberta? —me interrumpió con una pregunta que me hizo pensar.

—No lo sé, tal vez intente quitarme a mi hija. No sé qué sería de mi vida sin Amber. —Solo de pensar en la posibilidad, mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No le ha importado hasta ahora, ¿por qué cambiaría de opinión? Ese imbécil no sirve para ser padre y eso no va a cambiar, Roberta.

—Ojalá tuviera tanta certeza como tú. —Solté el aire con fuerza.

—Todo va a estar bien. —Se inclinó hacia mí, tomó mi vaso de chocolate caliente y dio un sorbo.

—Espero que sí, porque si no... te juro...

—Todavía soy tu mejor amiga.

Incliné la cabeza hacia abajo, y ella se inclinó para acariciar mi hombro.

Philip siempre había sido un imbécil y Violet tenía razón, no había motivos para que cambiara de opinión sobre su hija.



Philip BAKER

Capítulo 16

Pareció una eternidad hasta que encontré un espacio libre cerca de la dirección que tenía en las manos.

Había salido directo de mi turno, pero me parecía imposible pasar otra noche dándole vueltas a eso.

Roberta, que ya no respondía mis llamadas, había bloqueado mi número y todas mis llamadas iban a su buzón de voz. Era evidente que no quería hablar conmigo, y eso no era nada nuevo entre las mujeres con las que me involucraba, pero solo confirmaba que estaba resentida conmigo. No es que me importara, pero la niña podría ser la causa.

Todavía estaba muy confundido con todo eso, pero pensaba mucho en lo que Nolan había dicho: cuanto más tiempo pasara, más difícil sería establecer cualquier vínculo con mi hija.

Aunque había otro problema en esta ecuación, la propia Roberta.

Después de todos esos años, podría haberse olvidado de la forma en que actué, o haber guardado mucho rencor. Teniendo en cuenta cómo eran las mujeres, la segunda opción parecía mucho más probable.

Un vecino entró al edificio justo cuando me acerqué a la entrada, así que aproveché para entrar con él. Era más fácil así que esperar su permiso para subir.

—Que tenga buena tarde —me dijo el hombre con una sonrisa.

—Buenas tardes —respondí rápidamente, sin detenerme a hablar más.

Él se alejó y se dirigió al ascensor, mientras yo tomaba las escaleras. Según la dirección que tenía, Roberta vivía en el tercer piso, y podría subir caminando. Una de las cosas que había aprendido gracias a mi profesión era preocuparme por mis estándares de salud y mantener hábitos saludables en cuanto a alimentación y ejercicio.

Revisé la dirección en mi celular y vi el número del departamento, acercándome a la puerta.

Toqué el timbre y esperé.

Al poco rato, la puerta se abrió y Roberta apareció.

—Mira, Violet... —Abrió la boca y sus ojos se agrandaron al verme, como si se hubiera tropezado con un fantasma.

Se quedó paralizada unos segundos, luego retrocedió algunos pasos, como si yo fuera un ladrón con un arma apuntándola.

—Roberta —dije su nombre, y fue como si la hubiera electrocutado, porque reaccionó inmediatamente.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, doctor Baker?

—Philip.

—No te gustaba que te llamaran por tu nombre.

—La situación es diferente.

—No sé qué estás haciendo aquí, pero definitivamente has tocado la puerta equivocada. —Tiró de la manija para dejarme afuera, pero antes de que lo hiciera, metí el pie para detenerla.

—¡Espera!

—¡Espera nada! No sé cómo entraste, pero mejor vete.

—Tenemos que hablar.

—¡No!

—¡Mamá! —Escuché la voz de una niña detrás de ella.

—¿Esa es mi hija? —Estiré el cuello para ver por encima de su hombro.

—¡No!

—Roberta.

—Estoy segura de que te necesitan en el hospital, doctor Baker.

—Estoy de descanso.

—Apuesto a que puedes hacer algo más con tu tiempo.

—¡Mamá, quién es? —dijo la niña, mientras Roberta giraba la cabeza para mirarla.

Aproveché el ángulo para verla. La niña parecía tener poco más de un metro, vestía un pijama de vaca, con capucha y tela peluda blanca con manchas negras. Me miraba con grandes ojos azules, que se parecían a los míos, pero su cabello castaño y rizado era igual al de su madre, así como sus rasgos faciales.

—¿Quién es ese?

—Amber, hazle caso a mamá.

—Está bien. —Le dio la espalda y se fue por el pasillo, perdiéndose de vista.

—Déjame verla.

Roberta me empujó con la mano en el pecho y me obligó a retroceder hacia el pasillo, usando su cuerpo como barrera y cerró la puerta tras ella, dejándonos fuera del apartamento.

—Puedes dar órdenes en el hospital, doctor, pero aquí no tienes autoridad.

—No es eso...

—¿No? Entonces vete.

—Quiero ver a mi hija. —Inflé el pecho con el tono autoritario que no podía dejar de usar —. Tengo derechos...

—¿Derechos? —Roberta repitió, riéndose tan fuerte que me dejó confundido y desconcertado—. ¿Tienes derechos?

—Soy su padre.

—¿De dónde sacaste esa historia?

—Tú me dijiste que estabas embarazada hace cinco años.

—Y tú no solo me pediste que lo abortara, sino que ibas a hacerlo con tus propias manos.

—Pero no lo hiciste.

—¿Quién te asegura eso? —Apretó los dientes y levantó el pecho, mostrando su furia—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Crees que no me pude haber acostado con otro hombre?

Esa posibilidad me golpeó por un momento, pero pronto me di cuenta de que solo lo decía para alejarme.

—Entonces, ¿quién es el padre de ella?

—¡No es tu problema!

—Quiero hacerme una prueba de ADN —exigí, sin pensarlo demasiado.

—¿Qué? —Dio un paso atrás, golpeando la puerta de madera con su espalda.

—Oíste lo que dije. —La miré con la seriedad y el aire autoritario que acostumbraba usar con la gente.

—No puedes llegar aquí exigiendo eso.

—Dijiste que ella no es mía, así que demuestra que no lo es.

—¿Demostrar? —Levantó una ceja—. No tengo que demostrar nada.

—Solo hazte el examen, si no...

—¿Si no qué? —Levantó la voz, retumbando su grito—. Solo un doctor arrogante podría pensar que puede venir aquí y hacer demandas. No puedes obligarme a hacer una prueba de ADN, es ilegal.

—Pero si no quieres hacerlo es porque estás mintiendo.

—O simplemente no voy a exponer a mi hija a un examen innecesario.

—Sabes muy bien que con un poco de cabello o saliva es suficiente.

—Lo que no deja de ser una pérdida de tiempo. Ciertamente, una pérdida de tiempo fue haberme involucrado contigo.

—Roberta...

—¡Vete!

—Pero...

—¡Vete! —Me empujó nuevamente en el pecho, y me vi obligado a retroceder.

Aprovechó la oportunidad y entró al apartamento, cerrando la puerta con llave detrás de ella.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 17

Traté de cerrar la puerta lo más rápido posible. Saqué mi celular del bolsillo y empecé a marcar el número de emergencia, pero luego pensé que llamar a la policía podría ser un poco exagerado.

Sin embargo, él golpeó la puerta dos veces y llamó mi nombre. No me moví, hice como si no escuchara.

Al cabo de unos minutos, oí pasos alejándose y deslicé mi espalda por la puerta, cayendo sentada en el suelo.

—¿Estás llorando, mamita? —Amber apareció sosteniendo un osito de peluche por la oreja y se quedó mirándome.

—No. —Froté mis ojos con el dorso de las manos para alejar las lágrimas.

Respiré profundamente y me puse de pie, mirándola con una sonrisa para que no se preocupara.

—¿Quién es él?

—Una persona muy incómoda.

—¿*Incómeda*?

Reí por la forma en que ella pronunció la palabra.

—Exactamente, hijita.

—¡Ah!

—¿Pesado?

—Eso mismo.

—¿Se fue?

—Se fue.

—Está bien.

Quería estar tranquila con respecto a eso, pero no era tan fácil. Mi mayor miedo de los últimos años parecía estar sucediendo: Philip apareciendo en busca de nuestra hija.

Ese hombre no tenía nada de paternal, definitivamente no era la mejor persona con la que mi hija debería relacionarse. Pero el maníaco egocéntrico era capaz de hacer lo que fuera para sentirse bien, incluso intentar quitarme a mi pequeña. Nada era más aterrador que enfrentar esa posibilidad.

—¿Mami?

—Hola, mi princesa.

—¿Y la película?

—Vamos a verla.

—¡Genial! ¿Palomitas?

Moví la cabeza afirmativamente y caminé hacia la cocina para encender la máquina de palomitas.

Había reprogramado mis citas para pasar la tarde con mi hija después de la escuela, y de alguna manera, debería agradecer por eso, porque si Mary hubiera estado allí con Amber, habría el riesgo de que Philip la convenciera de ver a mi hija. Ese maldito neurocirujano sabía ser muy persuasivo.

Debería tener una buena conversación con la niñera y alertarla sobre el peligro si quería mantenerlo alejado de mi pequeña.

—¡Mami! —Amber me llamó desde la sala.

—Ya voy, hijita.

Regresé a la sala con las palomitas y un vaso grande con jugo y una pajilla, y lo puse sobre la mesa de centro. Sin tener idea de lo que podía estar pasando, Amber se acomodó saltando a mi lado y le dio play a la caricatura que veríamos juntas.

En cuanto la vi distraída, saqué mi celular y le envié un mensaje a Violet.

Roberta:

¡Te voy a matar!

Violet:

Cuánta violencia.

Roberta:

Todavía no has visto nada.

Violet:

¿Por qué eso?

Roberta:

¿Por qué?

Philip apareció en mi casa exigiendo el ADN y todo.

Violet:

¡No puede ser!

Roberta:

No solo puede ser, pasó.

Violet:

¿Vas a hacerte el examen?

Roberta:

¡Por supuesto que no!

Violet:

Entonces, todo está bien.

Roberta:

¡Nada está bien!

Él vino por mi hija.

Violet:

Pero no va a hacer nada.

Roberta:

Pensábamos que ni siquiera iba a aparecer.

Violet:

¿Crees que ahora cambió de idea y quiere ser padre?

Roberta:

No sé, solo quiero mantenerlo bien lejos de ella.

Violet:

Tal vez sea bueno para Amber.

Roberta:

¿Bueno para Amber? ¿Te volviste loca?

Violet:

Solo estoy pensando en las posibilidades.

Roberta:

¿Desde cuándo es correcto pensar en posibilidades con una niña?

Violet:

Tienes razón, perdón.

Roberta:

Parece que no lo conoces. Yo salí del hospital, pero tú sigues conviviendo con ese imbécil.

Violet:

Seguramente tienes toda la razón para sentir resentimiento.

Roberta:

No es resentimiento, solo estoy tratando de proteger a mi hija.

Violet:

¿A ella o a ti?

Roberta:

No puedo creer que pienses así.

Violet:

Sé que él te hizo mucho daño.

Roberta:

Eso no importa ahora.

Violet:

Amiga, tus sentimientos también son importantes.

Roberta:

Si realmente lo fueran, no me habrías metido en este lío.

Te lo pedí.

De hecho, te rogué que no le dijeras nada, pero no pudiste mantener la boca cerrada.

Violet:

Perdón.

Roberta:

Si fuera tan fácil.

Violet:

¿Qué quieres que haga?

Roberta:

Si nunca has cometido un crimen, ahora es un buen momento.

Violet:

¿Estás bromeando?

Roberta:

Sí…

En realidad, no quisiera estar bromeando.

Violet:

Ya has pasado por situaciones peores que esta.

Pronto se cansará. Philip no va a insistir en esto.

Roberta:

Espero que tengas razón.

Violet:

Esperemos.

—Mamá, deja el celular. —Amber me tiró del brazo—. Vamos a ver la película.

—Perdón, hijita. —Me incliné hacia adelante y dejé el teléfono sobre la mesa de centro.

Ese era un momento de madre e hija, y odiaba aún más a Philip por haberlo interrumpido.



Philip BAKER

Capítulo 18

—Tienes razón. Parece que será imposible.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi hermano, cuando contestó el teléfono.

Me habría gustado hablar con él en persona, pero Nolan estaba en un compromiso fuera del estado y no quería esperar su regreso a Nueva York.

—Conseguir acercarme a mi hija.

—Entonces ya tomaste tu decisión. ¿Vas a ser parte de su vida? Pero, ¿estás seguro de que es tuya?

—Roberta se niega a hacer el examen de ADN.

—¿Y qué opinas tú?

—Ella dice que la niña no es mía, pero no sería tan difícil hacer el examen y probarlo.

—Ningún juez la obligará.

—Lo sé...

—¿Estás realmente seguro de que quieres hacer esto?

—Fue ella quien me animó a hacerlo.

—Solo di mi opinión.

—Está bien. Quiero hacerlo, pero definitivamente Roberta no quiere verme cerca de la niña. Puedo estar equivocado, pero creo que se parece a mí.

—¿La viste?

—Por unos instantes.

—¿Lo suficiente para estar seguro?

—No, pero... ¡Maldita sea, Nolan! No lo estás haciendo más fácil.

—Ser padre no es algo fácil.

—¿Cómo voy a saber si ni siquiera me da la oportunidad?

—Eso es cosa tuya —dijo, como si se lavara las manos.

Quería algo más, pero parecía muy ingenuo de mi parte pensar que mi hermano me iba a dar la solución perfecta para mi problema.

Si no hubiera actuado de esa manera y le hubiera pedido que lo sacara, las cosas podrían haber sido diferentes, pero ya era demasiado tarde.

—Sea como sea, Philip, necesitas estar seguro.

—Lo sé...

—Gobernador, necesitamos irnos. —Escuché una voz al fondo antes de que mi hermano se despidiera.

—Tengo un compromiso ahora.

—Hablamos después.

—¡Está bien!

Dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del asiento del coche después de colgar con mi hermano.

No es que Nolan fuera la mejor influencia del mundo, pero era la única referencia que tenía y, al menos, no me juzgaba como Keyla, que parecía pensar que era el tipo más idiota del planeta. Tal vez en ese momento hasta me estaba sintiendo así, pero todo era tan confuso, algo imposible de asimilar tan rápidamente.

Nunca antes en mi vida había cuestionado ninguna de mis decisiones. Jamás me había arrepentido de algo y eso por sí solo ya era suficiente para desorientarme.

Siempre había sido el tipo de hombre que estaba seguro de lo que hacía, nunca temblaba ni dudaba, y eso solía ser crucial en la mesa de operaciones y aseguraba un bajo índice de

muertes en mis cirugías, pero no todo se resumía a mi carrera. Al menos eso pensaba en ese momento, porque antes nada era más importante que mi carrera.

Tengo una hija...

Roberta había dicho que no, pero estaba mintiendo.

Podría estar en desacuerdo con eso, pero después de cómo reaccioné cuando me contó sobre el embarazo, era de esperar tal reacción. Honestamente, por primera vez estaba feliz de haber sido desobedecido.

Si realmente se hubiera sometido...

Debería haber una manera de probar que la niña es mía mientras pensaba en cómo evitar herir a Roberta y poder acercarme a la niña.

Aunque solo la había visto por unos segundos, no podía quitarme la imagen de ella de la cabeza. Me recordaba a mi sobrina a esa edad, descubriendo el mundo y aprendiendo el verdadero significado de las palabras, pero era diferente...

Ya no se trataba de mi sobrina, sino de mi hija.

Pensé en el otro hijo de mi hermano, el pequeño que debía tener algo cerca de los dos años, más joven que Amber, y me asusté al darme cuenta de cuánto había perdido del crecimiento de mi hija.

Me dio un susto mirar el reloj en el panel del coche y darme cuenta de cuánto tiempo había pasado. Estaba allí, sentado durante horas, encerrado en el vehículo esperando una solución milagrosa para la situación, como si estuviera frente a un aneurisma inoperable, pero en lugar de eso, enfrentaba una situación con la que no estaba acostumbrado.

Una parte de mí me decía que era una tontería preocuparme. Podría seguir actuando como en los últimos años sin lidiar con ninguna complicación, pero la otra comenzaba a hacerme experimentar lo que era la culpa.

Nunca fui muy hábil con las personas y tenía dificultades incluso para conversar con los pacientes, pero me daba cuenta de que con Roberta podía ser mucho peor.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 19

Cuando sonó el timbre, esta vez me tomé el trabajo de mirar bien por la mirilla antes de abrir la puerta, porque no quería encontrarme con ninguna visita no deseada otra vez.

Si Philip aparecía de nuevo, juraba que llamaría a la policía. Debía haber alguna forma de mantener a ese hombre lejos de mí, y sobre todo de mi hija, aunque fuera mediante una medida judicial.

Él había tenido la audacia de decirme que tenía derechos, pensar en eso me ponía aún más furiosa.

¡Hijo de puta!

Él había renunciado a cualquier derecho cuando quiso que me deshiciera de ella, y no podía exigirme nada, ni hacer parte de la vida de mi hija. Estaba más que segura de que Amber estaba mucho mejor sin él.

En ese momento, tampoco sabía si quería hablar con quien estuviera al otro lado de la puerta. Así que respiré profundamente y me quedé pensando por un buen rato antes de finalmente abrir.

Solo dejé que entrara porque Amber estaba dormida y sabía que su sueño solía ser profundo, si no la hubiera ignorado, porque me imaginaba perfectamente de qué íbamos a hablar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, de mal humor.

—Sé que estás enojada. —Violet me ofreció una caja de donas, porque sabía que eran mi dulce favorito, pero necesitaría mucho más que eso para comprarme esta vez.

—Ni te imaginas.

—Me equivoqué. —Insistió para que tomara la caja y al final cedí, pero la tiré casi con desprecio sobre la mesa del centro en la sala, dejando claro que no me importaba en lo más mínimo.

—Hiciste mucho más que equivocarte.

—¿Quién iba a prever que Philip se iba a preocupar?

—No importa, eso no significa que yo quisiera arriesgarme. No viste a ese hombre apareciendo aquí exigiendo una prueba de ADN como si él fuera el que estuviera siendo perjudicado de alguna manera.

—Lo odias, y tienes toda la razón.

—¡¿No entiendes, Violet?! —Cruce los brazos, furiosa—. Es obvio que odio a ese hombre, pero no se trata de mí, se trata de mi hija. Yo soy grande y sabía en lo que me metía cuando me acosté con él en los pasillos del hospital. No fue por falta de advertencias, tú misma me dijiste varias veces que tuviera cuidado. Mi preocupación es Amber. Ya es difícil para ella lidiar con el hecho de no tener un padre. Pensar que tiene uno y luego ser abandonada de nuevo va a ser imposible para ella. Sé que tomé malas decisiones, pero mi hija no tiene que sufrir por eso.

—Pero si él se hace cargo, estará obligado...

—¡Ahí lo tienes! —la interrumpí, haciendo que retrocediera—. No entiendes el peso de esa palabra. Obligado... Él no va a estar con Amber porque le importe o porque la ame, sino porque algún juez de la corte de familia lo va a obligar a cumplir una decisión tomada en tribunal. No quiero eso para mi hija, y ella, definitivamente, no necesita pasar por esa situación.

—Tienes razón... —admitió, finalmente—. Lo arreglaré, te lo prometo.

—¡No! —grité, lo que me hizo encogerme, por miedo a despertar a mi hija con mi escándalo—. No te vas a meter en esto.

—Roberta...

—¿No crees que ya has hecho suficiente, Violet?

—Pero...

—Quédate fuera de esto.

—Está bien.

—Hablo en serio.

—Está bien, Roberta, no diré nada más.

—Espero que no.

—Puedes confiar en mí.

—No has sido muy confiable.

—Lo sé, lo siento.

—Hmm...

—¡Tía Violet!

Escuchamos la voz de Amber y nos giramos hacia el pasillo. Vi a mi hija de pie, con su osito de peluche en una mano y la otra frotándose los ojitos, que ya estaban pesados de sueño.

—¡Hola, princesa!

Amber vino corriendo y abrazó a mi amiga.

—¿No deberías estar durmiendo, hija?

—Me desperté...

—Pero es hora de dormir. —Hice un gesto con los labios, molesta.

—Ven con tía Vi. —Violet la levantó en brazos—. Te voy a poner de vuelta en la cama.

—¿Me lees un cuento?

—Claro que sí.

—¡Iuju!

Las observé mientras Violet llevaba a mi hija de vuelta a su habitación y se sentaba en la orilla de la cama.

Quería estar segura de que la situación con Philip había terminado, pero algo me decía que nada sería igual que antes, y eso solo aumentaba mi desesperación.



Philip BAKER

Capítulo 20

Generalmente, solía sentirme ansioso por mi próximo turno porque siempre estaba deseoso de realizar otra cirugía, pero esa vez no tenía nada que ver con mis habilidades profesionales ni con mi hambre de operar un cerebro humano.

Desde que me echaron de la casa de Roberta, he estado pensando en cómo acercarme a mi hija, pero para eso necesitaba saber si ella era realmente mía. Con la situación como estaba, Roberta podía negar todo hasta el final y yo no tendría ninguna prueba para contradecirla.

Tenía que conseguir ese examen y, para eso, necesitaba ayuda.

Agarré el brazo de la enfermera cuando pasó por uno de los pasillos y la arrastré hacia un cuarto de suministros médicos.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó, sorprendida—. Tengo novio, ¿sabías?

—No es lo que piensas —dije, apretando los dientes y exhalando de frustración—. Solo quiero hablar.

—No tengo nada que hablar contigo. —Intentó salir por la puerta, pero la agarré de nuevo, trayéndola de vuelta.

—¡Espera!

—¡Suéltame!

—Necesito tu ayuda —dije, sintiendo que esas palabras nunca antes habían salido de mi boca de esa forma.

—¿Mi ayuda? —vaciló, sorprendida.

—Sí.

—¿Para algo en el hospital?

—No.

—Entonces lo siento, pero no hay nada que pueda hacer.

—Estás equivocada. Sé que eres amiga de Roberta.

—No sabes nada, doctor Baker —gruñó hacia mí.

—Puedes ayudarme.

—¿Y por qué te ayudaría? —Se puso en una postura desafiante, hinchando el pecho.

Me había puesto en esa situación y tenía que afrontarla.

—Fuiste tú quien me habló de mi hija y eres la única que puede hacer algo para que pueda confirmar si Amber es mía.

—No me voy a meter. Es mejor que te mantengas lejos de Roberta.

—Necesito una muestra de ADN de Amber, por favor...

Nunca había dicho tantas palabras no pronunciadas que ahora salían de mi boca, y me sorprendía de mí mismo.

—No puedo...

—Violet, ayúdame.

Ella me miró fijamente, pensó unos instantes y luego negó con la cabeza, como si aceptara.

—Está bien.

—¿Vas a ayudarme?

—Sí.

—¡Genial! —Sonreí ampliamente.

—Cuando consigas la muestra te la entrego, pero tendrás que prometerme algo.

—¿Qué?

—Que no te acercarás más a Roberta ni a Amber hasta que salga el resultado.

—Está bien, trato hecho.

—Ahora tengo que irme. Tengo un paciente en estado crítico que debo monitorear. —No esperó a que dijera nada más y se fue, dejándome solo y pensativo. No había nada que me pusiera más ansioso que esperar ese resultado.

El examen era la prueba que necesitaba y creía que sería suficiente para exigirle a Roberta que me dejara acercar a mi hija.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 21

La última semana, nada me preocupó más que mi hija, aunque su rutina seguía exactamente igual. La dejaba en la escuela antes de ir al consultorio y luego Mary la recogía y pasaba el día con ella en casa o la llevaba a jugar al parque, que quedaba a unas cuadras de mi departamento.

Tenía mucho miedo de que Philip apareciera y se presentara como el padre de mi hija. Sacarle esa idea de la cabeza sería difícil, por no decir imposible. Amber siempre me preguntaba por qué no tenía un padre como los demás niños, y yo le respondía que éramos solo nosotras dos. Sería muy injusto darle un padre para luego ver cómo ese bastardo desaparece, dejando un cheque como si eso fuera suficiente.

No necesitaba el dinero de Philip, podía cuidar perfectamente de mi hija sin él, como lo había hecho en los últimos años.

Roberta:

¿Cómo está todo por ahí?

María:

Todo bien, señora.

Roberta:

¿Dónde estás?

María:

En el parque.

Mary me mandó una foto de mi hija jugando con las palas y formas dentro de la caja de

arena. Se veía que se estaba divirtiendo mucho.

Roberta:

No dejes que ningún extraño se le acerque, por favor.

María:

Está bien, señora.

Sí, estaba paranoica, pero nadie podría juzgarme por eso. No había nada más importante en el mundo para mí que mi hija, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para protegerla.

Philip me había herido y partido el corazón, pero la culpa de eso era mía. Sin embargo, no me arrepentía, porque esa relación, aunque tumultuosa, me dio a la persona más importante de mi vida.



Philip BAKER

Capítulo 22

Días después…

Estaba concentrado leyendo un artículo científico sobre los avances de la tecnología en la reconstrucción neural cuando escuché un ruido en la puerta que me hizo levantar la cabeza.

—¿Doctor, puedo entrar? —dijo la voz masculina del otro lado.

—Sí.

El tipo era uno de los tantos porteros del hospital, pero no recordaba su nombre ni le presté mucha atención hasta que se acercó a mi mesa.

—¿Qué pasa?

—Me mandaron entregarle esto. —Extendió un sobre con el logo de los laboratorios del hospital y lo tomé.

—¿Solo esto?

—Sí.

—Entonces puedes irte.

Asintió y salió del cuarto.

Tan pronto como la puerta se cerró de nuevo, miré el sobre con una mezcla de expectativa y temor. Había esperado con ansias ese resultado desde que la enfermera me entregó algunos cabellos de Amber. La prueba de nuestra compatibilidad genética parecía ser todo lo que necesitaba para exigirle a Roberta que me dejara convivir con la niña.

Como padre, tenía derechos.

Me sorprendió darme cuenta de que mis dedos temblaban. El miedo nunca había sido tan grande.

—Vamos, Philip —me dije a mí mismo.

Me parecía ridícula toda esa reacción exagerada, pero parecía completamente imposible evitarla.

Abrí el sobre, seguro del resultado que encontraría en él. Hasta ese momento había cumplido el acuerdo que hice con Violet y me había mantenido alejado, pero ya no sería necesario. Amber era mía...

¡No!

El resultado cayó sobre la mesa cuando vi lo que estaba escrito en él.

Negativo…

No era posible.

Amber era mi hija, tenía que ser mi hija. La cronología coincidía con el tiempo en que estuve con Roberta, pero aún así, ese resultado me devastó.

No recuerdo en qué momento experimenté la sensación de que el suelo se caía bajo mis pies. Fui completamente consumido por algo tan devastador que me quedé sin aliento.

Me había convencido durante todo ese tiempo de que Amber era mi hija y no podía lidiar con una situación diferente.

No es tuya...

Tú me pediste que abortara.

Querías deshacerte de ella...

Las palabras de Roberta giraban en mi mente como espirales, dejándome aturdido. Pero el golpe final llegó cuando me di cuenta de que realmente deseaba que Amber fuera mía.

Si Roberta realmente la había abortado, la hija que debería haber tenido simplemente ya no existía, por mi culpa.

Nunca, en ningún momento, me sentí tan devastado.

La culpa, que pesaba sobre mis hombros, era abrumadora y me dejaba sin aire.

Siempre me vi como un dios. Creía ser capaz de atravesar la línea entre la vida y la

muerte, pero en ese instante me sentí como un asesino.

Nunca me importaron las palabras de cualquier empleado de ese hospital, pensaba que ninguno de ellos estaba a mis pies, sin embargo, en ese momento, todo parecía ser diferente.

Escuché otro golpe en la puerta y lo ignoré por completo hasta que alguien entró.

—Doctor, ¿está todo bien?

Me quedé en silencio, sin poder responder a esa pregunta.

—Hay una cirugía en media hora y el paciente ya está en preoperatorio. ¿Decidió cuál de los residentes lo asistirá?

—No... —Solté el aire con fuerza.

—No parece estar bien. ¿Quiere que yo...?

—Llama al doctor Douglas. Él me ayudará.

—Está bien.

De hecho, no estaba en mi mejor momento, pero no me veía contando a ninguno de ellos el motivo.

Es mi culpa que Roberta me odie tanto.

Es mi culpa que Amber no sea mi hija.

Afortunadamente, había elegido a mi mejor pupilo en ese momento y podría dejar que él llevara a cabo la operación mientras yo me sentía tan como el culo.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 23

—Mamá, ¿puede ser de chocolate? —Saltó Amber a mi lado, señalando la vitrina de una pastelería mientras caminábamos hacia el Central Park.

—¿Quieres comer pastel ahora, hija?

—¡No ahora! En mi cumpleaños.

—Ah, sí. Entonces, puede ser de chocolate.

—¡Yupi!

—Pero aún falta para eso.

—Lo sé...

—¡Hola, princesa!

—¡Tía Vi! —Amber intentó correr en cuanto vio a Violet al otro lado de la calle, pero antes de que se alejara de mí, la sujeté por el abrigo y la tiré hacia mí.

—Hija, ¿qué te he dicho?

—Que no corra. —Se encogió avergonzada.

—¡Eso! Podrías ser atropellada por un coche.

—Perdón...

Agarré su manito y juntas cruzamos la calle hacia la entrada del parque, donde Violet nos esperaba.

Todavía estaba enojada con ella, pero era mi mejor amiga y lo más cercano a una familia que tenía en Nueva York. A pesar de la situación con Philip, Violet había hecho mucho por mí y había estado a mi lado por demasiado tiempo como para simplemente borrarla de mi vida y de la vida de mi hija por rencor.

—No atravieses corriendo la calle —le dijo, seria, a mi hija.

—No lo haré más.

—¡Ajá! —Violet la miró fijamente hasta que le dio una sonrisa—. ¿Dónde está mi beso?

Amber también sonrió y se puso de puntitas para besarle la mejilla.

—¡Ah, qué linda!

Amber soltó una risita y se retorció mientras Violet le hacía cosquillas en la pancita.

—¿Cómo están? —Finalmente se giró para mirarme.

—Bien.

—¡Qué bueno! ¿Y el problema, ya desapareció?

—Por ahora.

—Estoy segura de que él se mantendrá lejos —afirmó, con convicción, y me pregunté si estábamos hablando del mismo asunto.

—Ojalá pensara lo mismo.

—Solo confía en mí.

—¿Qué hiciste, Violet?

—Solo arreglé las cosas.

Me estremecí con esa respuesta porque parecía que cada vez que mi mejor amiga se metía en algo, lo empeoraba.

Tomé su muñeca con una mano y la de Amber con la otra, arrastrándolas hasta uno de los bancos del parque.

—Siéntense ahí.

—Mamá, ¿un helado? —Amber señaló un carrito en el horizonte, con una escultura gigante de un cono de helado con bola rosa y confites, que lo hacía destacar a varios metros para que los niños lo reconocieran—. ¡Yo quiero!

—Espera un momento, cariño.

—Está bien.

—Violet, por favor, no me digas que todo empeoró. Ya no está siendo nada fácil...

—Te lo juro, Philip se mantendrá lejos de ti y de Amber.

—¿Quién es Philip? —Amber levantó la cabeza, moviéndola de un lado a otro, tratando de entender por qué hablábamos tanto de ese hombre.

—Nadie importante, querida. —Traté de cambiar de tema—. ¿Por qué no vas caminando hacia el carrito de helados? Mamá te alcanzará.

—Está bien. —Emocionada, saltó del banco y comenzó a caminar adelante.

Violet y yo la seguimos, pero a una distancia prudente para poder hablar sin que mi hija nos escuchara.

—Te dije que no te metieras más en esto. ¿No basta con todo lo que hiciste? Si Philip intenta quitarme a mi hija...

—Tranquila, eso no va a pasar.

—¿Cómo estás tan segura? Violet, no te metas más.

—No hubo forma, él vino a mí. Quería una muestra de ADN de Amber para hacerle el examen y pensé que darle lo que quería sería una manera de hacerlo desistir.

—¿Qué? ¡¿Le diste el ADN de Amber?!

—¡Cálmate!

—Dime que no le diste el ADN de Amber, por favor.

Si pensaba que la situación no podía empeorar, Violet me sorprendió y comencé a entrar en pánico, mientras veía a mi hija saltar alegremente hacia el carrito de helados, entre las otras niñas, ansiosa por su turno, sin imaginar que su vida podría cambiar completamente por los caprichos de un hombre egoísta.

—Claro que no. Dije que iba a arreglar las cosas y aproveché la situación para hacerlo.

—¿Cómo?

—Fui a la pediatría y tomé algunos cabellos de uno de los niños que estaba allí. Estoy segura de que el resultado será negativo, a menos que, por casualidad, él también haya tenido algo con la madre de ese niño.

—¡Estás loca!

—Pero Philip se mantendrá lejos.

—Espero que sí.

Aunque esa noticia me daba algo de alivio, sentí un sabor amargo en la boca. Por más que Violet realmente estuviera intentando protegerme, nos estábamos ocultando detrás de una mentira.

Philip era el padre de Amber, y no necesitaba una prueba de ADN para comprobarlo.



Philip BAKER

Capítulo 24

—¿Alguien sabe qué pasó con el tío Philip? —Escuché a Mía murmurar al resto de la familia mientras se reunían alrededor de la mesa para el almuerzo.

Si mi mamá no hubiera insistido tanto, seguramente estaría solo en mi apartamento, leyendo algún artículo o simplemente esperando que el tiempo pasara.

Ahí, en casa de mis padres, me había sentado cerca de la chimenea, con un vaso de whisky en la mano, observando las llamas moverse.

Nadie respondió, pero observé de reojo cómo mi hermano se acercaba y me ofrecía la botella de whisky para llenar mi vaso.

Negué con la cabeza. Ya había bebido demasiado y quería estar lo suficientemente sobrio para regresar a casa.

—Está bien —dijo, dejando la botella sobre una mesa redonda que estaba entre los dos sillones frente a la chimenea, y se acomodó en la otra—. Tuviste un turno difícil en el hospital...

—Ojalá fuera eso. —Solté el aire con fuerza.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Amber no es mi hija.

Nolan se sorprendió.

—¡Pero si estabas muy seguro de eso!

—Sí, pero parece que me equivoqué.

—Eso debería ser algo bueno.

—Sí, debería... —murmuré.

—¿Pero?

—Me hice muchas expectativas y me imaginé siendo su padre. No estaba listo para dejar

de serlo.

—¿Qué pasó?

—El examen de ADN dio negativo.

—¿Entonces tu residente te mintió?

—Cuando la confronté hace unos días, me dijo que había abortado y que Amber no era mía. No le creí, pero...

—Dijo la verdad.

—Sí...

Mantuve los ojos fijos en el fuego, mientras sentía cómo me picaban con las lágrimas que hacía todo lo posible por evitar.

—Hizo lo que le pediste.

—Sí, pero nunca imaginé que me sentiría tan mal por esto.

—Lo siento —dijo Nolan, extendiendo el brazo y acariciando mi hombro—. Al menos todavía puedes tener otros hijos.

—Sí.

Debería ser algo más simple, pero estaba devastado.

—Va a pasar —me aseguró Nolan.

—Sí.

—¡Tío! ¡Papá! ¡Vengan a comer! —llamó Mía.

—Vamos. —Nolan me dio un golpecito en el hombro.

Asentí y me levanté detrás de mi hermano.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 25

Bajé del coche, sosteniendo las bolsas de compras, y caminé hacia la entrada de mi edificio, pero casi dejo todo caer al toparme con Philip sentado en los escalones de la entrada.

No me sentía exactamente cómoda con lo que Violet había hecho, porque manipuló el resultado del examen, pero no podía negar que me sentía aliviada al pensar que ya no tendría que lidiar más con ese hombre.

Sin embargo, verlo allí fue como recibir un golpe directo en el pecho. Un puntapié que me dejó sin aliento.

Lo primero que pasó por mi cabeza fue que tal vez él había descubierto la verdad. Violet podría haber intentado hacerlo, pero mi amiga no era conocida por saber callarse.

Debí haberme dado cuenta de que la ilusión de mantenernos lejos de Philip ya había terminado y que necesitaba enfrentar la situación de otra manera.

La bolsa osciló en mi mano y los productos solo no se esparcieron por el suelo porque Philip se inclinó y la sujetó.

—No deberías estar aquí —dije, apretando los dientes en una postura defensiva, preparándome para cuando él comenzara a imponerse con toda su arrogancia—. No sé qué crees que tienes derecho a hacer, pero...

—Perdón —me interrumpió de inmediato, tomándome completamente por sorpresa.

—¿Perdón? —repetí, como si no creyera lo que mis oídos escuchaban.

—Sé que di motivos más que suficientes para que me odiaras.

Me quedé quieta, sin saber qué hacer ni qué decir, así que él continuó.

—Amber no es mi hija.

Ni siquiera mencionó el examen de ADN, así que solo reforcé mis propias palabras, como si no supiera nada.

—Eso fue lo que yo ya te dije.

—Realmente esperaba que fuera así.

Me sorprendieron esas palabras, mientras Philip me miraba con los ojos tristes y cargados. Tenía una expresión de perro abandonado que jamás imaginé ver en ese hombre, porque siempre estuvo en lo más alto de su arrogancia, incapaz de admitir cualquier falla.

Permanecí en silencio, dominada por la incredulidad. Si alguien me hubiera preguntado, juraría que estaba soñando.

—No puedo culparte por haber hecho exactamente lo que te pedí, y sin duda las consecuencias de eso están sobre mis hombros.

—No estoy buscando a un culpable. —Traté de pasar por su lado, pero Philip me lo impidió.

—Ni necesitas. Soy yo.

—Qué bueno que lo sepas, entonces ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Roberta? —Agarró mi brazo, obligándome a mirarlo—. ¡Espera!

—No tenemos nada más que hablar.

—Necesito disculparme.

—Ya es tarde.

—Lo sé… créeme, me culparé por esto el resto de mi vida.

—Sí, claro.

—Sé que parece difícil de creer.

—¿Honestamente? —Levantó las cejas, esperando que continuara—. Es imposible.

—Lo merecí.

—Entonces, deberías mantenerte bien lejos —intenté pasar de nuevo, pero no pude.

—No puedo. No ahora.

—Tengo cosas que hacer, doctor Baker.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en cómo serían las cosas si hubiera actuado de manera diferente, aunque ya sea demasiado tarde.

—Es tarde.

—Sí...

—Tengo que subir.

—Solo respóndeme una pregunta antes, por favor.

—¿Qué?

—¿Sabías si era niño o niña antes de...? —No pudo terminar la frase.

—No, era demasiado pronto —mentí.

Aunque no había comenzado con eso, por miedo a lo que podría pasar, me vi atrapada en la mentira tejida por Violet, dejando que se alargara más de lo necesario.

—Está bien. —Tragó saliva.

—Buenas noches, doctor. —Pasé por su lado, finalmente logrando subir.

Mi corazón latía rápidamente y mis piernas temblaban cuando abrí la puerta de mi apartamento y entré, encontrándome con mi hija dibujando en la mesa de centro, vigilada de cerca por la niñera.

—¿Está todo bien, señora? —Mary notó mi desconcierto.

—¿Me puedes ayudar con estas bolsas?

—Claro, señora. —Se levantó y tomó las bolsas de mis manos, llevándolas hasta la cocina.

—Gracias.

—¡Mamá! —Amber se levantó y vino a darme un abrazo, trayendo consigo el papel en el que estaba dibujando.

—Hola, mi princesa.

—¡Mira! —Extendió el dibujo hacia mí.

—¿Qué es?

—Yo, tú, la tía Vi y papá, lo que pedí para Navidad.

—¡Ay, hija! —Me agaché para abrazarla—. No funciona así.

—¿Por qué? Papá Noel da regalos si soy buena.

—Él da juguetes, pero no personas.

—¿Por qué?

—Porque es así, hija.

—¿Y si soy muy buena?

—Ni así.

—¿Segura?

—Desafortunadamente, sí, hija.

—¡Ah!

Mary observó la situación, pero no dijo nada hasta que me aparté de mi hija y fui a la cocina a guardar las compras.

—Señora, ¿puedo irme ahora?

—Sí, Mary.

—Gracias, hasta mañana. —Tomó su bolso de la silla y se fue, dejándome sola con Amber.

Preparé la cena para compartir con mi hija y luego la acosté, leyéndole una de las muchas historias que ya se sabía de memoria, pero que aún así prefería escuchar toda la noche.

En cuanto Amber se quedó dormida, me fui a mi cuarto y me di un baño. Luego me senté en la cama acompañada de un buen libro sobre desarrollo infantil, pero no podía concentrarme,

ya que no dejaba de pensar en lo que había sucedido más temprano.

La actitud de Philip había sido completamente increíble. Por todo el tiempo que conviví con ese hombre en el pasado, estaba segura de que jamás haría algo así. "Gracias", "por favor" y "discúlpame" eran tres expresiones mágicas que simplemente no existían en su vocabulario.

Ese hombre nunca se preocupó por nadie más que por él mismo, y me preguntaba si habría intentado manipularme, actuando de esa forma con la esperanza de que yo le confesara la verdad.

Respiré profundamente, cerré el libro, lo dejé sobre la mesa de noche y tomé mi celular, que estaba cargando.

Roberta:

¿Le contaste a Philip que manipulaste el examen de ADN?

Violet:

¡Por supuesto que no!

Roberta:

¿Dijiste algo que pudiera hacerle sospechar?

Violet:

¡No!

Roberta:

¿Lo juras?

Violet:

¡Lo juro! Después de eso, nunca más hablé con él y he hecho todo lo posible para evitar los mismos turnos que él, así que casi ni nos cruzamos en el hospital.

Lo cual fue bueno, porque, a pesar de trabajar de madrugada, los adicionales nocturnos son excelentes.

Roberta:

Entonces, ¿por qué apareció en mi puerta hoy?

Violet:

¿Dijo algo? ¿Sabe lo que hice con el examen?

Amiga, te juro que no le dije nada más.

Roberta:

Estaba actuando como si estuviera seguro de que Amber no era su hija, pero pensé que tal vez me estaba poniendo a prueba.

Parecía muy arrepentido por haberme pedido que abortara al bebé.

Violet:

¿Lo creíste?

Roberta:

¡Claro que no!

¿Desde cuándo Philip Baker se arrepiente de algo?

Violet:

Creo que no en esta vida.

Roberta:

Exactamente.

Violet:

¿Y tú?

Roberta:

¿Qué?

Violet:

¿Cómo te sientes respecto a todo esto?

Roberta:

Todavía con miedo.

Violet:

No puede hacer nada.

Roberta:

Realmente espero que no.

Violet:

Apuesto lo que quieras a que en unas semanas ya habrá encontrado otro asunto en qué distraerse.

Roberta:

Ojalá sea así.

Violet:

La próxima semana empieza un nuevo programa de residencia con nuevas internas jóvenes para que él se entretenga.

Roberta:

¡Qué horror!

Violet:

Cualquiera diría que no has sido una de esas antes.

Roberta:

Tienes razón.

Violet:

Todo va a estar bien o te juro que yo misma lo mato.

Roberta:

Voy a confiar en eso.

Violet:

Tengo que irme, me llamaron a uno de los cuartos.

Roberta:

Suerte.

Violet:

Gracias.

Philip Baker era un idiota destructor de corazones y sentía pena por la próxima interna que cayera en su encanto. Solo esperaba que ella no terminara en la misma situación que yo, criando a una hija sola y con miedo de perderla solo para que el hombre pudiera sentirse mejor.

Podía parecer arrepentido por haberme mandado a hacer lo que hice, pero en el fondo dudaba que ese sentimiento fuera sincero.



Philip BAKER

Capítulo 26

Di dos pasos atrás cuando abrí la puerta y me encontré con Keyla parada en el pasillo. No tenía ganas de recibir a nadie, aún así, ahí estaba mi hermana, cargando una botella de vino y mostrando una sonrisa forzada.

—¿Qué haces aquí?

—Mamá me pidió que te cuidara.

—¿Desde cuándo necesito una niñera? —Torcí los labios, haciendo una expresión seria.

—Últimamente no estás bien.

—¡Estoy perfecto!

—Mentiroso. —Me empujó con una mano en el pecho y entró al apartamento, encendiendo la luz de la sala—. Estás escondido en la oscuridad como si estuvieras de luto.

—Creo que soy capaz de decidir si dejo o no la luz encendida en mi apartamento.

Cuando me di cuenta, ya había invadido el lugar y se había esparcido por él de una forma incómoda para alguien que solo quería estar solo.

—¿Dónde está el sacacorchos?

—En el cajón... Keyla, ¡deja de tocar todo!

—¡Lo encontré!

Se inclinó sobre la barra de la cocina y abrió la botella de vino, sacando dos copas del armario y sirviéndonos una copa a cada uno.

—¿Quién dijo que quiero vino?

—¡Solo bebe!

Fruncí el ceño, pero ella me sostuvo la copa hasta que la acepté y tomé un sorbo.

—Prefiero merlot a cabernet sauvignon.

—La próxima vez que quieras elegir el tipo de uva del vino, cómpralo tú mismo. —Hizo una mueca y me sacó la lengua, exactamente como cuando era adolescente.

—Está bien. —Tomé otro sorbo—. ¿Satisfecha?

—¡No!

—¿Por qué?

—Todos estamos notando que no estás bien.

—Están equivocados.

—Eres mejor mentiroso de lo que crees, hermano.

—Soy cirujano y no siempre puedo salvar a mis pacientes. Eso pesa, a veces.

—No me vengas con esa excusa.

—¿Excusa? —Fui exagerado, pero no me importaba.

—Todos sabemos lo que está pasando.

—Nolan es un maldito chismoso.

—Solo habló del examen de ADN.

—La próxima vez no le diré nada.

—No es culpa de él.

—¿No?

Mi impulso fue lanzar la copa contra la pared, pero me contuve. No era de los que se dejaban llevar por los impulsos.

—Solo estábamos muy preocupados, Philip. Nunca has sido el tipo de persona depresiva y ahora de repente estás así, encerrado en el apartamento oscuro, bebiendo alcohol fuerte y sin hablarnos.

—Como si tuviera más que hacer en mi tiempo libre que quedarme aquí.

—Entonces, ¿dónde están los artículos de neurocirugía?

—¿En la computadora? —Me encogí de hombros.

—Siempre los imprimías, marcabas las líneas, hacías anotaciones.

—Los hábitos cambian, sobre todo con la tecnología.

—¡Philip!

—Solo quiero estar en paz, Keyla —solté, antes de beberme el resto del vino y volver a volcar la botella en mi vaso, mucho más allá de la medida indicada.

Quizá quería emborracharme y podría comenzar con esa botella.

—No te haría mal abrirte y decir cómo te sientes.

—No eres terapeuta, Keyla.

—Pero soy tu hermana y quiero ayudarte.

—¿Tienes una máquina del tiempo?

Ella retrocedió, sorprendida por mi pregunta, antes de responder.

—No...

—Entonces no hay absolutamente nada que puedas hacer para ayudarme. —Subí el tono de voz, podría estar exagerando, pero desde que salió el resultado del ADN, sentía que me ahogaba en sentimientos horribles.

—Philip... —Keyla se acercó a mí y trató de abrazarme, pero me aparté.

Ya no estaba acostumbrado a ese tipo de contacto y no iba a aceptarlo por lástima.

—Tienes razón, soy un idiota. Y por mi culpa, mi hija o hijo realmente no creció.

—No es solo tu culpa. Ella también tomó una decisión.

—Eso no me exime.

—Pero debería ayudar.

—¿Ayudar? En serio, Keyla. No parece que me hayas dicho todo lo que dijiste cuando intentaba descubrir qué mujer había embarazado.

—Ahora... bueno, yo... —balbuceó.

—No necesito tu lástima, hermana.

—Puedes tener otros hijos. —Intentó cambiar de tema, esperando que la situación mejorara un poco.

Keyla y el resto de la familia quizás no me reconocían, pero para ser honesto, ni yo me reconocía. Tal vez el antiguo Philip se destruyó en el accidente y solo me di cuenta de eso poco a poco, cuando ya era demasiado tarde.

—¿Merezco eso?

—Todos merecen una segunda oportunidad. Mira a Nolan, nuestro hermano no era para nada un santo y Nilzi también enfrentó un embarazo sola.

—Pero Roberta...

—No es una decisión fácil, Philip.

—No...

Si la conversación tenía la intención de hacerme sentir mejor, tuvo el efecto contrario.

Bebí lo que quedaba de mi copa y luego vacié la botella en tragos hasta que no quedó ni una gota.

—¡Ve con calma!

—Puedes irte ya.

—No me voy a ningún lado.

—Sin vino, no hay excusa para quedarte.

—Philip...

—Hablo en serio.

—No te voy a dejar solo.

—Soy un hombre de cuarenta años, puedo cuidar de mí mismo.

—Pero...

—Puede que esté deprimido, pero no soy suicida, así que tú y el resto de la familia pueden quedarse tranquilos.

—Quería ayudarte a sentirte mejor.

—No hay nada que puedas hacer ahora y tal vez merezca pasar por esto.

—¿De verdad quieres estar solo? —Finalmente, retrocedió.

—Sí.

—¿Me prometes que me llamas si algo cambia?

—Ya soy lo suficientemente grande, Keyla.

—¿Me lo prometes? —Insistió con los ojos pequeños y suplicantes.

—Está bien, lo prometo.

—Genial. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Cuídate.

—Gracias.

Permanecí apoyado en la barra de la cocina mientras la observaba alejarse hasta que escuché el sonido de la puerta cerrándose y dejé escapar un suspiro profundo de alivio.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 27

—Mamá, en Navidad ¿nos quedamos aquí? —preguntó Amber mientras las dos estábamos sentadas en la mesa comiendo pizza.

Preferiría que sus comidas fueran más saludables, era mi papel como madre y pediatra, pero, a veces, la dejaba salirse con la suya porque yo también quería comer algo no tan saludable, pero muy sabroso. La pizza encabezaba el día de la comida chatarra.

—¿Por qué preguntas eso, Amber?

—¡Tengo que avisarle a Papá Noel! Para que me encuentre en casa de la abuela.

—Él tiene un equipo de espías súper entrenados trabajando para él, que siguen a todas los niños. Él sabrá dónde estés.

—¿De veras?

—Sí, claro que sí.

—¡Qué bien!

—Ahora, ¿por qué no terminas de comer tu pizza? Ya casi es hora de dormir y a Papá Noel no le gustan los niños que se acuestan tarde.

Amber acercó el plato de pizza a ella y se concentró en comer lo que quedaba de su trozo.

Era una coincidencia terrible con la aparición de Philip, pero, ese año, en lugar de pedir una muñeca o unos patines, que tanto temía darle por miedo a que se lastimara, Amber había escrito meses antes de Navidad pidiendo un papá, como las amigas de la escuela.

La historia de que solo éramos nosotras dos ya no estaba funcionando y eso me preocupaba. Llevaba semanas sin dormir una noche completa, igual que cuando Amber tenía pocos días y meses de vida, pero esta vez la falta de sueño no tenía nada que ver con la lactancia o los cólicos.

El padre de Amber estaba cerca, rondando, incluso después de un test falso originado por

Violet, cuyo resultado creía que había sido su mejor jugada.

El problema era que no quería que Philip estuviera cerca de ella, por miedo o resentimiento. Sinceramente, por una buena mezcla de ambos.

—¡Terminé! —dijo Amber, levantando las manitos llenas de grasa de pepperoni y ketchup.

—Vamos a limpiarnos.

—¡Está bien!

—Ten cuidado, hija —le dije, mientras Amber bajaba de la silla alta.

Corrió hacia el baño y se subió a la escalerita que la dejaba a la altura del lavabo.

Me quedé en la puerta, observándola mientras le permitía tomar el jabón líquido y limpiarse la cara sola.

—¡Listo!

—Te queda la mejilla sucia.

—¡Ah! —Se limpió la mancha y le pasé la toalla para que se secara—. ¡Eso es!

—Muy bien, princesa, ahora vamos a dormir.

—¡Vamos! —dijo, mientras bajaba de la escalerita. La seguí hasta su cuarto, esperé a que se acomodara en su cama y cubrí sus hombros con el cobertor, inclinándome para besarle la frente.

—Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches, mamá —respondió, cerrando los ojitos mientras yo la observaba unos momentos más.

Me levanté, apagué la luz del cuarto y cerré la puerta. Afortunadamente, Amber no le tenía miedo a la oscuridad y dormía muy bien sola.

Cuando volví a la sala, tomé mi celular, fui al baño a lavarme los dientes y regresé a mi cuarto. Generalmente, me quedaba hasta un poco más tarde, pero estaba cansada, no dormía bien

desde hacía meses. Recostar mi cabeza en la almohada y descansar un poco me parecía la mejor idea en ese momento.

El celular comenzó a vibrar y me dio miedo ver el mensaje, aunque sabía que las madres desesperadas siempre me buscaban en momentos de pánico.

No debía tener motivos para preocuparme, probablemente era solo un padre primerizo o una madre angustiada. Eso fue lo que me dije hasta que vi el mensaje.

Desconocido:

¿Roberta?

Roberta:

¿Quién es?

Era un número que no había guardado en la agenda, y bien podría ser el padre de un nuevo paciente, sin embargo, el frío en mi estómago me decía que no era eso.

Roberta:

¿Philip?

Desconocido:

Sé que bloqueaste mi número, así que conseguí uno de prepago.

Roberta:

Debería bastar con no hablarme.

Philip:

Sé que tienes todos los motivos del mundo para estar enojada conmigo.

Roberta:

Parece que no.

Philip:

Tal vez nunca me perdones.

Roberta:

¿Tal vez?

Philip:

Nunca, entonces.

Roberta:

Eso está mucho más cerca de la verdad.

Philip:

Lo siento mucho...

Roberta:

No lo sientes.

Philip:

Estás equivocada.

Roberta:

Dudo mucho de eso. El doctor Baker tiene una fama que lo precede.

Philip:

Sé que me gané todo esto.

Roberta:

¿Qué quieres? ¿Por qué no nos dejas a mí y a mi hija en paz?

Philip:

Necesito arreglar las cosas.

Roberta:

Dudo que puedas hacer algo.

Philip:

Realmente no hay nada que pueda hacer para traer a nuestro bebé de vuelta, pero debe haber algo que pueda hacer por ti y por Amber.

Roberta:

No hay nada.

Philip:

Podemos empezar por tu carrera, si quieres, puedo devolverte. Te prometo que te apoyaré en las mejores cirugías.

Roberta:

Estoy muy bien como pediatra. Cuido niños y regreso a casa todas las noches.

Philip:

¿Estás feliz con eso?

Roberta:

Ni te imaginas. Salir de ese hospital y mantenerme alejada de ti fue la mejor decisión que tomé.

Philip:

Parece que sí.

Roberta:

No sé qué pretendes con todo esto, pero si realmente quieres hacer algo bueno por mí, lo mejor es que nunca más me busques.

Philip:

Quisiera hablar contigo, encontrarnos.

Roberta:

Sería una pérdida de tiempo para los dos.

Philip:

No lo creo.

Roberta:

Claro, actúas como quieres, eso lo sé muy bien.

Philip:

Las cosas van a ser diferentes.

Te lo prometo.

Roberta:

¿Desde cuándo prometes este tipo de cosas?

Philip:

Desde que me di cuenta de lo grande que fue mi error.

Roberta:

No creo en esa historia.

Philip:

Sé que es difícil, pero también imagino que recuerdas que no soy de los que suplican.

Permanecí unos segundos mirando la pantalla de mi celular. Aún incrédula con todos los mensajes que Philip me había enviado, parecían completamente inverosímiles, sobre todo considerando que él pensaba que Amber no era su hija.

Philip:

¿Qué te parece si salimos a cenar mañana?

Roberta:

De ninguna manera.

Philip:

Solo quiero hablar contigo.

Roberta:

Ya te dije que no tengo absolutamente nada que decir.

Philip:

Tal vez solo puedas escuchar.

Roberta:

¡No quiero! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Philip:

Por favor.

Roberta:

¡No!

Deja de insistir.

Philip:

Solo habla conmigo durante una cena y te prometo que no insistiré más.

Roberta:

Como si eso fuera suficiente para convencerme.

Philip:

Puedo ser muchas cosas, tener una fama terrible, pero no soy un mentiroso.

Roberta:

Han pasado muchos años.

Philip:

Una cena. Solo quiero hablar contigo y te prometo que te dejo en paz.

Permanecí en silencio por lo que me pareció una eternidad, con un sabor amargo en la boca que no desapareció a pesar de tragar en seco muchas veces.

De hecho, Philip nunca había hecho nada para que yo lo considerara un mentiroso. Su ego era demasiado grande para eso. Lo que sucedía era que yo estaba envuelta en una mentira, arrastrada a ella por Violet.

Mi amiga podría pensar que había arreglado las cosas, pero seguramente solo había empeorado todo.

Philip:

¿Puedo pasar a buscarte a las 8?

Roberta:

Dame la dirección y yo te encuentro allá.

Philip:

Hecho.

Dudaba que esa cena fuera una buena idea, pero aún mantenía la esperanza de que realmente pudiera mantenerme alejada de él.



Philip BAKER

Capítulo 28

Saqué los gemelos de la caja y sujeté las mangas de mi camisa de vestir. Elegí uno de mis relojes de la gaveta de colección y tomé el saco del perchero antes de salir del vestidor de mi habitación.

Había reprogramado una cirugía electiva para el día siguiente, para no llegar tarde a ese compromiso. Después de todos esos años, esperaba estar más de unos minutos en compañía de Roberta, aunque en el fondo temía que ella me dejara plantado.

Tenía todos los motivos del mundo para no aparecer, pero aún así, estaba rezando para que me diera esa oportunidad.

Parecía ridículo, porque aunque trataba con la vida y la muerte todos los días, nunca había tenido contacto con una intervención divina, solo con mi talento y el equipo que me asistía en cada operación.

Podría ser excelente tratando cerebros, pero los corazones eran otra historia. El de Roberta no era el primero que había roto y, honestamente, eran tantos que ni siquiera podía contarlos, quizás un número similar al de mis cirugías exitosas. No sentía miedo ni preocupación por eso.

Cerebros reparados y corazones destruidos parecía ser un lema silencioso en el hospital. Probablemente hablaban cosas mucho peores de mí a mis espaldas, pero nunca me importó.

Era el mejor, el inquebrantable y...

Sí. Roberta tenía razón, mi ego era más grande que todo eso.

Fue ese mismo ego el que me metió en esa situación.

Me sentía devastado, destruido, y tenía claro que yo era el principal culpable de todo.

Ni siquiera podía pasar cerca de la maternidad o de pediatría sin sentir que el mundo entero pesaba sobre mis hombros.

Gracias a mí, nunca vería crecer a mi hijo o hija.

Nolan podría tener razón, no era tarde para tener otros, pero no era tan simple, como si pudiera reemplazarlos.

Si mirara más allá de mi carrera.

Si hubiera dejado mi ego de lado antes.

Si me hubiera preocupado mínimamente por las mujeres con las que me involucraba.

Si, si, si...

Todo podría haber sido diferente, pero no lo era.

Tendría que enfrentar las consecuencias y no había arrepentimiento en el mundo que cambiara la situación.

Salí de mi departamento y bajé en el elevador hasta el garage, caminando en silencio hasta mi auto, estacionado en el lugar de siempre. Me senté en el asiento del conductor y encendí la radio, que transmitía un podcast cualquiera, actualizando a los oyentes sobre las noticias de la semana. No presté atención mientras maniobraba el vehículo.

Mi mente seguía dando vueltas y, aunque deseaba desesperadamente esa oportunidad, aún no sabía exactamente qué hacer.

Me di cuenta de que había un abismo gigantesco entre el hombre que solía ser y el que quería llegar a ser, y tal vez nunca lo lograría.

Tragué en seco, apretando el volante entre mis dedos mientras esperaba en un semáforo.

Detrás de la línea de peatones, vi algunas personas cruzar. Vivía en un departamento en Greenwich Village, una zona con arquitectura e influencias europeas que a menudo atraía a turistas y tenía varios hoteles. Podría haber buscado un lugar más tranquilo, pero ese quedaba cerca del hospital y el departamento me había llamado la atención.

Distraído, volví a fijarme en las personas cruzando cuando vi una familia. La mujer estaba embarazada, pero el hombre sostenía la mano de un niño, un pequeño que podría tener entre cuatro y seis años.

Simplemente, no podía ver situaciones como esa sin pensar que podría ser yo.

Aunque cada vez parecía más evidente que no merecía eso.

Nunca fui ese tipo de hombre, el que elige a una mujer y se enamora, dispuesto a formar una familia. Parecía ser lo mejor, debía serlo, pero ya no me sentía cómodo.

Cuando el tráfico volvió a moverse, aceleré solo cuando un taxi me tocó la bocina detrás, regresándome al mundo real.

Conduje algunos minutos más hasta el restaurante que había elegido. Fue una sugerencia de Keyla. Mi vida solía limitarse al hospital y a la soledad de mi departamento, no solía invitar a nadie a cenar. Las mujeres con las que me involucraba solían recibir mucho menos.

Encontré un lugar cerca de la esquina y dejé el auto allí, caminando hasta el restaurante con un aire rústico y una gran pintura de viñedos en una de las paredes. Era un ambiente bonito, inspirado en las bodegas de Veneto, Italia. Al menos eso fue lo que deduje, porque nunca había estado allí. Desde que entré a la universidad, hace más de una década, mi enfoque en ser cirujano era tal que no permitía que me distrajera con viajes ni abriera espacio para la diversión.

Con la consolidación de mi carrera, mi comportamiento siguió igual y no me importaba.

—Señor... —La mujer de la recepción se acercó a mí, llamando mi atención—. ¿Tiene una reserva?

—Sí, a nombre de Philip Baker.

—Un momento —dijo, revisando la lista en la tablet que llevaba—. Sígame, por favor.

La seguí por el restaurante hasta que me llevó a una mesa cerca de la pintura y de barriles de roble con uvas artificiales que decoraban el lugar.

—Le traeré el menú.

—Está bien. —Tiré de la silla, pero antes de acomodarme, vi a Roberta aparecer en el horizonte.

En ese momento la observé de una manera más intensa y detallada que la primera vez. Su cabello castaño caía en ondas alrededor de su rostro fino, con un mentón delicado y una nariz

pequeña, aunque su piel estaba levemente bronceada y tenía rasgos latinos. Llevaba un abrigo gris y pesado hasta las rodillas, pero se lo quitó al entrar en el cálido ambiente del restaurante, revelando una blusa blanca y pantalones de jeans oscuros.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, noté que se quedó paralizada por un momento. La miré de vuelta, y pareció que pasó una eternidad hasta que la misma recepcionista se acercó a ella. No pude escuchar la conversación, pero me imaginé que estaría indicando una mesa cuando Roberta señaló en mi dirección con la cabeza.

Ella dio algunos pasos más hasta que se detuvo frente a mí.

—Qué bueno que viniste.

—Estoy contando con que cumplas tu promesa.

—Lo haré. —Moví mi cuerpo, rodeé la mesa y tiré la silla para que se acomodara.

—Eso espero —murmuró, mientras se sentaba, y yo di la vuelta, sentándome frente a ella.

Antes de que dijéramos algo más, una camarera nos entregó el menú y esperó junto a la mesa.

—La llamo cuando estemos listos para hacer el pedido —le dije, indicándole que se fuera.

—Como desee, señor. —Asintió, con un movimiento de cabeza y nos dejó solos.

—No sé exactamente qué es lo que quieres con esto, doctor Baker, ya que ni siquiera me invitaste a cenar cuando nos acostábamos... —Roberta hizo una pausa y me miró fijamente.

—Era diferente —respondí, demasiado rápido.

—Sí, definitivamente era diferente.

—Roberta...

—No sé qué crees que puedes lograr. Para mí esto parece una gran pérdida de tiempo...

—¿Por qué no me escuchas?

—Aún así no parece una buena idea. Sigue con tu vida, doctor, porque yo quiero seguir con la mía, como he hecho en los últimos años.

—Philip —supliqué—. Solo Philip.

—Lo que sea. —Se encogió de hombros.

—No puedo... No más.

—¿Qué?

—Actuar como si no hubiera pasado nada.

—Lo has hecho muy bien.

—Ahora es diferente.

—¿Por qué? No me vengas con el cliché de que el accidente te hizo ver el mundo de otra manera. Eso suena estúpido, sobre todo viniendo de un hombre como tú.

—No sé si el accidente tenga algo que ver con esto. Si tuviera que suponer, diría que no, pero fue un detonante, sin duda. Desde que escuché lo que tu amiga dijo...

—Violet no debería haberse metido en esto.

—Le debo mucho a ella.

Roberta adoptó una postura más rígida, como si no estuviera de acuerdo con mi opinión, seguramente no compartía mi punto de vista.

—Si hubiera actuado de manera diferente, probablemente no estaríamos en este punto.

—No, pero tal vez haya sido mejor así.

—¿Lo crees? ¿Tampoco querías al bebé?

Roberta dudó ante mi pregunta. Se puso pálida y quedó rígida por unos segundos.

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta.

—Lo sé.

—No parece que lo sepas.

—Actúas como si estuviera bien con todo esto, pero no lo estoy. Las últimas semanas han sido las peores de mi vida.

—¿Quieres que tenga lástima por ti? —Apretó los dientes, apretando la servilleta al costado de la mesa.

—No.

—Menos mal.

—Siempre fui un hombre muy orgulloso y pensaba que nada podría afectarme, pero desde que esta situación cayó sobre mí, es como si no me reconociera. Experimenté el desespero y la culpa como nunca antes. Decidí dejar de lado todo mi ego para repararme contigo de alguna manera.

—¿Crees que llamarme a un restaurante elegante y pedirme perdón es suficiente después de todo lo que me dijiste esa tarde? —Apretó los dientes con tal furia que hizo temblar su rostro.

Sus ojos brillaban demasiado y me imaginé que estaba conteniendo lágrimas.

—No.

—Entonces, ¿por qué esto?

—Necesito empezar desde algún punto.

—Ya te dije que lo mejor que puedes hacer por los dos es dejarme en paz.

—No voy a poder vivir con esto, no de esta manera.

—Has vivido muy bien los últimos cinco años.

—¡Ahora es diferente!

—Ese es tu problema. —La furia en sus ojos evidenciaba la rabia que sentía por mí. Seguía creyendo que merecía todo esto.

—¿Tú has vivido bien con esto?



Roberta
LOPEZ

Capítulo 29

Intenté no desviar la mirada ante su pregunta ni mostrar ninguna vacilación, pero esa situación parecía estar asfixiándome cada vez más. Me sentí terriblemente estúpida por estar ahí. La idea había sido un desastre.

Solo moví la cabeza en señal de negación.

Aunque en realidad él no me había buscado después de esa conversación, empezaba a pensar en lo que todo eso me costaría.

Quería que ese hombre estuviera bien lejos de mí y de mi hija, pero esa mentira en la que me vi arrastrada me estaba volviendo loca.

—¡Ya basta! —Me levanté de la silla y traté de salir, pero antes de que me alejara, Philip agarró mi muñeca.

—¡Espera!

—Ni siquiera debería haber venido aquí.

—Por favor.

—¿Crees que solo porque aprendiste a decir esas palabras ya es suficiente?

—Claro que no.

—Pero actúas como si lo fuera. Piensas que has dejado tu ego atrás, pero estás muy equivocado, doctor Dios.

—Estoy esforzándome.

—¡No me importa tu esfuerzo! —dije, furiosa, y la gente en el restaurante se giró para mirarnos, dejándome avergonzada. Si había algo que odiaba era llamar la atención.

Philip se encogió, pero no me soltó la muñeca.

Sentía tanta rabia, dolor y resentimiento hacia ese hombre que no pude controlarme. Las

lágrimas cayeron por mis ojos con un peso insoportable, deshaciendo el poco maquillaje que llevaba y empapando mi rostro.

—Roberta...

—¡Déjame!

—Mira...

Gruñí, pero antes de que pudiera escapar, se levantó y me abrazó. Mi nariz se hundió en el saco de su traje y mis lágrimas empezaron a empapar la tela.

—Suéltame. —Mi voz se ahogó en su pecho.

—Tranquila. —Me apretó aún más fuerte en un abrazo sofocante, pero al mismo tiempo reconfortante, de una manera que nunca imaginé recibir de él.

—Te odio, Philip Baker.

—Lo sé. —Bajó la cabeza, hundiendo el rostro en mi cabello.

Quería golpearlo, pero simplemente me quedé quieta, con las lágrimas aún cayendo y el sonido de su corazón por encima de las conversaciones de los demás clientes curiosos del restaurante.

Con una mano, acarició mi nuca y, por más que quisiera alejarme, ni me moví.

—El verdadero padre de Amber debe ser un hombre muy afortunado —murmuró.

—Es un idiota.

—Parece que no tienes mucha suerte con los hombres.

Tragué saliva ante su comentario.

—Después de lo que me hiciste, me esforcé al máximo para no toparme con otro tipo como tú.

—¿Pero no te salió bien? —La pregunta, hecha en voz baja, resonó unos segundos mientras pensaba en cómo responderle.

Podría haber estado agradecida con Violet por intentar solucionar la situación, pero

odiaba verme atrapada en una telaraña de mentiras cada vez más grande. Algo que definitivamente no podría sostener por mucho más tiempo.

—No lo sé...

—No entendí —Philip se apartó un poco y movió la cabeza para encontrar mis ojos—. Dijiste que era un idiota.

Tragué saliva y lo empujé con una mano.

—Siéntate.

—Pero...

Volví a acomodarme en la silla y un camarero aprovechó la oportunidad para acercarse.

—¿Están listos para hacer el pedido?

Todavía estaba pensando en eso, así que abrí el menú y eché un vistazo a los platos y las bebidas.

—Quiero una lasaña a la boloñesa.

—¿Y usted?

—Puede traerme una botella de su mejor vino tinto.

—¿Solo eso?

—Por ahora sí.

Philip esperó a que el camarero se alejara antes de volver a mirarme.

—¿Qué le pasó a él?



Philip BAKER

Capítulo 30

No era exactamente el rumbo que quería darle a nuestra conversación, pero mi curiosidad fue más fuerte de lo que pude controlar. Además, quería saber las diferencias entre el verdadero padre de Amber y yo.

Roberta me miró fijamente por un buen rato y vi muchas cosas pasar por sus ojos. Por un momento, imaginé que se retractaría y saldría corriendo otra vez. Nuestra situación era tan delicada que enfrentarse a ella parecía tan difícil como tratar de operar una cirugía inoperable.

—Roberta...

—No quería que estuvieras cerca de mí, y mucho menos de Amber... —empezó, diciendo algo muy diferente a lo que esperaba.

—Lo sé, pero pensé que ella...

—Violet te mintió —dijo, de una vez.

En ese momento fui yo quien se quedó paralizado.

—¡¿Qué?!

Roberta tragó saliva y permaneció en silencio.

—¿De qué hablas? —insistí. En mi mente empecé a pensar que tal vez nunca había estado embarazada—. ¿Sobre qué mintió?

—Ella solo quería arreglar la situación... Estaba tan furiosa porque apareciste.

—Roberta, no entiendo.

—La muestra que te dio no era de Amber.

—¿Muestra? ¿El ADN? ¿Te lo contó?

Roberta solo asintió con la cabeza, respondiendo a todas mis preguntas con un simple gesto.

Me tocó a mí quedarme en completo silencio por varios segundos, mientras mi mente procesaba la información.

—¿Me estás diciendo que el resultado del examen que tengo es falso?

—Ni siquiera deberías haberlo hecho sin mi autorización —me replicó.

—Necesitaba saber...

—¿Necesitabas? —repitió—. ¿Para qué? No te importó nada de ella antes.

Antes...

Me sentí como si me hubieran volteado por dentro otra vez.

Desde que abrí el sobre con el resultado del ADN, viví los peores momentos de mi vida, imaginando que nunca podría corregir mi error.

—Si el examen de ADN está equivocado, eso quiere decir que ella es mi hija... —Debería estar furioso, pero me llenó una felicidad y alivio tan grandes que casi quiero gritar de alegría.

—No significa nada —afirmó Roberta, en un tono tajante.

—Pero Roberta...

—¡Pero nada! Tú me pediste que abortara, y yo haya hecho eso o no, ya no es más tu asunto. Renunciaste a cualquier derecho en ese momento.

—Menos mal que no lo hiciste.

—Basta de esta conversación. —Se levantó otra vez y esta vez no pude evitar que saliera corriendo, así que fui tras ella.

—¡Señor! —gritó la recepcionista.

Después volvería a pagar la cuenta, pero en ese instante lo más importante era evitar que se escapara.

Logré alcanzarla casi al final de la cuadra y cuando tomé su brazo, ella se dio vuelta hacia mí, con expresión furiosa y los ojos llorosos.

—Lo siento mucho por todo lo que te hice pasar.

—¡No sientes ni mierda! —gritó con todas sus fuerzas. Si se había contenido dentro del restaurante, ya no se preocupaba más por eso.

—Sí, lo siento.

—Si realmente lo sintieras, tendrías al menos un poco de decencia y me dejarías en paz, a mí y a mi hija. ¡SOLO MÍA! —Golpeó mi pecho para que la soltara—. Porque un examen de ADN puede dar positivo, pero eso no te hace su padre.

—Yo lo arruiné todo.

—Sí, lo arruinaste.

—Pero...

—¡Pero nada, Philip! —me cortó, con un tono firme.

Nunca imaginé que pudiera querer tanto a una familia, hasta que el dolor de no ser el padre de Amber se transformó nuevamente en alegría.

El odio que Roberta podría sentir por mí no era muy diferente al que había cultivado en otras mujeres con las que jugué y abandoné, pero ella era diferente. No por ser mi mejor residente, sino porque abandonó todo eso y eligió tener a la hija que yo rechacé.

—Eres mucho más valiente que yo.

Ella abrió los ojos, sorprendida por mi comentario.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi carrera siempre estuvo por encima de todo y de todos, pero tú lograste poner a alguien que ni siquiera existía aún por encima de eso.

—No me arrepiento ni un solo día de esa decisión.

—Imagino que no. Yo soy quien tiene que lidiar con el arrepentimiento.

—El problema es tuyo.

Tragué esas palabras con un sabor amargo, pero Roberta tenía razón.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 31

La rabia que me consumía era tan grande que quería arañarlo, morderlo y golpearlo con tanta fuerza hasta hacerlo sangrar, como yo había sangrado de sufrimiento durante los últimos años.

—Quizás debí haber hecho algo antes.

—¡Pero no lo hiciste! —grité, furiosa—. Un "quizás" no salva pacientes.

—Tienes toda la razón. Si fuera diferente, podríamos ser una familia hoy.

—¿Familia? ¡Apostaría a que ni siquiera sabes lo que significa esa palabra!

¿Cómo se atrevía a decir eso y a aumentar aún más mi rabia, abriendo heridas mucho más profundas en mi pecho?

Cuando descubrí que estaba embarazada, amaba a ese hombre y esa posibilidad de ser madre me hubiera convertido en la mujer más feliz del mundo. Probablemente, eso me provocó aún más dolor cuando me dijo esas terribles palabras después de que se lo contara.

—Roberta, yo...

—¡Basta! —grité de nuevo, mientras las lágrimas caían con más fuerza por mis ojos—. ¡Basta, por favor! No estás mejorando nada, solo estás empeorando todo.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Nada.

—Debe haber algo que hacer.

—¡No hay nada! —reafirmé, aunque dentro de mí había una pequeña parte que deseaba que las cosas hubieran terminado de otra manera, pero eso debió haber sido años atrás.

—Sé que no fue fácil para ti.

—¡No sabes nada!

—Si me dices...

—¡Basta! Venir aquí fue un error, hablar contigo es un error.

Ya no había ninguna posibilidad de que la situación mejorara.

—Como solía decirle a Violet cuando intentaba decirme algo, para mí tú ya estás muerto.

Sus ojos se abrieron con sorpresa al escuchar esa palabra.

—En los días posteriores al parto, en las madrugadas de cólicos, cuando le salieron los primeros dientes y cuando la dejé sola en la escuela por primera vez. Hiciste mucha falta, lloré, sufrí y te odié aún más. Pero me acordé de que la decisión de tener a Amber sola fue mía, y a pesar de los momentos más difíciles, esos en los que no podía hacer nada más que soportar, nada me hacía más feliz que mirar el rostro de mi hija.

—Puedo imaginarlo.

—Estoy segura de que no lo imaginas.

—No es demasiado tarde, Roberta.

¿Cómo se atrevía a decir eso?

—Tu arrepentimiento, tus disculpas, ni lo que crees que podrías hacer para arreglar esto es suficiente. Si hubiera hecho lo que querías que hiciera...

—Pero no lo hiciste...

—No.



Philip BAKER

Capítulo 32

Estaba desesperado cuando tomé sus manos nuevamente.

Aunque estaba inmensamente feliz de saber que Roberta no había abortado, eso no era suficiente para que yo formara parte de la vida de mi hija, como deseaba.

Después de lo que había hecho, el perdón parecía imposible.

—Necesito ir a casa. —Intentó esquivarse de mí.

—Aún no terminamos aquí.

—¡Sí terminamos! ¿No ves que solo estás perdiendo mi tiempo y el tuyo?

—Ya perdí cinco años, no quiero perder más.

—¡Basta! —Volvió a intentar esquivarse, pero esta vez agarré su cintura y la atraje hacia mí nuevamente.

La mano de Roberta se estampó en mi pecho antes de que pudiera sujetar su nuca y tirar de su cabeza hacia la mía. Mis labios encontraron los suyos con el sabor salado de sus lágrimas. Sentía una necesidad de ese beso mientras Roberta aún luchaba por apartarme, hasta que terminó cediendo.

Fue igual, pero al mismo tiempo completamente diferente a los besos que nos habíamos dado en los pasillos y cuartos escondidos del hospital. En ese entonces, ella era mi pupila y yo, un maestro que pensaba estar por encima de todo. Actuando como si estuviera por encima de la ley, sin remordimientos. En mi cabeza, esa actitud nunca tendría consecuencias, ni un precio demasiado alto.

Nunca imaginé que me importaría ella o cualquiera antes, pero desde que recibí ese resultado negativo del ADN, no podía dejar de pensar en lo mucho que había arruinado todo con Roberta.

Si hubiera aceptado al bebé.

Si hubiera elegido quedarme con ella...

Mi lengua se deslizó dentro de su boca, uniendo más nuestros labios cuando el beso se intensificó.

Roberta era una mujer hermosa, joven, con un espíritu cautivador que definitivamente llamó mi atención cuando entró al hospital por primera vez, pero en ese momento era muy diferente.

Al principio la atraje hacia el beso para evitar que se escapara de mí nuevamente. Sin embargo, a medida que el beso se intensificaba, despertó en mí sensaciones diferentes, intensas e inesperadas.

Si antes tenía dudas de haber cambiado, en ese momento ya estaba seguro.

Intenté abrazarla más fuerte y hacer que el beso durara, pero antes de que pudiera hacerlo, Roberta me empujó, dándome una bofetada que resonó en mi mejilla. No fue por el dolor, pero me dejó sin reacción por un momento.

—No puedo creer que hayas hecho eso. —La furia en su rostro parecía aún mayor.

—Todo puede ser diferente ahora. Te lo juro.

—¿Lo juras? —Rió con amargura—. ¿Crees que soy tonta, doctor Baker?

—¡Claro que no!

—¡Entonces deja de actuar como si yo fuera una tonta!

—Estoy intentando. —Solté un largo y profundo suspiro—. No tienes idea del peso de la culpa que llevo. Si pudiera regresar cinco años atrás, te juro que lo haría todo diferente.

—Lo único que sé es que hace cinco años me prometí no volver a mirarte a la cara.

—Haría lo mismo en tu lugar.

—Entonces, deberías entender.

—Entiendo.

—¡Déjame en paz!

—No puedo. —Intenté tomar sus manos, pero Roberta se esquivó nuevamente.

—¿Crees que es tan fácil? ¿Que puedes venir detrás de mí, juntar mis pedazos solo para volver a romperlos? —Intenté negar con la cabeza, pero antes de que pudiera decir algo, ella continuó—. No, no voy a dejar que eso pase. Porque ya no se trata solo de mí. Puedo lidiar con tus mentiras para alimentar tu ego o conseguir un polvo fácil, pero no voy a dejar que hagas daño a mi hija. No, Philip, eso no va a pasar.

—¿Por qué crees que la voy a lastimar?

—Ahora estás dispuesto a ser padre, pero ¿por cuánto tiempo va a durar? ¿Una semana? ¿Un mes? Después de que te canses de jugar a ser papá, vas a abandonar a Amber, y ella es demasiado pequeña para superar un corazón roto.

—Sabes que si lo asumo no puedo dar marcha atrás. Tendré obligaciones legales con ella.

—¿Obligaciones legales? Te agradezco tu dinero, doctor. He cuidado muy bien de mi hija hasta ahora sin necesitar tu ayuda financiera. Amber no necesita un banco, necesita un padre, un padre de verdad.

—No solo estoy hablando de dinero.

—Ninguna ley puede obligarte a darle amor.

—Pero es lo que quiero hacer.

—¿Quieres convencerme de que eres capaz de amar a alguien?

—Lo soy.

—Solo a ti puedes amarte.

Ella estaba tan segura y decidida que parecía imposible convencerla de lo contrario, no importaba lo que dijera.

Ya no sabía qué más hacer, solo tenía claro que si me rendía, cometería mi peor error.

—Puede que parezca que no hay razones para confiar en mí, pero Roberta, no hay nada que desee más que hacer que esto funcione.

—Pero yo no quiero. —Esta vez logró liberarse de mí y corrió hacia la calle. Yo corrí detrás de ella.

Antes de alcanzarla en la otra acera, un coche se detuvo casi sobre mí y estuve a punto de ser atropellado otra vez. El conductor me gritó insultos desde dentro del vehículo mientras tocaba la bocina.

Le hice un gesto pidiendo disculpas, y cuando miré a Roberta, ella ya estaba subiendo al coche.

Corrí hacia ella, pero antes de alcanzarla, el coche arrancó y tuve que apartarme de la vía, pues ella estaba dispuesta a atropellarme.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 33

Ódio mezclado con lágrimas.

Rabia condimentada con desesperación.

Mi visión estaba borrosa en esos segundos mientras aceleraba lo más lejos que podía de Philip Baker.

Mi subconsciente me había advertido lo mala idea que era ir a esa cena, pero no imaginaba que las cosas pudieran ponerse tan mal. Se había descontrolado de una manera que ni siquiera podía medir.

¿Cómo alguien puede ser tan manipulador?

Philip Baker había jugado tan sucio que incluso me besó.

Agarré el volante con una sola mano mientras me frotaba los labios con la otra, intentando deshacerme del sabor suyo en mi boca.

Por más que odiara a ese hombre con toda mi alma, su beso había sido el mejor que había probado.

Decían que los hijos de puta tenían un toque que no se olvidaba, y definitivamente Philip encajaba en esa estadística.

¡Lo olvidé!

Al menos eso era lo que me juré a mí misma todos esos años cuando el imbécil aparecía en mi mente.

—¡¿Cómo te atreves?! —grité, escuchando mi voz resonar dentro del auto con las ventanas cerradas.

Era el colmo de la basura aprovecharse de toda mi vulnerabilidad para intentar sacar provecho de eso.

¿Por qué jugar tan bajo?

¿Qué ganaba él divirtiéndose así?

Si yo me sentía tan mal, ¿cómo sería para mi hija? Amber no estaba lista para que sus sueños fueran destrozados, mucho menos cuando quería tener a un padre.

¡La culpa era toda mía! Definitivamente lo era.

Si hubiera elegido a un hombre mejor, esto no habría pasado. Debería haber escuchado todas las advertencias de las mujeres más experimentadas del hospital. ¿Cuántas veces me dijeron: Philip Baker no vale ni el suelo que pisa?

Elegí ignorarlo y ahora estaba pagando el precio.

Cuando estacioné el auto en un lugar cerca de mi apartamento, me di cuenta de que mis ojos estaban hinchados de tanto llorar.

Estaba segura de que si no fuera por mi hija, no sabía si podría resistir al beso de ese malnacido. Pensé que quizás merecía todo lo que me estaba pasando solo por sentirme excitada con el aroma fuerte y cítrico de su perfume.

Mi pecho pedía socorro y me sentía completamente destrozada por todo lo que estaba viviendo.

Sería mucho más fácil si Philip siguiera ignorándome como lo hizo durante los últimos años, en vez de decidir jugar con la situación como lo estaba haciendo.

No sabía si era lo suficientemente fuerte para soportarlo mucho más.

¡Amber!

Tenía que proteger a mi hija.



Philip BAKER

Capítulo 34

¡Contesta el celular!

¡Contesta el celular!

Repetía mentalmente, parado dentro de mi auto después de pagar por una comida que ni siquiera habíamos comido, mirando la botella de vino que ni siquiera había abierto.

Estaba desesperado. Todos mis intentos y estrategias parecían haberse agotado y aún así Roberta no cedía. Abatido en el asiento del conductor, esperaba un milagro. Alguna idea genial que finalmente me pusiera en el camino correcto para resolver la situación. Porque, aunque estuviera luchando, terminaría ahogándome en la orilla.

Roberta, por favor, contesta el celular.

Después de tanto tiempo, finalmente escuché su voz.

—¡Basta! —gritó del otro lado—. ¡Por todos los santos, detente de una buena vez!

—Roberta, espera...

La llamada se cortó.

Intenté llamar de nuevo y me di cuenta de que la llamada fue directo al buzón de voz. Ella también había bloqueado ese número.

Golpeé el volante, inclinando la cabeza hacia adelante y apoyé la frente en el logo de la marca del auto. Apoyado en el emblema de metal, sentía el sabor amargo de mis propias lágrimas.

Tal vez no pareciera justo, pero la sensación de derrota era aún peor que cuando perdía un paciente en la sala de cirugía.

La sensación de fracaso, de ser un incompetente, me consumía. Lo peor de todo es que estaba seguro de que podría haber sido diferente si hubiera tomado mejores decisiones.

No era un caso en el que luchábamos contra probabilidades mínimas y cualquier victoria sería celebrada como un logro.

El fracaso no podía justificarse con un simple: hice lo mejor que pude.

¡No! ¡De ninguna manera!

Definitivamente no hice lo mejor que pude.

Para empeorar las cosas, todo parecía ir aún peor. Mi corazón no entendía qué hacer para arreglar la situación.

Aún estaba paralizado cuando mi celular comenzó a vibrar y lo tomé rápidamente, creyendo que podría ser Roberta, pero me decepcioné al ver el nombre de mi hermana.

Keyla:

¿Cómo fue la cena?

Philip:

El ADN era un fraude. La amiga de Roberta me dio una muestra que no era de Amber.

Keyla:

¿En serio?! ¡Ah, Philip, qué noticia tan maravillosa!

¿Ya puedo conocer a mi sobrina?

Philip:

No. Si depende de Roberta, nunca voy a poder acercarme a la niña.

Keyla:

¿A qué te refieres?

Pensé que la cena sería un gran paso.

Philip:

Roberta está inflexible.

Aunque me haya contado que el examen estaba mal, eso no significa que quiera que me acerque a la niña.

Keyla:

La cagaste bien feo.

Philip:

Lo sé.

Keyla:

Lo siento mucho.

Philip:

¿De qué sirve que me tengas lástima?

Keyla:

No lo resuelve.

Philip:

Solo hace que me sienta peor.

Keyla:

Lo vas a lograr, ya verás.

Philip:

Estoy muy feliz de saber que Roberta no abortó el bebé, pero parece que no hay nada que haga para convencerla de que quiero, y que me voy a esforzar para ser un buen padre para Amber.

Keyla:

¿Qué piensa ella?

Philip:

Que me voy a cansar y cambiar de idea.

Keyla:

Tienes que demostrarle que no es así.

Philip:

¿No crees que ya intenté todo para lograrlo?

Estoy sin ideas y sin opciones.

Roberta me odia y parece que todo lo que hago solo empeora las cosas. Ya no sé qué hacer o cómo actuar.

Keyla:

No me digas que estás tirando la toalla.

Philip:

¡No! Claro que no.

Solo me siento derrotado.

Keyla:

Lo vamos a lograr.

Philip:

¿Lo vamos a lograr?

Keyla:

Quería ahorcarte cuando descubrí lo que hiciste, pero eres mi hermano. Te voy a apoyar, sobre todo ahora que parece que realmente estás arrepentido.

Philip:

Ojalá mi arrepentimiento fuera suficiente para Roberta.

Keyla:

Tal vez lo sea.

Philip:

¿Acaso no escuchaste todo lo que te dije?

Keyla:

Sí. Todo lo que me dijiste es que ella no cree en ti, ¿no? Tal vez esa sea exactamente la cuestión.

Philip:

Es más fácil salvar a un paciente terminal con menos de un por ciento de posibilidades que lograr que Roberta me perdone.

Keyla:

No seas tan exagerado.

Philip:

No la has visto. Ni siquiera sabes lo furiosa que está.

Keyla:

Solo no te rindas.

Philip:

No dije que me rindo, solo que ya no veo alternativas.

Keyla:

Es en este momento cuando tienes que seguir intentando.

Yo la entiendo.

Philip:

¿La entiendes?

Keyla:

Crió a una hija sola. Parece una mentira que ahora aparezcas queriendo que todo sea diferente.

Philip:

Será diferente.

Keyla:

Entonces, vamos a concentrarnos en eso.

Solté un gran suspiro mientras seguía mirando mi celular. Mi hermana quería ayudarme, pero no podía ver un camino, mucho menos la dirección correcta.

Había intentado de todo y aún parecía estar haciendo todo mal.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 35

La noche anterior llegué a casa devastada, por más que había hecho todo lo posible para intentar esconder las lágrimas antes de entrar a mi apartamento. Lamentablemente, no fue suficiente, porque tan pronto como me vio, Mary me preguntó si todo estaba bien. Asentí con la cabeza, y ella no insistió, aunque era muy obvio que estaba mintiendo.

Menos mal que ya era tarde y Amber estaba dormida, porque si hubiera tenido que hablar con ella, tal vez habría derramado aún más lágrimas.

En ese momento, sentía odio por mí misma. Me sentía pésima por los sentimientos que había provocado Philip en mí. Besarlo y querer ese beso me mostró cuán débil podía ser en esta situación. En los últimos años me aseguré de que no quedara más sentimiento por Philip en mí, pero en ese instante sentí que ese beso había sido una gran recaída.

Me sentía la persona más idiota del mundo, porque después de todo lo que él había hecho, aún guardaba algo por él. Mi corazón estaba destrozado y, aunque amaba a mi hija por encima de todo, ya no era solo cuestión de proteger a Amber. Sentía que esa recaída podría destruirme aún más.

Cinco años no fueron suficientes para borrarlo de mi mente, a pesar de que lo deseara con todas mis fuerzas. Aunque sabía que Philip nunca sería mío, había un sueño tonto ahí en el fondo, y era contra eso que más quería luchar.

Desde que rompí con Philip, no salí con nadie más. Decía que todos los hombres harían lo mismo, usaba a mi hija como excusa, asegurando que necesitaba cuidarla más que a mí misma. Descuidé mis sentimientos y los guardé en la parte más oscura de mi corazón, pero la verdad era que estaba traumatizada.

No podía simplemente juzgar la falta de carácter de Philip ni decir que era ingenua. Fui a esa guerra con el pecho abierto y recibí un disparo directo.

Si ya no confiaba en nadie, si siempre tenía desconfianza con todo el mundo, la culpa era toda mía. Era la mujer más idiota del mundo por enamorarme del hombre equivocado. Una gran

idiota...

Escuché un golpe en la puerta que me hizo levantar la mirada de la pantalla del ordenador, y me di cuenta de que ya habían pasado varios minutos desde que liberé a mi último paciente, pero no había llamado al siguiente.

—Doctora... —dijo la secretaria.

—Puedes dejarlo pasar —respondí.

—Está bien.

Respiré hondo cuando escuché los pasos. Mis problemas amorosos, como consecuencia de mis propias malas decisiones, no podían interferir con mi trabajo ni con el cuidado de los niños.

Mis ojos se abrieron al ver un ramo de flores tan grande que ni siquiera parecía pasar por la puerta. Era lo suficientemente alto para ocultar a quien estaba detrás.

—Discúlpeme. —Me levanté de la silla para hablar con el repartidor—. Creo que te has equivocado.

—No, es aquí mismo. —Me estremecí al oír la voz de Philip—. Escuché que cuando la mierda es grande, el ramo de flores debe ser del tamaño adecuado.

—¡Aquí no! —gruñí—. Tengo pacientes que atender.

—Reservé este horario y pagué por la consulta.

—Pero olvidaste que es demasiado grande para ser atendido por una pediatra.

—Creo que tengo algo aquí. —Se puso la mano sobre el pecho, cerca del corazón—. Me duele mucho y parece empeorar. Tengo dificultad para respirar y tengo palpitaciones. Suelo tener insomnio.

—Si vuelves a la recepción, estoy segura de que pueden conseguirte una cita con un cardiólogo. El doctor Duke es un gran médico.

—No es un cardiólogo lo que necesito. —Cerró la puerta y dio algunos pasos hacia mí.

—Entonces intenta con un psiquiatra.

—Roberta...

—¡Roberta, nada! ¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz? ¿Contratar un abogado y conseguir una orden de alejamiento?

—Eso es exagerado.

—¿Exagerado? Parece la única forma de resolverlo.

—Tal vez haya otra.

Sacudí la cabeza negando mientras intentaba que se alejara. Lo peor de todo era que había una parte de mí desesperada por besarlo de nuevo, y eso me hacía sentir aún más furiosa.

Philip metió la mano en el enorme ramo de flores y sacó de allí una pequeña caja.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Intentando una vez más demostrar que realmente estoy dispuesto a dar lo mejor de mí, no solo por ti, sino también por Amber —Philip se arrodilló frente a mí y abrió la caja, mostrando un enorme anillo de diamantes—. Cásate conmigo, Roberta.

—¿Qué?

—Seamos una familia.

Philip definitivamente estaba jugando muy sucio últimamente, pero no imaginaba que pudiera llegar tan lejos en su juego de manipulación.

—¿Por qué? —balbuceé, en shock.

Creía que estaba lista para enfrentar cualquier intento suyo, pero ese había atravesado mis barreras.

—Porque es lo que quiero.

—De ninguna manera... —Retrocedí y terminé tropezando con la silla que estaba detrás de mí—. No tú, no el Philip Baker que yo conozco.

—Ya no soy el hombre que dijo las estupideces de hace cinco años. Ya ni siquiera me

reconozco...

—No tienes la menor idea de lo que es un matrimonio, Philip.

—Hasta que la muerte nos separe. —Dio algunos pasos más hacia mí—. Estoy dispuesto a eso...

—¿Crees que puedes engañarme? —Volví a apretar los dientes.

—No te estoy engañando.

—¿No? ¿Matrimonio? —Solté una risa amarga.

En el fondo, no me reía de Philip, sino de mí misma por haber pensado internamente que sería bonito casarme con él, por haber sido tan tonta como para soñar con esa posibilidad.

—Sí... —Él estaba demasiado cerca.

Lo siguiente que recuerdo es la mano de Philip en mi mejilla y la otra subiendo lentamente por mi nuca.

—Todos los días me arrepiento de no haber hecho esa estupidez en el momento en que me dijiste que estabas embarazada.

—No voy a... —No pude terminar la frase ni decir que era inmune a sus palabras, porque Philip se inclinó y volvió a besarme.

La última vez había luchado más, había impedido más, pero esta vez simplemente me rendí al deseo, aunque estaba segura de que me arrepentiría en cuanto nuestros labios se separaran.

Como en los viejos tiempos, su cuerpo pronto se apretó contra el mío y sentí que mi espalda chocaba contra el lateral de mi escritorio.

Su mano en mi nuca se mantuvo firme, sujetándome, mientras la otra bajaba, deslizándose por mi cara, por el contorno hasta mis pechos, apretando uno de ellos sin ninguna contención.

Mordí su boca, dejando escapar un gemido bajo.

Sabía que era un error, que para él yo no era más que una diversión y que podía estar haciendo de mi corazón una alfombra una vez más.

Philip Baker era así, usaba y desechaba.

No debería engañarme sobre la posibilidad del matrimonio.

Amber...

Tenía que proteger a mi hija, tenía que protegerme a mí misma.

El problema era que definitivamente no lo había superado.

Mi espalda estaba doblada sobre mi escritorio mientras su boca descendía de mis labios a mi cuello y sus manos apretaban aún más fuerte mis tetas.

El corazón me oprimía, pero el palpitar entre mis muslos iba en aumento.

Me estremecí, cerré los ojos y eché la cabeza aún más hacia atrás mientras me besaba y chupaba el cuello. Era muy consciente de las consecuencias, pero me dejaba llevar.

¿Mereció la pena el riesgo?

Fue lo último racional que se me pasó por la cabeza cuando me di cuenta de que sus dedos estaban abriendo los botones de mi chaqueta.

Parecía el mismo Philip. El mismo bastardo cretino al que había dirigido toda mi ira. El beso tenía incluso el mismo sabor adictivo. Ese sabor de "*me va a doler, pero quiero más"*.

Philip Baker fue mi perdición.

Lo supe con certeza cuando mi bata de laboratorio cayó al suelo de mi despacho.

El beso sabía a arrepentimiento y sus manos alrededor de mi cuerpo pesarían en mi conciencia y me harían sentir fatal, pero aunque sabía que era lo correcto, no podía apartarlo.

Lo siguiente que supe fue que mis manos habían agarrado el cuello de su chaqueta y lo estaban empujando hacia atrás. Philip sólo se tomó la molestia de abrir los botones para que la prenda cayera al suelo.

Mis botones también cedieron rápidamente ante la agilidad de sus dedos. La asombrosa

habilidad del hombre que utilizaba sus manos para hacer milagros no perdonó a la parte superior de mi ropa.

Solté un grito ahogado y eché la cabeza hacia atrás. Sentí que una corriente de deseo aún más intensa recorría mi cuerpo cuando me mordisqueó el cuello, rozándome con los dientes y sensibilizando aún más cada terminación nerviosa.

Por el rabillo del ojo, vi cómo mi sujetador caía al suelo, justo antes de sentir su boca en mis tetas. Un deseo insano se apoderó del último vestigio de control que podía impedirme ir demasiado lejos.

Lo tiré del pelo y volví a acercar su boca a la mía. Nuestras lenguas se entrelazaron mientras mi cremallera cedía y mis pantalones caían al suelo de mi despacho.

Le miraba fijamente, saboreando sus labios, cuando me apartó la tanga y sus dedos entraron en mí sin ninguna contención, haciendo que me desparramara contra la mesa y rodara sobre él.

Cualquier impulso de escapar era frenado por la incontrolable calentura a medida que la necesidad se hacía mayor.

Ya era demasiado tarde...



Philip BAKER

Capítulo 36

Mis dedos se mojaron con su flujo mientras entraba y salía, haciendo que Roberta se revolcara cada vez más contra la mesa de su consulta.

Siempre supo utilizar muy bien los dedos, no sólo en la mesa de operaciones. Eso hacía que las mujeres se sintieran muy bien.

Roberta cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, e hizo todo lo posible por no gemir en voz alta cuando mi pulgar presionó su punto más placentero, mientras otros dos dedos seguían penetrándola.

Desde que vi a Roberta en el hospital por primera vez, me atrajo y se convirtió en un objeto de deseo. Sin embargo, me imaginaba que sería una bonita residente más. Nunca imaginé que la situación acabaría así.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo descontrolada que se había vuelto la situación.

Pensaba que estaba por encima de todas las relaciones, que sólo eran fugaces y sexuales, pero la verdad era que no estaba preparado. Podía pensar que era el hombre adecuado, el que lo sabía todo, pero no sabía nada.

Era demasiado inmaduro y no podía soportar que me echaran la realidad a la cara. Toqué fondo cuando me di cuenta de que no tenía control sobre nada. Yo no dictaba las reglas como siempre había creído que lo hacía, de hecho, no era más que un gran idiota.

Ahora es diferente..., pensé, mientras tiraba de su cara con la mano libre y la acercaba para darle un beso.

Me había rebajado a una posición en la que nunca había imaginado encontrarme sólo para estar con ella. El Philip de hace cinco años nunca habría imaginado una situación así, pero en ese momento, haría cualquier cosa por tener a Roberta y a mi hija en mi vida.

Aquel beso, aquel roce, aquella caricia, ya no era uno más de los muchos revolcones

hospitalarios ocasionales.

Quería más, mucho más que sexo.

—Eso no... —Empezó a decir, pero cubrí sus labios con los míos.

—Te prometo que esta vez será diferente. —Le aseguré antes de besarla de nuevo.

Quería que fuera la única en mi vida. La proposición no era una broma, sino una forma de demostrarle lo dispuesto que estaba.

Con mi mano entrelazada con la suya, me bajé los pantalones y le metí la verga, oyéndola gemir mientras hundía su boca en mi cuello.

Roberta no quería que nos oyeran, ya que había niños y padres en el pasillo.

Había olvidado lo deliciosa que era y los años no la habían cambiado. Me costó controlarme para no hacer más ruido, comportarme como un animal hambriento mientras la apretaba cada vez más contra la mesa

Cuando los muebles empezaron a crujir, agarré a Roberta por la cintura y la levanté, llevándola hasta la pared y apoyándola allí para que pudiéramos continuar.

—Philip... —murmuró mi nombre, mientras yo alzaba una mano, sujetándole un lado de la cara. Nos mirábamos fijamente mientras la apretaba más y más contra la pared con cada movimiento.

No pasó mucho tiempo antes de que nuestras lenguas se entrelazaran de nuevo y el beso se hizo aún más intenso. Mi necesidad de ella hablaba más fuerte y Roberta tampoco podía controlar la suya.

Ella me apretaba cada vez más fuerte, en medio de deliciosos espasmos que no hacían más que aumentar mi placer. Con mi pecho presionando contra sus tetas y los movimientos cada vez más rápidos, no podía contenerme.

Dejé caer la cabeza, apoyándola en sus pechos mientras derramaba mi semen dentro de ella.

Volví a moverme hasta que ella se unió a mí. Poco después, sin embargo, ella me

empujó.

Se levantó, se apoyó en la pared y dio unos pasos tambaleantes hacia el cuarto de baño que había dentro del consultorio. Se encerró sin decirme una palabra, dejándome confuso afuera.

—Roberta...



Roberta
LOPEZ

Capítulo 37

No me lo podía creer, ¿me iba a dejar engañar otra vez?

Después de todo lo que había pasado, debería haber aprendido a no dejarme engatusar por media docena de palabras y un bonito diamante.

Me había prometido a mí misma que no volvería a decirle que sí a Philip. Que protegería mi corazón y no lo dejaría entrar en mi vida.

Jadeante y aún recuperándome del éxtasis, me incliné sobre el lavabo y miré mi cara sudorosa en el espejo.

Quizá lo que más rabia me daba era la vocecita en el fondo de mi mente que me decía que esta vez podía ser diferente. Él se esforzaba tanto por demostrarme que había cambiado. Parecía demasiado esfuerzo sólo para engañarme de nuevo. Aun así, mi cerebro desconfiaba y se retraía, mientras que mi corazón...

¿Por qué es tan estúpido?

Abrí uno de los cajones y saqué un paquete de toallitas para bebés que había recibido como muestra gratuita del representante y lo utilicé para limpiarme.

Estaba claro que ya no intentaba proteger sólo a Amber, sino a mí mismo.

—¡Roberta! —Llamó a la puerta.

¿Por qué no deja de hacerme eso? Fue terrible.

Después de todo lo que había hecho, perdonarlo me parecía una tontería, como si no quedara orgullo en mí.

—Vete.

—Pero, Roberta...

—Tengo pacientes que ver.

—Sólo me iré si prometes hablar conmigo más tarde.

—De acuerdo —respondí, me resultaba más fácil mentirle que discutir con él.

—Te espero en mi casa por la tarde.

No contesté, me quedé allí de pie hasta que oí cerrarse la puerta.

Cuando salí, Philip ya no estaba en mi despacho, pero mi ropa tirada por el suelo, el enorme ramo y el anillo de compromiso eran prueba suficiente de que había estado allí y había provocado un huracán en mí.



Philip BAKER

Capítulo 38

Una vez más, sentía que estaba nadando contra una corriente imposible de vencer. La sensación de que finalmente tendría a Roberta y a Amber en mi vida se desvaneció cuando me echó de su consultorio. Probablemente no existiera arreglo de flores en el mundo que pudiera ser suficiente.

Pensé que el sexo había significado algo, pero posiblemente solo fue para mí.

Miré mi reloj de pulsera. Eran casi las nueve de la noche y ya había perdido toda esperanza.

Ella no vendría.

Tragué en seco y me levanté del sofá. Pasé junto al mueble donde estaban mis botellas de alcohol, pero seguí directo hasta la nevera y saqué la jarra de agua. Emborracharme hasta quedar hecho un inservible no había resuelto nada las últimas veces, solo me había dejado con una resaca descomunal.

Por más que rendirme no fuera una opción, ya no me quedaban fuerzas, ni alternativas, y el desespero era aún mayor.

Bebí el agua directamente de la botella, apoyado en la puerta de la nevera.

Dormir sonaba como una buena alternativa. Con suerte, si lo lograba, podría posponer la lucha contra estas emociones por unos minutos o unas horas. Sin embargo, siendo honesto, dudaba que fuera a conseguirlo.

Cuando cerré la puerta de la nevera, el sonido hueco resonó por todo el apartamento. Por un momento pensé que el timbre que había escuchado era solo un eco en mi cabeza, casi como un delirio.

Instantes después, volvió a sonar. Me apresuré hacia la puerta y, al abrirla, vi a Roberta retrocediendo hacia el elevador. Antes de que escapara, fui más rápido y la tomé del brazo.

—¡Viniste! —La sorpresa era tal que me parecía una alucinación.

—No debería estar aquí —dijo, intentando zafarse, como había hecho en cada uno de mis intentos anteriores.

—Sabes que sí deberías...

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja—. Lo único que sé es que no eres más que un cretino insistente que solo quiere destruirme.

—No quiero destruirte, Roberta.

—Lo dudo.

—Lo único que necesito es que veas cuánto quiero demostrarte. Por favor, Roberta...

—Si cambias de opinión...

—¡Escucha! —La sujeté por ambos hombros, obligándola a mirarme—. Ya que me conoces tan bien, ¿de verdad crees que haría todo esto, que me humillaría, que suplicaría, solo para luego rendirme?

—No lo sé... —Intentó retroceder de nuevo, pero la mantuve sujeta.

—Roberta...

—Tengo miedo —confesó, mirándome directamente a los ojos.

—¿Y crees que yo no?

Abrió los ojos con sorpresa ante mi respuesta.

—Estoy arriesgándome en un terreno desconocido, arrastrándome y suplicando. El miedo a que, aun así, no lo logre es enorme, porque es lo que siento cada día que pasa. No sé manejar el fracaso, y este es el más grande de todos.

—¿Entonces eso es lo que somos para ti? ¿Una forma de demostrar que no fracasaste? —Intentó soltarse otra vez y una lágrima rodó por mi mejilla.

Intenté contener el llanto, pero acabé sollozando.

—Ya fracasé. Eso ya no puedo cambiarlo. Fallé contigo y, sobre todo, con mi hija. Amber merecía mucho más de mí en estos últimos años. No hice nada por ella, y ese vacío es

algo con lo que tendré que lidiar por el resto de mi vida. No importa lo que pase de ahora en adelante, los últimos cinco años no volverán.

—Entonces, ¿qué es lo que realmente quieres?

—Los próximos cinco años, y los que vengan después. Quiero estar en su próxima presentación escolar, en el viaje familiar, cuando le empiecen a caer los dientes y cuando entre a la universidad y se mude a otra ciudad. Quiero estar contigo...

Roberta tragó en seco y se quedó mirándome por unos instantes más.

.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 39

Era bueno para argumentar. Tan bueno que ya no parecía un montón de mentiras para convencerme.

Philip había pasado el último mes tan empeñado en demostrarme que realmente quería ser parte de nuestras vidas nuevamente, que mi corazón ya no podía seguir luchando.

La razón por la que seguía ahí era porque me había convencido de que podía ser verdad, pero todo el miedo me contenía.

—Si me estás engañando, te juro que te mato —dije.

Él me soltó, secó las lágrimas de mis ojos con el dorso de la mano y soltó una carcajada.

—Es justo.

Nos quedamos mirándonos en silencio por algunos segundos hasta que di un paso tambaleante hacia él y Philip entendió la señal.

Avanzó como una bestia, me rodeó la cintura con una mano y la nuca con la otra. Cuando nuestras bocas se encontraron, el sabor de las lágrimas pronto fue reemplazado por una necesidad loca que hizo que nuestras lenguas se entrelazaran.

Había detenido cada uno de mis impulsos, contenido todo mi deseo y necesidad de ese hombre. Romperme la cara era un riesgo enorme que no quería correr, sin embargo, en ese instante dejé caer toda mi guardia y me permití sentir.

Lo amaba, y durante mucho tiempo ese sentimiento se había convertido en todo el odio que podía nutrir. Parecía ser mucho más fácil que alimentar la necesidad por el hombre que había rechazado mi embarazo y me había dejado sola en el momento más delicado de mi vida.

Mis dedos se enredaron en su suave cabello salpicado de algunos cabellos grises y los tiré, mientras Philip mordisqueaba mi labio inferior.

Llevaba una chaqueta, que él tiró al suelo mientras nuestros besos se volvían aún más

urgentes.

Solté un gemido más alto cuando sus manos volvieron a mi cintura y la apretaron. Esta vez no había niños ni padres cerca y no necesitaba preocuparme de que nos escucharan.

Llevaba un suéter y mis dedos resbalaron por los costados de su cuerpo hasta que tomaron la parte inferior y subieron la prenda.

Nuestras respiraciones se volvieron aún más urgentes y frenéticas mientras yo le quitaba la camisa y él hacía lo mismo con la mía.

Dio pasos hacia atrás hasta que se sentó en el sofá. Mientras aún me rodeaba la cintura, Philip levantó la cabeza para encontrar mis ojos.

—Mi cama no está muy lejos.

—No la necesitábamos antes.

—Lo sé, pero...

—Podremos usarla otro día. —Subí al sofá con las rodillas, acomodando mis piernas al lado de las suyas, y él me atrajo aún más hacia él.

Apreté sus hombros mientras me inclinaba de nuevo hacia él, y los dedos de Philip subieron por mi espalda hasta que abrió el broche de mi sujetador.

Solté un gemido más alto cuando él agarró mis tetas con ambas manos y su boca presionó mi cuello, haciendo que sintiera sus dientes en la piel sensible. Philip tomó mi cabello y tiró de mi cabeza hacia abajo en el momento en que su lengua subía, provocando un camino de escalofríos hasta que llegó a mi oreja.

Suspiré mientras él mordisqueaba mi lóbulo, y cada parte de mi cuerpo se erizó con el toque caliente y húmedo de su boca.

Antes de que pudiera recuperarme, Philip me giró, haciéndome acostar sobre el sofá, frente a él. Lo miré a los ojos cuando me quitó las botas y luego tiró mis pantalones junto con las bragas lo más rápido que pudo.

Aún lo estaba mirando cuando su mano recorrió mi rostro, dibujando mi cara, mientras su

pulgar trazaba mis labios. Besé la punta de su dedo antes de que bajara más, apretara mi pecho hasta que sus palmas llegaron al interior de mis muslos, empujándolos para que se abrieran.

—Philip...

—Shhh...

Me contorsioné en el sofá, moviéndome contra el asiento mientras su respiración tocaba la parte más sensible de mi cuerpo. Philip estaba a punto de demostrarme que no solo con las manos era muy hábil.

Mi gemido llenó la habitación cuando sentí su lengua recorriéndome, abriendo camino entre mis labios vaginales y haciéndome derretir en deseo y éxtasis, llevándome a un lugar en mi interior lleno de placer que ni siquiera recordaba.

Con los dedos hundidos en mis nalgas hasta dejar marcas, contenía los movimientos de mi cadera y hacía que me quedara aún más firme, esperando la nueva ola de placer provocada por los movimientos circulares de su lengua.

Clavé las uñas de una mano en el tejido aterciopelado del sofá y con la otra tomé su cabello, tirando de los hilos. Philip levantó la cabeza y me miró entre mis piernas.

Abrió la boca, pero ni siquiera alcanzó a decir nada, porque lo interrumpí con un grito agudo.

—¡Sigue!

Él mostró una sonrisa y volví a sentir su provocación.

Cerré los ojos, arqueando mi cuerpo en el sofá al sentir que la tensión crecía cada vez más en la zona donde me besaba, lamía y chupaba con tanta precisión que sabía que estaba completamente a merced de su boca.

—¡Ahhh! —grité, temblando y estremeciéndome cuando el placer invadió mi cuerpo, arrasando como un tsunami y llenando mis venas de una sensación de hormigueo.

Philip trazó el camino de regreso, besando mi vientre, el valle entre mis pechos y subiendo más, mientras se quitaba sus propios pantalones. Tiró la ropa interior al suelo justo antes de acomodar su cuerpo sobre el mío.

Sostuve su rostro, con una mano en cada mejilla, mientras sentía sus palmas calientes subiendo por mis muslos y acomodándome debajo de él antes de sentirlo entrar en mí con su enorme verga y un empuje firme que me hizo estirarme sobre el sofá otra vez.

Aún estaba jadeando, recuperándome del orgasmo, mientras Philip se movía con más énfasis.

—Eres tan excitante como te recordaba —murmuró, cerca de mi oído.

Dejé escapar una risa mientras mis uñas resbalaban por su espalda ancha hasta la base de su cintura y pude sentir su trasero cuando Philip se movía para entrar en mí.

Quitó una de sus manos de mi muslo y tomó mi rostro, besándome de nuevo, aún más deliciosamente.

Estaba en las nubes, había olvidado por completo lo bueno que era estar con él. Su beso era adictivo, su toque me volvía loca. Ya había dejado de lado el miedo de que me hiciera quedar como una tonta de nuevo y simplemente me entregué.

Estaba casi allí otra vez cuando se apartó, saliendo de mí solo para girarme, colocándome boca abajo sobre el sofá y levantándome por las nalgas para unirnos nuevamente. Mientras Philip se movía dentro de mí otra vez y sentía su cuerpo chocar contra el mío, provocando estallidos que llenaban toda la habitación, clavé las uñas en el revestimiento del sofá con cada vez más fuerza, mientras mi placer se elevaba y levantaba mi cabeza para poder respirar.

Lo sentí eyacular dentro de mí antes de ser llenada por otra avalancha que me hizo derretirme en el sofá.

Philip se inclinó y acercó su boca a mi oreja.

—¿Estás segura de que no quieres ir a mi cama?

—Ahora suena como una buena idea.

Soltó una risa mientras me tomaba en brazos y me llevaba a su habitación.



Philip BAKER

Capítulo 40

La noche pasada todavía parecía un sueño cuando abrí los ojos y vi a Roberta desnuda, durmiendo a mi lado. No sabía qué hora era hasta que estiré la cabeza y vi que eran poco más de las cinco de la mañana en el reloj sobre la mesita de noche.

Me deslicé fuera de la cama, tratando de no despertarla cuando pensé en hacer el desayuno, pero fui saboteado por mi despertador, ya que no pude apagarlo a tiempo.

—Philip... —gruñó, mientras se movía en la cama.

—Quédate descansando aquí.

—Tengo que irme. —Abrió los ojos, saltando de la cama casi como si el colchón la hubiera electrocutado.

—Voy a preparar el desayuno. No tienes que irte corriendo, no estamos escondiéndonos.

—Lo sé... —Sonrió mientras me miraba—. Pero tengo que irme.

—Roberta...

—Dejé a Amber en casa con la niñera y no planeaba pasar la noche aquí.

Amber...

Cuando el nombre de mi hija resonó en mi mente, fue como si una llave inglesa cayera y me hiciera reconectar, cambiando por completo mi enfoque, recordando el motivo por el cual había comenzado todo esto.

—Voy contigo. Ella tiene que conocerme pronto...

—¡No! —Roberta levantó las manos en señal de alto y me hizo sentir como si un balde de agua me cayera encima.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo. No la voy a abandonar de nuevo...

—Ustedes se van a conocer, ¿de acuerdo? —me interrumpió, haciéndome retroceder en

la serie de argumentos que ya estaba a punto de soltarle otra vez.

—Entonces déjame ir, por favor...

—No así, no ahora.

—¿Por qué no?

—Ella pasó cinco años sin saber quién eres, Philip. Siempre escuchando que solo éramos nosotras dos cuando preguntaba dónde estaba su papá, o por qué no tenía un papá como las demás niñas de la escuela. No puedo simplemente decirle que tú eres su papá. Necesito prepararla para eso.

—Está bien... —Tuve que retroceder, porque tenía razón—. ¿Cuánto tiempo crees que vas a necesitar?

—No lo sé, pero después de estar cinco años lejos, puedes esperar.

Tragué en seco, sintiéndome incómodo, porque lo merecía.

—¿Quieres que te lleve?

—No es necesario, mi coche está en la calle.

—Está bien. Mi turno empieza en unas horas, pero si quieres...

—Ve a trabajar, Philip. Los pacientes te necesitan.

—Entonces, ¿cuándo nos veremos de nuevo?

—Mándame un mensaje cuando termines tu turno, veré si puedo dejar a Amber con alguien.

—¿Entonces vas a desbloquear mi número? —Sonreí.

Ella solo asintió con la cabeza antes de escapar hacia la sala, donde su ropa aún estaba esparcida.

—Tengo que irme ahora —avisó, mientras ajustaba la bolsa sobre su hombro.

—¡Espera! —Tomé su muñeca y la hice mirarme.

—¿Qué pasa?

La atraje más cerca y la besé, metiendo mi lengua en su boca y sosteniéndola cerca de mí hasta que ambos perdimos el aliento.

—¿Y qué hay de mi propuesta de matrimonio? ¿Tengo un sí?

—Aún estoy pensándolo. —Mostró duda.

—Voy a esperar tu respuesta. —Retrocedí, soltándola y dejándola caminar hacia la puerta.

—Nos vemos, Philip.

—Te llamaré.

—Está bien.

Roberta salió de mi departamento y yo me quedé de pie en medio de la sala durante largos segundos. Era terrible no tener el control de la situación y no poder hacer nada más que esperar.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 41

—Señora... —dijo Mary, levantándose somnolienta del sofá en el momento en que entré al apartamento.

—Perdón... Tenía pensado regresar a casa, no debí desaparecer así...

—Está todo bien. —La niñera sonrió—. Usted merece divertirse. ¿Cuánto tiempo hace que no salía de noche a disfrutar un poco?

—No... No es lo que piensas... —balbuceé.

Sí, probablemente era exactamente lo que pensaba. Eso me dejó aún más desconcertada.

—No necesita explicarme nada, señora. —Se rió.

—Gracias, Mary. Ve a casa y descansa. Yo me encargaré de ir a buscar a Amber a la escuela hoy.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura. Vete a casa.

—Gracias, señora.

—Yo te agradezco. —Dejé mi bolso en el sofá mientras Mary me saludaba antes de irse.

No podía negar que me había divertido la noche pasada, aunque en el fondo mi corazón estaba apretado. Ya no tenía fuerzas para resistir los avances de Philip y mi corazón deseaba más que nada no ser engañada de nuevo.

Abrí mi bolso y encontré la caja con el anillo de compromiso que Philip me había dado. Lo miré durante varios minutos. La tentación de aceptar esa propuesta era enorme. Nunca imaginé que un hombre como él sería capaz de casarse o hacer que el "felices para siempre" realmente valiera la pena, pero ahí estaba, con la propuesta más increíble del mundo y al mismo tiempo, todo lo que más deseaba.

Ese cuento de hadas era tan seductor...

—Mamá...

Me sobresalté, cerré la caja y la tiré de vuelta al bolso cuando escuché la voz de mi hija.

—¿Amber? —Me giré hacia ella y la vi de pie en la entrada del pasillo, frotándose los ojitos.

—¿Ya estás lista para ir a la escuela?

Saqué mi celular y lo revisé.

—Sí, mi princesa. Vamos a prepararnos.

—¡Sí!

Amber fue al baño y yo la seguí, ayudándola a cambiarse y prepararse para la escuela.

Estábamos llegando tarde, así que traté de apurarla lo más que pude. Mientras Amber comía su desayuno, preparé su lonchera y la guardé dentro.

—¡Vamos, hija!

—¡Vamos!

Limpié la comisura de su boca, donde había caído jugo de fruta, y acomodé la lonchera en su espalda, mientras yo tomaba mi bolso.

Bajamos hasta donde estaba estacionado mi auto y la ayudé a acomodarse en su silla.

—¿Mamá? —preguntó, cuando tomé el volante.

—¿Qué necesitas, princesa?

—¿Dónde estabas?

—¿Yo? —Me hice la desentendida.

—Desapareciste... No dormiste en casa.

Amber me hizo una excelente pregunta. Era lista y notó algo que no era común. Aunque a veces me retrasaba por los pacientes, siempre volvía a casa.

—Estaba con un amigo —mentí.

Me había tomado por sorpresa, y aún no había encontrado una buena manera de explicarle a ella sobre Philip.

—¿Amigo? ¿Como la tía Vi?

—Sí, pero no era la tía Vi. No lo conoces.

—¡Ah!

Tragué en seco y apreté el volante con más fuerza, mirando el semáforo mientras pensaba un poco más. Algunas frases pasaron por mi cabeza, pero ninguna me parecía buena para empezar el tema con mi hija. ¿Cómo decirle a una niña de cinco años que su padre estaba dispuesto a formar parte de su vida?

Philip era un completo extraño para ella y no quería que fuera algo terrible. Además, aún no había perdido del todo el miedo de que él hiciera algo estúpido que destruyera las esperanzas de Amber.

—Amber...

—¿Sí, mamá?

—¿Recuerdas ese regalo que pediste a Papá Noel?

—¿Tener un papá? —Era más lista de lo que me imaginaba.

—Sí...

—¿Voy a tener un papá? —Se emocionó.

Por el retrovisor pude verla inclinarse hacia mí tanto que el cinturón de seguridad de la silla le permitió.

—Bueno... —Tragué en seco, sintiéndome ridícula con todo esto. Estaba siendo muy difícil. Tal vez yo lo estaba complicando todo—. Es que tu papá estuvo mucho tiempo lejos...

—¿Estaba luchando?

—¿Luchando? —me extrañó su pregunta.

—Sí. El papá de Sumner está en *el Fafaganistán*.

—¿Afganistán?

—¡Sí, eso!

—No, tu papá no estaba en la guerra.

—Ah...

No sabía exactamente qué decir. Sin duda, estaba fuera de lugar contarle la verdad, ni todo lo horrible que Philip me había dicho cuando le conté que estaba embarazada. Necesitaba una mejor idea.

—Tu papá también es médico.

—¿Como tú?

—Sí.

—Tuvo algunos contratiempos y necesitó estar lejos, pero ahora ha vuelto.

—¿Volvió? ¿Dónde? ¿Dónde está? —Se emocionó aún más de lo que imaginaba.

—Hija, sé que no lo conoces y puede ser difícil...

—¿Dónde está él, mamá? —me interrumpió. No parecía interesada en la explicación que estaba tratando de inventar para suavizar la situación.

—Amber...

—¿Cuándo lo veré?

—Aún no lo sé...

—¡Ah! —Frunció los labios y sus ojitos se llenaron de tristeza y desilusión.

Era evidente que ella estaba más interesada en verlo inmediatamente que en escuchar una excusa sobre por qué Philip había estado ausente durante los últimos cinco años.

—¿Está todavía lejos?

—No...

—Entonces, ¿dónde está?

—Voy a organizar con él para que puedan verse —le dije. cuando estacioné el auto cerca de la escuela.

—¿Cuándo?

—Mamá te avisará cuando salgas de la escuela más tarde, ¿está bien?

—¡Sí!

—¿Vamos a clase?

Asintió con la cabeza mientras la soltaba de la silla y tomaba sus cosas para que fuéramos hasta la escuela.

—¡Voy a ver a mi papá! —Caminó saltando hacia la entrada, donde entraban los demás niños.

Amber definitivamente tenía menos dudas y miedos que yo. La relación entre ella y Philip podría ser mucho más fácil de lo que imaginaba.

—Que tengas buen día, mi amor. —Le di un beso en la frente antes de acercarme a la profesora y entregarle su mochila.

—¡Adiós, mamá!

Entró tan animada que parecía haber recibido un paquete de caramelos antes de la cena.

Solo esperaba que toda esa felicidad de Amber no se acabara tan rápido como había empezado.



Philip BAKER

Capítulo 42

—Podemos cerrar. Ya terminé por aquí —anuncié, mientras me alejaba.

—Felicitaciones, doctor Baker —dijo el residente que me estaba asistiendo en esa ocasión—. Fue increíble, como siempre.

Solo asentí con un movimiento de cabeza, sin darle importancia a los elogios y adulaciones a los que ya estaba acostumbrado por parte de los residentes.

Salí de la sala de cirugía y tiré la máscara y los guantes a la basura antes de lavar mis manos en el fregadero que estaba ahí para nuestra higiene después de los procedimientos.

Tenía un par de horas hasta que mi paciente fuera asignado a la UCI, y durante ese tiempo estaría atendido por otros profesionales, que solo me llamarían si algo salía de lo esperado.

Cuando regresé a mi consultorio, tomé el celular del cajón del escritorio y me sorprendí al ver un mensaje de Roberta. Había llegado hacía algunas horas, pero como estaba en cirugía, no lo había visto antes.

Roberta:

¿Hasta cuándo es tu turno?

Una sonrisa se dibujó en mis labios al darme cuenta de que realmente había desbloqueado mi número. Parecía otro gran avance después de tanto tiempo nadando contra una corriente que parecía invencible.

Philip:

Con suerte, salgo de aquí en doce horas. ¿Por qué?

Me quedé con el celular en la mano, mirándolo por lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente respondió, aproximadamente media hora después. Probablemente estaba atendiendo a uno de sus pacientes.

Roberta:

Vamos a organizar el encuentro con Amber.

Philip:

¿En serio? Me las arreglo para salir de aquí ahora mismo si me dices que puedo verla.

Roberta:

No seas exagerado.

Philip:

No tienes idea de cuánto quiero acercarme a ella.

Roberta:

Hazlo con cuidado, por favor...

Philip:

Como tú quieras.

Roberta:

Creo que es mejor que vengas a cenar aquí a casa. Es un lugar seguro para ella y Amber se sentirá más tranquila con la situación.

Philip:

¿Puedo ir hoy? ¿O prefieres que espere más?

Roberta:

Tu turno termina en la madrugada. A esa hora ya la habré puesto a dormir.

Philip:

Acabo de operar a un adolescente de dieciséis años con una bala en la cabeza. Con suerte, podrá regresar a su vida normal. Creo que puedo conseguir que me liberen antes si lo pido con tacto.

Roberta:

Podemos organizarlo para mañana.

Philip:

Roberta, por favor, realmente quiero hablar con ella.

Roberta:

Está bien. No llegues después de las siete o te mandaré de vuelta a casa.

Philip:

Trato hecho.

Tan pronto como envié el mensaje, escuché un golpe en la puerta.

—Entra...

—Philip... —John Hopkins abrió la puerta, él era un viejo clínico general que llevaba tanto o más tiempo en el hospital que yo.

—¿Qué pasa? —Levanté la vista para mirarlo.

—Te envié las imágenes de una tomografía, ¿puedes analizarlas y decirme qué opinas?

—Claro. ¿Cuál es tu sospecha?

—Míralo primero, no quiero influir en tu diagnóstico.

—Está bien, te mando mi informe en un rato.

—Gracias.

Asentí con un gesto y John cerró la puerta.

Casos como ese eran comunes; primero los pacientes iban a un clínico general por alguna molestia antes de ser enviados a mi análisis.

Miré la tomografía en la pantalla de mi computadora, revisando varias veces hasta ver lo que parecían ser pequeños quistes.

—Maldición —murmuré en voz baja.

Tomé mi celular y llamé a John.

—¿Dónde está tu paciente?

—En la sala de espera.

—Mándalo al quirófano ahora. Tiene quistes de parásitos en el cerebro y necesitamos operarlo inmediatamente, si explotan, muere.

—Lo sospechaba, pero no estaba seguro.

—Ahora lo sabes.

Casos como ese eran muy raros, solo ocurrían cuando los pacientes comían carne de lugares con pésimo saneamiento, lo que generalmente no se aplicaba a los Estados Unidos. Solo había visto y operado un caso así una vez, cuando recién salía de mi residencia.

Me sentí frustrado conmigo mismo, pero no tenía otra opción, si salía del hospital para encontrarme con mi hija, ese paciente podría morir.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 43

—¿Él viene, mamá? —Amber estaba muy ansiosa mientras miraba su reflejo en el espejo.

Acababa de darle un baño y estaba peinando su cabello, arreglando las ondas después de ponerle un vestido de mangas largas con un lazo delicado al frente.

—Sí, él viene —respondí, con un nudo en el pecho y un poco incómoda.

Amber estaba emocionada, mientras yo estaba llena de todo el miedo del mundo. Tal vez era una sobreprotección de mi parte, pero nadie tenía derecho a juzgarme por eso. Después de lo que había vivido, tenía todo el derecho de sentirme así.

—¿Estoy bonita?

—Estás preciosa, hija.

Su sonrisa se amplió aún más.

Tomé su manito y la ayudé a bajar de las escaleras que la ponían al frente del espejo, luego la senté en el sofá de la sala y encendí la televisión.

—Quédate quietita aquí mientras mamá se da un baño.

—Está bien.

Fui al baño y me arreglé, probablemente de una forma en la que no lo hacía desde hacía tiempo, ya que no me preocupaba que los hombres me prestaran atención. A pesar de eso, me puse unos jeans. Amber estaba cerca y no podíamos terminar acostándonos sin pensar en las consecuencias como lo habíamos hecho en las veces anteriores.

Mi bolso estaba sobre la mesa de noche, así que volví a tomar el anillo de compromiso que estaba dentro. Me quedé mirándolo y lo coloqué en mi dedo, sintiendo una sensación extraña de estómago revuelto, entre una necesidad de sonreír y un nerviosismo. Estaba feliz por la propuesta, pero todavía sentía que debía ser cautelosa. ¿Realmente Philip había cambiado tanto

como para convertirse en un hombre casado?

Escuché el sonido del interfono y Amber corrió hasta la puerta de mi cuarto.

—¡Mamá!

Me quité el anillo y lo guardé nuevamente.

—Hola, hija.

—¡Es él!

Faltaban poco más de diez minutos para las siete de la noche, la hora límite que le había dado. La ansiedad también me invadía, aunque intentaba controlarla. No debía decepcionarme, ni a mí ni a Amber.

Fui al interfono, que estaba en la pared de la cocina, y lo saqué del gancho.

—¿Quién es?

—El repartidor del restaurante de comida brasileña.

—¡Ah! —solté, con un poco de decepción.

Mi mamá había llevado a un restaurante de esos una vez, y desde entonces me había enamorado de la comida brasileña. Había pedido la cena, esperando que a Philip también le gustara. Aunque me aventuraba a cocinar, sobre todo para hacer platos sencillos como panqueques para Amber, me salía mucho mejor ser médica que cocinera. Odiaría que el apartamento oliera a quemado en la primera cena de Amber con su papá.

—¿Señora? —murmuró el repartidor, recordándome que estaba al otro lado.

—Puede subir. —Desbloqueé la puerta.

No pasó más de dos minutos para que él apareciera en la puerta con las bolsas del pedido.

—Gracias. —Pagué por la comida.

—Buenas noches. —El repartidor se dio la vuelta y se fue.

Cuando me di vuelta, Amber estaba en el centro de la sala, haciendo un puchero.

—¿Dónde está papá?

—Aún no ha llegado, hija.

—¡Ah!

—¿Por qué no vamos a preparar la mesa para la cena?

—¡Está bien!

Amber y yo arreglamos la mesa, colocando los cubiertos. Ella tomó una botella de refresco y la puso en el centro.

Nos sentamos y quedamos esperando.

Él estaba retrasado y podía ver en los ojos de mi hija cómo crecía su decepción.



Philip BAKER

Capítulo 44

Me dirigí lo más rápido posible después de terminar la cirugía que realicé en tiempo récord. Operar el cerebro de una persona ya requería un cuidado extremo y gran destreza, pero la situación empeoraba aún más mientras trataba de sacar los huevos de gusano que, si llegaban a eclosionar, podían dejar al paciente con secuelas irreversibles o incluso matarlo.

Ya llevaba casi dos horas de retraso y sabía que Roberta me odiaría por eso. En el primer día, en la primera oportunidad de demostrarle a ella y a mi hija lo dispuesto que estaba, mi trabajo terminó por devorarme.

¿Qué podía haber hecho?

Si no hubiera operado al paciente, lo habría dejado a su suerte, y si moría, la culpa hubiera sido mía. Cuando asumí mi profesión, había hecho un juramento en el que me comprometí a poner la vida por encima de todo, pero estaba desesperado, porque esto podría arruinar mi única oportunidad de acercarme nuevamente a mi hija y formar una familia con su madre.

Cuando estacioné en una plaza frente al edificio, bajé corriendo, aproveché que un vecino entraba al edificio y subí hasta el piso de Roberta. Ni siquiera quería arriesgarme a llamar por el interfono, porque ella podría negarse a contestar.

Tragué saliva, intentando deshacerme de la sensación incómoda en mi garganta, pero ni con toda la saliva del mundo parecía poder alejarla.

Ajusté la camisa y toqué la puerta.

Me había dado la ducha más rápida del mundo en el hospital, pero aún sentía las gotas de agua escurriéndose por mi cabello y bajando por mi nuca, provocándome escalofríos y aumentando aún más mi incomodidad.

Estaba a punto de levantar la mano y golpear nuevamente, cuando ella abrió la puerta y nuestros ojos se encontraron. Vi una furia que me atravesó como un disparo, dejando mi corazón

aún más apretado.

—Roberta, puedo explicarte...

—Pensé que realmente estabas dispuesto a hacer que esto funcionara, pero mira... Esperaste a que yo arrastrara a Amber para esto...

—Roberta, yo... —comencé a explicarme, o lo intenté, hasta escuchar un gritito que hizo que mi corazón se detuviera.

—¡Papi!

—¡Amber!

Roberta trató de detenerla, pero la niña pasó entre las piernas de su madre y me alcanzó en el pasillo.

Me agaché para quedarme a su altura, y no podría explicar la magnitud ni la intensidad de la alegría que invadió mi corazón cuando sus pequeños brazos rodearon mi cuello.

—¡Finalmente llegaste!

—¡Hola, Amber!

—¡Papi!

Le devolví el abrazo tan fuerte como pude, sin acercarme demasiado por miedo a hacerle daño. Aunque ya no era un bebé, seguía siendo muy pequeña y frágil.

Me sentí aún más culpable por no haber sido parte de sus últimos cinco años al sentir el olor infantil de su cabello.

Sentía que necesitaba conocerla, la idea de que Amber era mi hija ya se me había metido muy adentro, pero estar con ella en mis brazos era mucho más intenso. Tanto, que me dejaba sin aliento y con las manos temblando.

—Ya comí, tenía hambre.

—Está bien, hija.

—Ya es hora de que se vaya a la cama —comentó Roberta, con tono áspero. Había

traicionado su confianza en un momento en que intentaba demostrar que podía confiar en mí, y no esperaba algo diferente.

—Dame solo diez minutos, por favor.

—Diez minutos, mamá —pidió Amber, con los ojos muy abiertos y una expresión imposible de resistir.

—Tienes que irte a la cama, Amber.

—Por favor...

Después de largos instantes en los que su mirada furiosa me taladró, Roberta finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Entra a casa, papá! —Amber me tiró hacia el interior del apartamento, y su madre tuvo que hacer espacio.

—La comida está fría —murmuró Roberta.

—Está bien.

Definitivamente, esa no era mi prioridad en ese momento, lo único que más quería era estar con mi hija.

Me sentí contento al darme cuenta de que Roberta ya le había hablado a Amber sobre mí, y la niña parecía saber muy bien quién era yo, y estaba feliz con eso. Admito que temía mucho saber cómo reaccionaría cuando me conociera, pero parecía que no había espacio para rencor, al menos no con ella.

—Papá, ven a ver lo que hice.

—¿Qué?

—En mi cuarto.

Seguí a la niña y Roberta vino justo detrás de nosotros, observando cada uno de mis movimientos y los de la niña. Aún no era confiable, y después de mi retraso, había retrocedido en el espacio que había logrado ganar con ella.

Me quedé mirando a Amber cuando soltó mi mano y se acercó a la caja de juguetes, sacando varias cosas hasta encontrar un osito canguro.

—¿Qué estás haciendo, hija? —preguntó Roberta—. Mira qué desorden…

—Voy a ordenar luego.

—Amber...

—Espera, mamá. —La niña sacó de la bolsa del canguro lo que parecía un montón de papeles doblados y me los entregó—. ¡Para ti!

—¿Qué es?

—Del Día del Padre. Lo guardé.

Abrí lo que parecía una tarjeta, pero estaba recortada y tenía un acordeón con varias palabras y fotos de ella. Probablemente, era una manualidad que había hecho en el colegio.

Parpadeé, tratando de ocultar las lágrimas, cuando la emoción me invadió. Para muchos era solo un montón de papel tonto, pero ese era mi primer regalo del Día de los Padres, de los muchos que debería haber recibido de ella.

—¡Es muy bonito, hija, gracias!

—¡De nada! —Sonrió.

—Es hora de que te vayas a la cama, Amber.

—Ah, mamá...

—Amber...

Quería discutir, quedarme más tiempo con mi hija, pero no tenía derecho a argumentar en ese momento.

—Vete a la cama, Amber.

—¿Y tú? ¿Vas a desaparecer...? —Hizo puchero y sus ojitos se llenaron de lágrimas.

—No lo haré, hija.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La sonrisa volvió a su rostro mientras se acercaba a una pequeña estantería de libros y sacaba uno, entregándomelo.

—¿Me lo lees?

—Sí. —Sonreí y la acomodé en la cama antes de ponerme cómodo y comenzar a leer la historia, que era sobre un osito que se perdía de sus padres y no podía encontrar el camino a casa, justo como el que ella abrazó en la cama.

Nada había sido más increíble ni intenso para mí que esos primeros minutos con mi hija.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 45

Tan pronto como Amber se quedó dormida, saqué a Philip del cuarto y cerré la puerta, para evitar que ella escuchara cualquier cosa que dijéramos.

—Esto es un juego para ti, ¿verdad? —dije, apretando los dientes—. Y mira, caí de nuevo, otra vez. Una cosa es que te diviertas conmigo, pero con ella no. Amber no merece pasar por esto. Ella te estaba esperando, y vi cómo la decepción crecía con cada minuto.

—Roberta... —Intentó acercarse a mí, pero me aparté fácilmente, mostrando aún más mi furia—. Sé que me atrasé y sé que estás enojada.

—Ah, ¿sabes? Lo prometiste.

—Lo sé...

—Menos mal que no tienes amnesia.

—Roberta, escúchame.

—¡Basta, vete!

—Puedo explicarlo, dame un minuto, por favor... —Sus ojos eran tan suplicantes que terminé dudando, lo que me hizo retroceder—. Después de que intercambiamos mensajes, recibí un caso, el paciente tenía neurocisticercosis. No podía irme sin operarlo. Ya te he dado todos los motivos del mundo para que no confíes en mí, y no quería decepcionarte...

—¿Por qué no me avisaste?

—Fue un error... pensé que saldría rápido de la sala de operaciones y no me retrasaría.

—Pero no saliste.

—No...

—¿Crees que voy a creer eso?

—No, pero es la verdad. —Bajó la cabeza, mirando el regalo de Amber que tenía entre

las manos—. Quiero ser el padre de ella, el padre que ella merece, y no el hombre que tú odiaste durante cinco años.

—Ella no es una experiencia de la que puedas desistir.

—Y no lo haré.

—Se lo prometiste.

—Me esforzaré todos los días para cumplirlo.

—Eso espero.

Nos quedamos mirándonos por un momento, hasta que Philip señaló hacia mi cocina, haciendo que girara la cabeza.

—¿Tienes microondas?

—Sí, ¿por qué? —Fruncí el ceño, confundida.

—Amber dijo que la cena se enfrió y yo me muero de hambre.

Mi impulso fue estrangularlo, pero igual me reí.

—Si no te hubieras atrasado...

—Te juro que la próxima vez aviso.

—Estás haciendo muchas promesas, doctor —le recordé con una postura aún seria. Me costaba no sentir desconfianza.

—Planeo cumplirlas todas.

—Espero que sí.

—Roberta. —Me sorprendió cuando me abrazó por la cintura y me acercó, lo que me obligó a apoyar mis manos en su pecho. Sabía lo peligroso que era acercarme a él.

—Philip, mira...

—Sé que te he dado un millón de razones para que no confíes en mí. —me interrumpió —. Pero ahora va a ser diferente.

—No es a mí a quien tienes que comprometerte.

—También con Amber, pero no te pedí matrimonio por nada.

—¿Sabes lo que significa, Philip? ¿Lo que representa un matrimonio? —Por más que quisiera rendirme, todos mis miedos se reavivaron con el retraso, porque, en el fondo, seguía teniendo miedo.

—Roberta —dijo mi nombre nuevamente, y me costaba resistirme a cómo sonaba cuando salía de sus labios—. Sé que he sido un gran idiota contigo. Pero ¿alguna vez te he dicho cosas que no cumplí?

Tragué saliva, sintiéndome literalmente acorralada por su pregunta. Unos segundos después, negué con la cabeza.

Philip era un coleccionista de corazones rotos, el mayor galán del hospital, pero nunca había prometido nada serio ni a mí ni a ninguna otra mujer con la que sabía que se había involucrado. Mientras nos estábamos relacionando, ni siquiera tuve beneficios o pude verlo en más operaciones. Solo había logrado ese espacio cuando lo merecía profesionalmente.

No era un mentiroso. Sabía lo que me estaba metiendo cuando me involucré hace cinco años. El problema era que la diferencia era tan grande que era difícil de creer.

—¿Y si cambias de opinión?

—¿Y perder los regalos del día del padre? —Se rió levemente.

—No tienes que ser mi marido para ser el padre de Amber —le recordé algo obvio que solía funcionar con otras parejas.

—¿Crees que estoy tratando de convencerte de cualquier manera solo por Amber?

Se quedó esperando mi respuesta, aún sosteniéndome en sus brazos. Cuando notó que no iba a decir nada, continuó.

—Tú me hiciste darme cuenta de que mi vida era triste y vacía. Los últimos días me hicieron entender que quiero y necesito tu amor. Quiero ser ese hombre diferente, quiero estar contigo, tener una familia contigo. Ya no puedo pensar en mi vida sin eso. No puedo mirar atrás y volver a ser el hombre que era. Por eso te juro que haré todo lo posible para ser el marido que

mereces.

—Philip... —Mi voz salió temblorosa.

Era tan surreal que aún dudaba.

—Soy un gran neurocirujano y eso solía ser suficiente, pero desde que te volví a encontrar, me di cuenta de que ya no lo es. Al principio fue solo por Amber, pero me di cuenta de que quería algo más para mi vida, que te quería a ti.

—¿Estás diciendo que...? —me interrumpió.

—Te amo.

—¿Me amas? —mi incredulidad repitió la frase.

—Sí, te amo. —Tomó mi rostro entre sus manos—. Sé exactamente lo que eso significa.

Parecía un sueño increíble, porque juraba que nunca escucharía esa frase de él.

Nos quedamos mirándonos, y yo estaba completamente paralizada, inmóvil, hasta que se inclinó hacia mí y unió nuestros labios.

Una de sus manos bajó de mi rostro hasta mi cabello, sujetándolo con fuerza, mientras la otra se mantenía en mi mejilla. Su lengua presionó mis labios, pidiendo paso.

Subí mis dedos por sus hombros antes de rodear su cuello con los brazos. Tiré de su cabello gris y suave mientras correspondía al beso. Este se intensificó aún más cuando Philip me presionó contra la barra de la cocina.

Philip agarró mi cabello, interrumpió el beso y tiró de mi cabeza hacia atrás. Sus labios bajaron a mi cuello y me estremecí cuando sus dientes presionaron mi piel sensible.

—Philip... —murmuré, apenas pude hablar.

—¿Sí? —respondió, aún con la boca sobre mi cuello, su lengua haciendo espirales que me provocaban escalofríos.

—¿No tenías hambre?

—Todavía tengo.

—Pero...

—Ahora quiero comer otra cosa.

Su comentario hizo que mis mejillas se encendieran, y también aumentó el latido entre mis piernas, justo antes de que la mano de Philip llegara allí.

—Aquí no. —Intenté empujarlo.

—Mira, yo... Ah, ¿Amber? —Se dio cuenta antes de que pudiera decir algo.

—Puede salir de su cuarto.

—¿El tuyo tiene llave?

—Sí.

—Perfecto. —Su mirada me desconcertó, pero yo seguía excitada.

—Ven. —Le extendí la mano y esperé a que viniera conmigo a mi habitación.

En cuanto entramos al cuarto, cerró la puerta detrás de nosotros y la trancó.

Di un paso hacia él y Philip volvió a rodear mi cintura, entrelazando nuestros cuerpos.

Me estremecí con sus dientes en mi cuello, en mi oído, en mis labios, como un camino embriagador mientras sus manos recorrían mi cuerpo, despojándome de la ropa rápidamente, dejándome completamente desnuda.

Hice lo mismo, quitándole la ropa tan rápido como pude y arrojándola al suelo antes de que Philip me empujara contra la cama.

Lo miré solo por una fracción de segundo antes de que él tomara mi cintura y me girara, dejándome en cuatro. Mi piel se erizó cuando él hundió el colchón, poniéndose de rodillas detrás de mí, jalando mi cabello en una coleta y acercando mi cuello a su boca.

—Así te quiero, bien putita —susurró.

—¡Philip! —protesté, justo antes de sentir cómo sus dedos chocaban contra mi culo.

No se contuvo, sosteniéndome de la cintura con la otra mano antes de que su miembro me invadiera.

No pude controlar el placer, moviéndome sobre él y pidiendo más. Incliné la cabeza hacia adelante cuando aflojó el agarre en mi cabello y enterré el rostro en la almohada, tratando de ahogar mis gemidos. No quería correr el riesgo de despertar a mi hija, que dormía en su cuarto y las paredes eran delgadas.

Nunca traía hombres a mi casa, mucho menos los dejaba convivir con ella. Me había dedicado por completo en los últimos años, porque quería protegerla, y principalmente protegerme a mí misma.

Dejé de pensar cuando los movimientos se volvieron más rápidos, y el deseo me invadió de tal manera que mi visión se nubló y mis dedos se hundieron en la almohada mientras lo mordía.

Era difícil no gemir mientras sentía mi cuerpo sudar, y las respiraciones entrecortadas me tomaban.

Philip se inclinó más sobre mí, sus manos resbalaban por mis brazos hasta que sujetaron los míos contra el colchón. Sentí aún más la firmeza de su cuerpo contra el mío, perdiéndome en la ola de placer que me arrastraba.

Mi piel rozando la suya, nuestro sudor, su respiración en mi oído y los movimientos de nuestros cuerpos mientras él estaba sobre mí me dejaban más involucrada, delirante, llevándome al borde del abismo de excitación hasta que todo explotó.

Me hundí aún más en la almohada, casi ahogándome mientras gemía y jadeaba en medio de los espasmos del orgasmo.

Sentí a Philip endurecerse sobre mí, y su respiración se transformó cuando se unió a mí en el clímax.

Permaneció un momento sobre mí, hasta que se tumbó a un lado en el colchón.

—Te amo... —murmuró, acariciando mi rostro.

—Yo también te amo —confesé, mientras extendía la mano para tocar su pecho.

Philip me atrajo hacia él y me acunó en sus brazos.

—¿No vas a cenar? —Levanté la cabeza para buscar sus ojos.

—Ya está frío. —Se encogió de hombros y me hizo reír—. Quedémonos aquí un rato más.

No tenía nada en contra de eso, no dije más, solo me acomodé en su pecho.



Philip BAKER

Capítulo 46

Me desperté cuando escuché el sonido del despertador de ella y me moví, abriendo los ojos y viéndola sentada al borde de la cama. Ya estaba vestida y miraba hacia abajo.

—¡Buenos días! —Me estiré mientras le acariciaba la espalda, deslizándome por la línea de su columna.

—Buenos días —murmuró.

—¿Qué pasó?

Ella inspiró profundamente, lo que me hizo notar el movimiento de sus costillas antes de girarse hacia mí.

La miré fijamente hasta que Roberta levantó la mano y me mostró el anillo de compromiso en su dedo.

—¿Eso quiere decir que...? —Me tensé, esperando que lo dijera en voz alta.

—Sí...

—¿Aceptas casarte conmigo? —me senté en la cama, tirándola hacia mí.

—Acepto.

Sonreí enormemente, sintiéndome feliz como no me sentía en mucho tiempo.

Me incliné hacia ella, atraje su rostro hacia el mío y la besé, hundiendo mi lengua en su boca, pero antes de intensificar el beso, escuchamos un grito.

—¡Mamá!

Roberta se inclinó, recogió mi ropa del suelo y me la lanzó encima.

—¡Vístete!

—Está bien. —Me levanté de la cama y señalé una puerta—. ¿Allí está el baño?

—Sí.

En cuanto entré en el pequeño cuarto, escuché el sonido de la puerta abriéndose y deduje que Roberta había salido de la habitación.

Me vestí y aproveché para vaciar la vejiga antes de salir también y encontrar a Roberta y Amber en la cocina.

—¡Papi! —Amber saltó de la silla donde estaba y vino corriendo hacia mí.

—Ten cuidado para no lastimarte, Amber —advirtió Roberta.

—¡Hola, hija! —La levanté en mis brazos y Amber abrazó mi cuello.

—Estás aquí.

—Estoy aquí.

—¡Iuju!

—No me voy a ir más.

—¡Qué bueno! —Me abrazó aún más fuerte.

—Hija, ven a terminar tu desayuno para que puedas ir a la escuela —dijo Roberta.

—No quiero.

—Tienes que comer, hija —le dije.

—No quiero ir a la escuela.

—¿Y cómo vas a estudiar si no vas?

—Quiero quedarme contigo.

—Me vas a ver después de la escuela.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo. —Miré a Roberta y ella asintió con la cabeza.

—Papá te va a recoger hoy en la escuela.

—¿Me vas a recoger? —Se giró hacia mí con los ojos brillando, emocionada.

—Supongo que no vas al hospital hoy, ¿verdad? —preguntó Roberta.

—No, no voy al hospital. —Me sonrió—. Claro que te voy a recoger, hija.

—¡Yupi!

—Ahora termina tu desayuno. —La bajé al suelo y Amber volvió a la mesa donde estaba la comida.

—¿Quieres algo? —preguntó Roberta cuando me acerqué a ella y le puse la mano en la espalda.

—Sí, considerando que no cené. —Le guiñé el ojo y sus mejillas se sonrojaron.

—Voy a hacer panqueques.

—Gracias.

Fui hasta la mesa y me senté junto a la silla alta donde estaba mi hija.

—¿Está rico?

Ella asintió.

—¿Quieres? —me ofreció.

Hice un gesto de negación.

—Tu mamá me está preparando algo para mí.

Ella terminó de comer antes de girarse hacia mí nuevamente.

—¿Papá?

—Sí.

—¿Te vas a quedar? ¿Conmigo y con mamá?

Me giré hacia Roberta y vi el anillo de compromiso en su dedo.

—Sí, me voy a quedar.

—¡Yupi!

—¿Dónde está la escuela? —Me giré hacia Roberta.

—¿Por qué no vienes conmigo a llevarla ahora?

—Será un placer. —Mi sonrisa se ensanchó aún más.

Realmente quería hacer eso, anhelaba formar parte de sus vidas como debería haberlo hecho en los últimos cinco años.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 47

—¡Adiós, papá! —dijo Amber, agitando la mano toda emocionada antes de entrar al colegio acompañada de una profesora.

—¡Adiós, hija! —Él respondió con un gesto, hasta que la niña desapareció de vista—. Está feliz —comentó, volteándose hacia mí mientras rodeaba mis hombros.

—Espero que siga así.

—Mientras dependa de mí, lo estará.

—¡Qué bien!

Estaba más aliviada y empezaba a confiar en él.

—¿Qué te parece si volvemos a tu departamento o vamos al mío? —me susurró cerca de la oreja, y la tentación fue grande.

—No puedo. Tengo pacientes que atender hoy.

—¿Y más tarde?

—Después de que Amber salga de la escuela, puedes llevarla a algún paseo, le gusta caminar por el Central Park, pero no le des helado si hace mucho frío. Yo salgo del consultorio un par de horas después.

—¿Y después podemos ir a buscarte? —preguntó, mientras caminábamos hacia donde habíamos estacionado los autos.

—Sí. —Me incliné sobre el asiento trasero de mi auto, solté la silla para niños y se la entregué—. Ten cuidado y asegúrala bien.

—Claro.

—Hasta más tarde.

—Espera. —Me sujetó la muñeca antes de que me alejara.

—¿Qué pasa?

—Gracias.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño, aún mirándolo.

—Por confiar en que puedo cuidar de ella.

—¿Quieres ser el padre, verdad?

—¡Sí!

—Entonces, eso es parte del trabajo.

—Por supuesto.

Antes de que pudiera escapar nuevamente y salir hacia mi trabajo, Philip me detuvo, me tiró hacia él y me dio un beso intenso que me dejó desconcertada.

—¡Detente! —Le pegué unos golpecitos en el pecho.

—¿Qué pasa?

—Estamos en la puerta de la escuela.

—Está bien, seguimos con este beso después.

—Mejor.

—Hasta luego. —Se apartó de mí y entré al coche.

Conduje hasta mi consultorio, saludé a la secretaria y me acomodé en mi escritorio, esperando a mi primer paciente del día. Tomé mi celular para revisar si había mensajes de padres de pacientes, y vi uno de Violet.

Violet:

Hola, ¿cómo están tú y mi princesa?

Roberta:

Estamos perfectas.

Violet:

Qué bueno saberlo. Estaba preocupada, se habían desaparecido.

Roberta:

No lo vas a creer.

Violet:

¿Qué cosa?

Roberta:

Me voy a casar con Philip.

Violet:

¡¿Es una broma?!

Roberta:

No.

Violet:

Siempre te esforzabas en convencerme de lo mucho que lo odiabas.

Roberta:

Él se esforzó por demostrarme que había cambiado.

Violet:

¿Y tú le creíste?

Roberta:

Sí, me convenció.

Violet:

Entonces realmente se esforzó.

Roberta:

Sí.

Violet:

Me alegro por ti. Siempre pensé que hacían una gran pareja.

Roberta:

¿Me estás tomando el pelo?

Violet:

Okay jaja, siempre pensé que era un cretino y que merecías algo mejor, pero después quedaste embarazada de Amber…

Todo se complicó.

Roberta:

Me costó realmente confiar.

Violet:

Solo quiero verte feliz.

Roberta:

Gracias.

Violet:

¿Amber lo conoció?

Roberta:

Sí, lo conoció.

Violet:

¿Y cómo fue?

Roberta:

Nunca vi a mi hija tan feliz.

Violet:

¿Y él?

Roberta:

Parece comprometido en ser un buen padre.

Violet:

Y tú estás volviendo a la acción…

Roberta:

¡Violet!

Violet:

¿Vas a decirme que te vas a casar con él y no han vuelto a tener sexo?

Roberta:

Ha pasado algunas veces.

Violet:

¿Algunas? Jajaja.

Roberta:

Él siempre supo cómo usar las manos.

Violet:

Apuesto a que también los brazos, la boca y otras partes...

Roberta:

No necesitamos entrar en detalles sobre eso.

Violet:

Claro que no.

Roberta:

Estoy feliz.

Violet:

Eso es lo que importa.

Solo no te perdonaré si no me haces madrina.

Roberta:

Imagino que Philip no es tu mayor fan ahora.

Violet:

¿Le contaste que le di la muestra equivocada? Pero ¿qué querías que hiciera?

Roberta:

Se lo merecía.

Violet:

¡Por supuesto!

Roberta:

¿Y tu matrimonio?

Violet:

Volvamos a hablar de cosas buenas.

Roberta:

Ok jajaja.

Tuve que dejar de hablar con ella para atender a mis pacientes, pero tendríamos tiempo para ponernos al día después.



Philip BAKER

Capítulo 48

Pasé el día en mi apartamento, poniendo algunas cosas en orden, y aproveché para vaciar una de las habitaciones de huéspedes que nunca usaba, ya que odiaba recibir visitas. Iba a convertir ese espacio en una habitación para Amber.

Roberta y yo aún no habíamos hablado sobre dónde viviríamos después del matrimonio, pero esperaba poder convencerla de mudarse a mi apartamento, porque quedaba más cerca del hospital y de su consultorio. Un poco más lejos de la escuela de Amber, pero podríamos cambiarla a otra o analizar otras opciones.

Cuando se acercó la hora de ir por Amber, me di una ducha y manejé hasta la escuela, esperando en la puerta junto con los otros padres.

Roberta había autorizado que yo la recogiera, y confirmé en la portería con mi identificación. No me quejé porque entendía que tenían que tomar precauciones con las personas que iban a recoger a los niños, para asegurarse de que no se los llevara alguien equivocado.

Me quedé esperando con los brazos cruzados detrás de la espalda, y mi expectativa creció cuando los niños empezaron a salir.

Era mi primer momento a solas con mi hija. Estaba nervioso, aunque me repetía a mí mismo que no debía ponerle demasiada importancia. No quería decepcionarla a ella ni a Roberta.

—¡Papá! —dijo Amber, corriendo hacia mí, y me agaché para poder envolverla con mis brazos.

—Hola, princesa. —Le sonreí y la levanté en brazos.

—Viniste.

—¿No te dije que vendría?

—Sí, pero...

—¿Qué pasa? —pregunté, al notar que algo no estaba bien.

—Le conté a Summer, y ella dijo que yo mentía.

—¿Por qué mentirías? —pregunté, sintiéndome inquieto.

—Porque yo no tenía papá.

Sentí un nudo en el estómago. Sin duda, ella había pasado por varios momentos difíciles por mi ausencia.

—Sé que papá no estuvo aquí antes, pero eso no va a pasar más, ¿de acuerdo? Siempre voy a estar aquí.

—¿De verdad? —preguntó, con una esperanza en su voz.

—De verdad.

—¡Iuju!

—¿Por qué no damos un paseo y luego vamos a buscar a mamá?

—¿Con helado?

—¿Qué te parece un chocolate caliente?

Ella pensó un momento.

—Puede ser.

—Entonces, vamos. —La cargué y la acomodé en la silla para el auto que Roberta me había prestado.

Esperaba que ese fuera el primero de muchos atardeceres que pasaría junto a mi hija.

Mi ausencia en su vida era completamente culpa mía, pero estaba dispuesto a dar lo mejor de mí para corregirlo.



Roberta
LOPEZ

Capítulo 49

Semanas después...

—¡Ay! —solté un pequeño grito, cuando mi madre me puso el clip en la cabeza para ajustar el velo.

—Perdón, querida.

—No pasa nada. —Me giré hacia ella y sonreí.

—Estás tan linda... —suspiró Violet, mientras me observaba, moviendo la mano con su anillo de compromiso recién adquirido.

Después de tantos años esperando, finalmente su novio le había pedido matrimonio. Estaba tan feliz, y no era la única.

En los últimos cinco años, cualquier pensamiento que me llevara a la escena que estaba viviendo sería el sueño más insano, descabellado y masoquista que podría haber tenido. No importaba lo que sintiera por Philip, él jamás se rendiría, jamás daría marcha atrás, jamás me pediría matrimonio...

Pero lo hizo.

En las últimas semanas, desde que acepté su propuesta, todo lo que parecía un sueño loco se convirtió en una agradable realidad.

Philip y yo nos habíamos convertido en una pareja de verdad, y quien más se benefició con eso fue nuestra hija. Amber estaba radiante, más feliz que nunca por finalmente tener al papá que tanto había deseado. Santa Claus había hecho su pedido mucho antes de Navidad, y ella solo tenía razones para celebrar.

Verla feliz solo aumentaba mi propia felicidad.

—¿Lista? —Keyla, la hermana de Philip, apareció en el cuarto donde yo y mis madrinas nos estábamos arreglando.

—Sí.

—Ah, estoy tan feliz de que mi hermano se haya dado cuenta. —Dio algunos saltos de alegría, lo que nos hizo reír a todas.

Respiré profundamente, y ella me indicó el camino para que la siguiera.

Yo quería una ceremonia más sencilla, pero terminamos en una mansión en New Jersey con toda la pompa que el hermano del gobernador debía recibir. Sin embargo, Violet me convenció de que merecía un matrimonio de princesa después de todo lo que había pasado, y al final acabé implicada y contenta con todo.

Seguí a Keyla hasta el altar, que había sido montado en lo que solía ser un invernadero, aunque solo tenía las flores de los arreglos decorativos. Quería que fuera en el jardín, pero como había riesgo de que empezara a nevar, además del frío, improvisaron dentro de esa estructura de vidrio, que al final resultó aún más bonito y encantador.

Era tarde y los rayos del sol se reflejaban en las paredes de vidrio, proyectándose de un lado a otro, creando un efecto de luz aún más mágico. Sin embargo, lo más impresionante era ver a Philip de pie, esperándome.

Llené mi pecho de aire y caminé hacia él con aún más convicción.

—Roberta —susurró, tan pronto como me detuve frente a él, y mi papá lo saludó antes de apartarse y sentarse en una de las sillas al frente.

—Qué bueno que no cambiaste de idea —susurré.

—Te dije que cumpliría mis promesas.

—Estoy empezando a creerlo.

Él sonrió y nos giramos hacia el celebrante.



Philip BAKER

Epílogo

En la siguiente Navidad...

—¿Pusiste el regalo? —Roberta me dio un codazo en la cama por la mañana.

—Lo puse.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, mi amor. —Me giré hacia ella en la cama y le robé un beso.

—Si Amber se despierta y no ve su regalo bajo el árbol, podría ponerse triste porque Papá Noel se olvidó de ella este año.

—Ella tendrá su regalo.

—Está bien.

Roberta se levantó de la cama y fue a cepillarse los dientes en el baño de nuestro cuarto antes de salir al pasillo. Yo la seguí y encontramos a nuestra hija sentada en el sofá de la sala, jugando con sus muñecas.

Roberta miró varias veces a Amber y luego a los regalos bajo el árbol de Navidad, percatándose de que Amber ni siquiera había notado los regalos.

—Hija, ¿no vas a ver si Santa Claus dejó algo para ti?

Amber simplemente negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya me dio mi regalo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue? —le pregunté.

—Que estés tú aquí conmigo, papá —dijo, con un tono tan natural, pero que hizo que mi corazón se acelerara.

Me acerqué a ella y la levanté en brazos.

—Tú también eres mi regalo, princesa.

No había sido el padre que ella merecía antes, pero iba a esforzarme todo lo posible para compensarlo en cada día de nuestro futuro.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/dGVVpjG

Sinopsis:

Un CEO viudo.

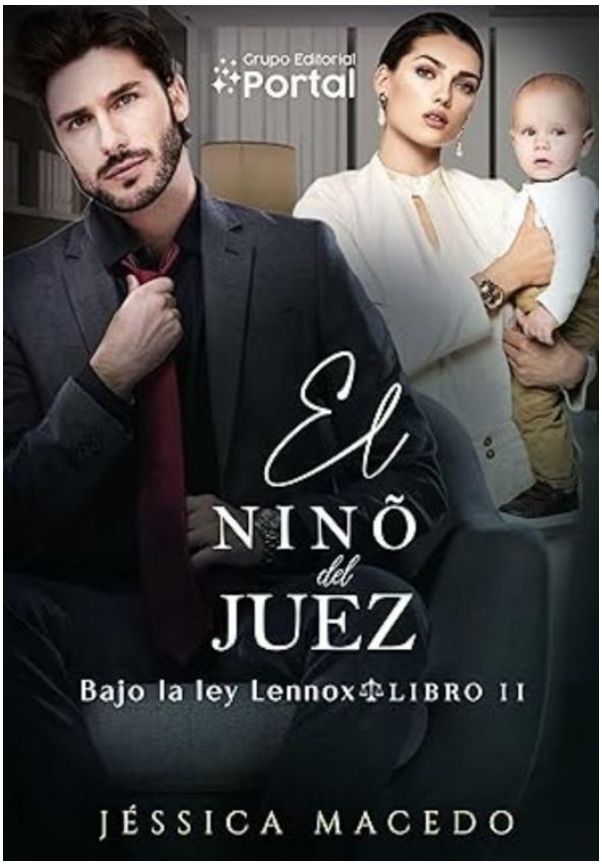
Una maestra de escuela.

Dos niñas gemelas y un plan para tener una mamá.

Tras la muerte de su esposa, Thomas decidió cerrar su corazón para siempre. El director general de Lennox & Associates salió con distintas mujeres solo para satisfacer sus necesidades, pero no estaba dispuesto a tener relaciones profundas. Padre de dos hijas gemelas, guardaba su amor solo para ellas.

Helena Price siempre ha amado a los niños y dedica su vida a enseñarles. Se hizo maestra de guardería infantil y divide su tiempo entre los pequeños alumnos y su anciana abuela, sin pensar en romances.

Las niñas, Anne y Mary, sueñan con tener una mamá y han ideado un plan para unirlos, pero son demasiado ingenuas para entender los misterios del corazón.



Link: https://amzn.eu/d/eKdq2ph

Sinopsis:

Un juez sinvergüenza.

Una abogada recién graduada.

Un hijo rechazado que sacude los cimientos de un hombre.

Tyler Lennox procedía de una familia de gran tradición jurídica y llegó a ser un respetado juez. A diferencia de su hermano mayor, llevaba una vida desenfrenada y se divertía con todas las mujeres posibles.

Tatiana Fisher soñaba con convertirse en una gran fiscal y veía a Deborah Lennox como una inspiración. Conseguir un trabajo como pasante con su más grande modelo a seguir era un gran logro, pero eso la puso en el camino del juez, y Tyler no iba a dejar escapar a la joven pasante de su hermana.

Él rechazó la idea del embarazo, convencido de que el bebé no era suyo, pero los sentimientos pueden cambiar al reencontrarla en la sala de audiencias meses después.



Link: https://amzn.eu/d/bMZuMTg

Sinopsis:

Un chico malo implacable.

Una fiscal decidida y firme.

Una bebé adorable que va a sacudir la vida de dos personas completamente opuestas.

River Lansky era un joven peligroso y heredero de la familia criminal más temida de la ciudad. Junto con su hermano, dictaba las normas del crimen organizado.

Deborah Lennox nació en una familia respetada de abogados y decidió seguir la carrera de fiscal, convirtiéndose en un nombre de referencia. Sin embargo, su decisión de apuntar a una familia peligrosa puso en riesgo toda su carrera y su vida.

El subjefe de la mafia de Nueva York tenía una misión: sacar de en medio a una fiscal que se creía una heroína, para que los Lansky pudieran seguir operando sin problemas. Pero había una química explosiva entre ellos, y cedieron fácilmente, lo que resultó en una bebé que se convirtió en el mayor desafío de sus vidas.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal